El Club de los solteros 1

A la caza de un marqués

Julianne May



Selecta

A la caza de un marqués

SERIE

El club de los solteros 1

Julianne May

Selecta

Para quienes, a pesar de los momentos grises,
nunca dejan de creer en el amor

Prólogo

Londres. Mayo de 1813

El señor Jones no era un noble. Tampoco un político consolidado y muchísimo menos un reconocido hombre de ciencia. Pero había algo en lo que sí era muy hábil el señor Jones: en aprovechar las oportunidades. Incluso, a falta de estas, tenía el don de crearlas. En pocas palabras, era un hombre de negocios.

Y aunque comerciar no hubiera sido tan bien visto como dedicarse simplemente a vivir de las herencias, había que ser muy ciego y poco inteligente si no se tenía en cuenta al señor Jones, pues, además de haber sido bendecido por los dioses con su belleza y gracia, lo cierto era que la fortuna de este soltero misterioso era tan inmensa como la de pocos nobles.

¿Tan bueno era el señor Jones negociando? Quizá sí.

No obstante, el origen de su riqueza se debía más bien al tipo de negocio al que se consagraba. Y era que nadie se dedicaba al mercado del amor de una forma tan extraña como enigmática. Nadie, pues él —y solo él— era el creador del más misterioso club.

Un club secreto. El club de los solteros.

Capítulo 1

Querido James:

Sé que me esperas, y créeme que lo que más deseo en el mundo es estar allí, contigo, entre tus brazos. También sé que me amas y serías capaz de lo que fuera por mí. Me lo han asegurado tus labios con palabras; y tus manos, con caricias, pero también lo he visto en tus ojos. No importaría quien intentara convencerme de lo contrario, porque lo sé: me amas... Sin embargo, no creo que más de lo que yo te adoro a ti.

Y es por eso que te envío esta misiva, mi querido James.

Lo siento, pero no puedo huir contigo. No puedo. E imagino lo que estás pensando, incluso sé lo que contraargumentarías frente a esta terrible y fría decisión, pero no bastaría. Y lo sabes.

Entiendo que mi postura y mi decisión a último momento puedan resultar en extremo egoístas, mas nadie mejor que tú para entender que el motivo de mi renuncia muy lejos está de mi verdadero interés. Y lo siento. De verdad que lo siento. Si pudiera explicarte lo que en este preciso momento atraviesa

mi corazón, lo haría, pero la verdad es que no hay palabras para semejante dolor.

Aun así, lo único que me reconforta es saber que, sea como sea, mi alma y mi corazón serán tuyos hasta el fin de mis días, incluso si desde hoy decides odiarme.

Espero que algún día logres ser feliz. Al menos mantengo la esperanza de que lo intentes en nombre de los dos.

Por siempre tuya,

Amelia

James Nevill, marqués de Abington, soltó la misiva que, años atrás, le había destrozado el corazón y, en su lugar, tomó la copa. Quizá una medida de brandy le ayudara a olvidar. Aunque, mejor dicho, «otra» medida, pues desde hacía varias horas que, sin éxito, trataba una vez más de eliminar el nombre «Amelia» de su mente.

Cierto era que por momentos lo lograba, pues el alcohol era capaz de hacerlo olvidarse hasta de su propia existencia, mas ni el brandy, ni el juego ni otras mujeres habían sido capaces de borrar la huella que Amelia Bertie había dejado en su corazón. Estaba grabada a fuego, y por las manos del artista más peligroso: el amor.

Cinco años habían transcurrido desde aquella noche en la que esperó por horas bajo la lluvia. Cinco años habían pasado desde ese día en el que su corazón se ahogó de llanto y tristeza. Cinco años desde el momento en que se juró que nunca más volvería a amar. A nadie. Absolutamente a nadie. Ni siquiera a ella, porque sí: tal como la propia Amelia lo había augurado, James Nevill se prometió odiarla.

Y no era para menos; después de todo, le había arruinado la vida. No tenía perdón, y mucho menos luego de enterarse de que ella, la mujer por la que estuvo a punto de dejarlo todo, se casó un mes

después de aquella infernal carta de despedida.

«Hipócrita», pensó con la mandíbula tensa y los dientes a punto de chirriar.

No obstante, tras beber la copa de un tirón, se acarició el cabello color oro hacia atrás, espiró con violencia y se puso en pie.

No perdería el tiempo pensando en ella, solo, en su estudio. Si iba a sufrir, mejor que fuera en White's, junto a algún caballero que, al menos, lo distrajera con sus propias miserias.

***

—¿Alguna presa más, querida? —inquirió Francis Jones desde su cómodo asiento.

Relajado, con un puro en una mano y una copa de brandy en la otra, observó la espléndida figura de Sienna Leroy, la mujer a la que amaba desde el instante en que la vio por vez primera en Francia.

Era hermosa como pocas, comparable solo con las musas griegas según él. Y era que el cabello color noche destacaba la piel blanca de porcelana de Sienna. Y, aunque las curvas sinuosas captaban la atención de quien la cruzara por el camino, lo cierto era que la mirada gris e infinita de ella dejaba sin aliento hasta al ser más frío. Una mezcla de melancolía con misterio hechizaba a quien se sumergiera en aquel cielo nublado. Sin duda era atractiva pero, sobre todo, magnética.

Y Jones lo sabía mejor que nadie: si Sienna se lo proponía, podía tener en sus manos al hombre que deseara. No obstante, Francis confiaba a ciegas en el amor que ella le profesaba. Un amor tan pasional como fiel. Y, de hecho, ella era la única persona por la que él, incluso con los ojos cerrados, era capaz de poner las manos en el fuego.

Sin embargo, un pequeño y gran detalle carcomía el alma de los dos, aunque preocupaba más a Sienna que a Jones, y era que aún no se podían casar. Aún...

—El último, cariño. —Cerró la puerta del estudio para evitar que los criados escucharan y avanzó hasta el escritorio que la separaba de Francis—. Aunque me temo que será el más complicado.

Francis entrecerró la mirada oscura y alzó una ceja.

—¿Complicado? ¿Por qué lo dices?

Agotada pero sensual, Sienna caminó hasta el costado del mueble, se sentó sobre este y, tras suspirar, se deshizo de las horquillas. La cascada oscura y ondulada se desparramó sobre su voluptuosa pechera, lo que distrajo de inmediato a Jones.

—Luego del té, me quedé conversando un poco más con lady Browne. Ya sabes... suele estar al tanto de los mejores partidos. Y *voilà, mon cher*: te he conseguido un marqués.

Francis arqueó las cejas al tiempo que sonrió de lado de esa forma pícara y perspicaz que tanto lo identificaba.

—No veo nada de malo en que sea un marqués, querida. —Se llevó el puro a la boca y, tras cerrar los ojos del placer, bebió un largo sorbo de brandy—. A menos que esté en bancarrota. Desde ya, de nada serviría hacer beneficencia.

Sienna observó a Francis por unos segundos y, aunque delicada, se adueñó de la copa que él sostenía.

—¿Crees que me gusta *perder el tiempo*? —inquirió ella con una media sonrisa sardónica.

«Demonios», pensó medio divertido por la respuesta punzante. Un pequeño golpecito para el señor Jones.

—Te conozco, y sé que no —soltó él, y la observó de arriba abajo, con un hambre que Sienna sabía satisfacer muy bien.

Vació la copa de un sorbo y, tras dejarla sobre el escritorio, se

acomodó hasta quedar de frente a él, que, aún sentado, solo estaba a un paso de distancia del mueble.

—Me alegra escucharlo. —Elegante y delicada, colocó cada pierna en el apoyabrazos del sillón personal en el que estaba sentado Francis—. Mucho. —Y, felina, sonrió.

—Entonces ¿no me dirás la razón que, al parecer, vuelve tan difícil a este marqués? —preguntó despacio mientras acariciaba con lentitud una de las piernas de Sienna.

Ella curvó los labios de forma completa.

—Te lo diré luego. —Se deslizó hasta caer a horcajadas de Francis —. Ya sabes, *mon cher*... No me gusta perder el tiempo. —Y, sin darle espacio a réplica, le devoró la boca.

***

—Una... cop... copa más, por favor —logró decir Abington, aunque de forma entrecortada.

Los compañeros de mesa se observaron entre sí. No era la primera vez que lo veían en ese estado, pero era notorio que, durante el último año, la pena del marqués lo había dominado casi por completo.

—Lord Abington, no creemos que sea lo más...

—¡Ni se atrevan! —vociferó James al tiempo que robó la bebida de uno de ellos. Se hizo un breve silencio en White's y todas las miradas del club se clavaron en el marqués, que continuó, aunque con un tono más calmo—: No se atrevan a decirme qué es lo que debo hacer. —Y bebió un sorbo hasta dejar la medida por la mitad.

Los tres caballeros que lo acompañaban asintieron con las cabezas, aunque, entre miradas cómplices, no tardaron en despedirse en silencio y con gentileza.

James no se percató de que estaba solo hasta que levantó la frente en busca de más alcohol.

—Idiotas... —murmuró—. Jamás lo entenderían. —Vació la última copa y se dejó caer sobre el respaldo del sillón al tiempo que cerró los ojos.

Si nadie lo acompañaría, al menos disfrutaría a su modo y sin importarle las formas.

Sin embargo, al instante y desde sus espaldas, una desconocida voz lo obligó a abrir los ojos.

—Es cierto. Jamás lo entenderían, lord Abington.

El marqués se incorporó en el asiento y giró parte del cuerpo para intentar ver el rostro del hombre que, al parecer, se le había dirigido.

—¿Disculpe?

Jones sonrió.

—Por favor, no se moleste. —Medio descarado aunque amigable, le apoyó una mano en el hombro para luego avanzar hasta el sillón que estaba frente a James, donde se sentó—. Francis Hubert Jones, a su servicio. —Y extendió una mano.

Frío, James lo observó y, aunque era un acto de completa descortesía, ignoró el gesto.

—No necesitaba presentarse, señor Jones. No tengo intención de incorporar nuevos amigos a mi lista. Además de que quizá no se haya dado cuenta, pero no los necesito.

Francis contuvo la sonrisa. Sin duda alguna, tal como lo había descrito Sienna luego de aquella formidable tarde juntos, lord Abington parecía el hombre más dolido e indomable del reino... Un detalle que, según Jones, lo hacía el candidato perfecto para su negocio.

—Estoy de acuerdo con usted —replicó Francis, lo que sorprendió a James. Al instante, Jones tomó una de sus tarjetas personales y la

deslizó hasta dejarla frente a las narices del marqués.

Abington entrecerró la vista con desconfianza y la clavó en la tarjeta, pero no la tocó.

—Está con el hombre equivocado si cree que, por estar ebrio, puede aprovecharse de mí, señor. Lo último que quiero es hacer negocios.

Jones sonrió de lado al tiempo que se puso en pie.

—Descuide. No es esa mi intención. Solo es una invitación para mañana por la noche. —Avanzó hasta quedar a su lado y se inclinó para soltar unas últimas y amigables palabras—. Si lo único que desea es pasar un buen momento en un entorno seguro y en el que nadie lo juzgue, será más que bienvenido. Créame, hay muchos más caballeros como usted. —Le apretó el hombro en un gesto de comprensión y, sin más, se marchó.

En completo silencio, Abington miró la tarjeta por varios segundos. No era un jovencito sin experiencia y conocía lo hábiles que podían ser algunos hombres. Sin embargo, si el tal señor Jones había tenido acceso a White's era porque cumplía con ciertos requisitos.

Tragó saliva y, al recordar lo estúpido que se había sentido minutos atrás, cuando sus compañeros lo dejaron solo por su estado de embriaguez, suspiró y tomó la tarjeta. Después de todo, no tenía nada que perder.

Lo que nunca imaginó Abington fue que, a varios metros de distancia y con la vista fija en él, Jones sonrió cual ave rapaz.

Y no era para menos: el marqués había picado el anzuelo. Para entonces, solo restaba dejar fluir su plan habitual.

Con los labios aún curvados de la satisfacción, Jones caminó hasta la salida y, tras colocarse el fino sombrero de copa, se marchó.

Capítulo 2

«Te amo, Amelia. Por siempre. Te lo juro: por siempre».

Completamente sudada, Amelia despertó agitada con las manos sobre el pecho, en un intento de contener el galope de su corazón.

No era para menos. El recuerdo de la voz de su único y primer amor le producía una mezcla de sensaciones que la dominaban el resto del día. Y era que las últimas palabras que él le había susurrado, desnudos y abrazados, eran imposibles de olvidar... mucho menos al haberse tratado de la noche en la que ella se entregó en cuerpo y alma.

Era cierto: habían transcurrido muchos años. Y, aunque para cualquier otra persona el paso del tiempo habría sanado las heridas, su memoria cruel y despiadada la invadía cada mañana con la voz del hombre con quien su vida pudo haber tomado un rumbo muy diferente aquella noche en la que ella, racionalmente, renunció a su amor.

El corazón le recriminaba por el destino que había escogido y la culpa la consumía de forma voraz. Cada recuerdo de James Nevill era una estaca de hielo que se le clavaba en el pecho. Su boca, sus besos, sus ojos, su voz... Recordarlo era una tortura, mas, al mismo

tiempo, era lo único que daba vida al camino triste y sin sentido que se había tornado su destino. Rememorar al actual marqués le producía el más profundo y terrible de los dolores, aunque también, por extraño y retorcido que resultara, ese mismo sufrimiento le recordaba lo viva que estaba. Y lo mucho que, a pesar de su razón, lo deseaba.

No obstante, la consciencia le explicaba a diario que no podía culparse. Por muy cruel que hubiera resultado, las razones que la habían arrastrado a convertirse de Amelia Bertie a Amelia Duncan eran tan válidas como reales.

Cerró los ojos, inspiró profundo y, al recostarse, el peor recuerdo que tenía hasta entonces la invadió.

Era el momento indicado. Elizabeth, su hermana menor, estaba en el baile de los Smith. Y aunque le había costado sobremanera convencer a su tía de no asistir a la velada, lo cierto fue que simular estar enferma a último momento fue suficiente..., al menos por esa vez. Sabía lo perspicaz y rígida que era la tía Lucinda, y no tendría otra oportunidad para concretar su plan. Era esa noche o nunca.

Así, en cuanto el carruaje se marchó con Elizabeth y Lucinda, solo debía aguardar a que su prima Margaret se fuera a dormir para al fin huir en secreto con James Nevill.

La realidad era que no habían tenido el tiempo necesario para hallar una mejor solución. No obstante, ante la reacción negativa de los Nevill respecto del interés de James por ella y la urgencia con la que la familia Bertie quería casar a Amelia con un tal señor Duncan, la joven pareja se vio acorralada. Y dejar pasar la oportunidad de amarse por el resto de sus vidas no era negociable. Tal como James Nevill —entonces conde de Fragmont y futuro marqués de Abington

— le había propuesto, huirían a Gretna Green y se casarían.

Decidida, y en cuanto Margaret se encerró en la habitación, Amelia marchó con cautela aunque veloz hasta los aposentos que compartía con su hermana menor. Tomó una pequeña bolsa y, tras guardar las alhajas que su madre le había obsequiado antes de pasar a mejor mundo, se colocó la capa y los guantes, dispuesta a partir.

Avanzó para irse, pero no llegó a tomar el pomo que retrocedió en cuanto la puerta se abrió.

—Lo sabía —soltó Margaret en cuanto entró. Cerró para que ningún criado las escuchara y miró a su prima de arriba abajo, con decepción.

Amelia tragó saliva. No esperaba ser descubierta, pero tampoco permitiría que le arruinaran la única oportunidad que tenía de ser feliz, por lo que respiró profundo y alzó el mentón.

—Me alegra oírlo, porque no tengo tiempo para explicaciones. Así que, si me disculpas, me retiro. —Avanzó pasando por el costado de Margaret, mas no llegó a abrir la puerta que la voz de su prima la detuvo.

—¿Te retiras para evitar un escándalo? Porque si esa es tu intención, no harás más que crearlo. —Se dio la media vuelta a la espera de que ella hiciera lo mismo.

Amelia se tomó unos segundos hasta que exhaló con furia y se giró. Sabía que, al haber sido descubierta, no podría irse de allí sin armar un drama, a menos que convenciera a Margaret.

—Me voy porque quiero ser feliz. ¿Acaso es demasiado lo que pido?

La mayor de las Bertie suspiró.

—Quisiera decir que no, pero, en tu caso, querida prima, lamento decirte que sí. —Amelia estuvo a punto de replicar, pero Margaret la

detuvo con un gesto de mano y continuó—: No puedes casarte con lord Fragmont. Es el futuro marqués de Abington y su familia jamás lo aceptará.

Una ola de cólera hirvió la sangre de Amelia.

—Es por eso mismo que huiremos a Gretna Green. Nos casaremos ¡y nadie ni nada podrá separarnos nunca!

—¿Eso crees? —inquirió Margaret, con sincera tristeza. Se aproximó a su prima y, aunque en un primer intento esta no se dejó tomar las manos, luego cedió y ambas se sentaron en el borde de una de las camas—. Amelia, debes entender que ellos nunca te aceptarán.

—Sé que no soy noble ni rica, pero sí una mujer respetable. —La respiración se le agitó. Intentó contenerse, pero la rabia y la indignación la dominaron—. ¡Todas nosotras lo somos!

Calma, Margaret asintió con la cabeza.

—Lo sé, pero entiendes que no funciona así, menos con el pasado de tus padres. —Y la observó con compasión.

En un abrir y cerrar de ojos, una cristalina capa de lágrimas envolvió la mirada de Amelia.

—Ni Elizabeth ni yo debemos pagar por ello. Además, fue un casamiento por amor.

—Cierto, pero escandaloso.

—Mi madre fue una mujer decente. ¡Dejó el teatro, su más amada pasión, por mi padre! ¡Lo dio todo por él! ¿Acaso no alcanza con ello?

Margaret bajó la mirada al tiempo que suspiró.

—Para los que vemos con el corazón y con el alma, claro que sí, prima. Pero para la mayoría, sabes que seguirá siendo un escándalo. Y no quisiera que pasaras por lo mismo... o incluso que te vieras en el infortunio de atravesar algo peor.

—¿Peor? Por amor, mi padre fue desheredado por sus progenitores y rechazado por casi toda su maldita familia rica. ¿Crees que podría existir un futuro peor que el que ellos debieron soportar?

—Sí, lo hay. —La sorprendió.

Amelia frunció el ceño y pestañeó más de la cuenta.

—¿A qué te refieres? No creo que la familia de James sea capaz de...

—Son nobles, Amelia. Lord Abington encontrará la forma de convencer a James para que desista de esta locura. Y si para lograrlo es necesario amenazar contra tu seguridad o la de nuestra familia, créeme, lo hará.

—No, eso no es posible... ¡No si nos casamos primero! —vociferó esperanzada.

—Lo siento, pero te equivocas —replicó Margaret—. En caso de que ambos huyeran esta misma noche y consiguieran casarse en Gretna Green, aun así, el padre de James hallaría el modo de invalidar esa unión. No es un marqués cualquiera, es muy cercano a la Corona; ya deberías saberlo. Además, nadie fijaría los ojos en ellos, pero sí en nosotras. Tu reputación, la de tu hermana e incluso la mía se mancharían por el resto de nuestras vidas. Ningún hombre respetable accedería a casarse con una Bertie. Y, dada la precaria situación económica en la que estamos, no creo que sea razonable que te aventures de esta manera, Amelia. No así.

Con los ojos repletos de lágrimas, Amelia se puso en pie.

—Estoy segura de que hallaremos el modo de solucionarlo. James podría...

—Amelia, no sigas. —Se levantó y le apoyó una mano en el hombro—. Te lo ruego. Por ti, por tu hermana y por mí. Por favor, no lo hagas.

Completamente abatida, Amelia se giró y miró a Margaret a los ojos. Por mucho que se quisiera convencer, no había esperanza para ellos. No sin pagar las serias consecuencias que iban más allá de ella y James.

Avanzó hacia Margaret y, tras dejar que un mar de lágrimas le bañara las blancas mejillas, ambas se abrazaron.

—Lo siento, prima. Desde lo más profundo de mi alma, lo siento. —La contuvo unos minutos y, solo cuando el llanto desgarrador de Amelia se apaciguó, se animó a desprenderse de ella para soltar unas últimas palabras más que necesarias—: Escríbele una carta. Yo me encargaré de que le llegue esta misma noche. Pero tú, por el bien de todos, deberás marcharte cuanto antes con mi otra familia, en Escocia. Del resto nos ocuparemos mi madre y yo.

Aunque insegura y sin poder creer lo que haría a continuación, Amelia asintió y, sin más, dejó la bolsa y se aproximó a un viejo mueble para escribir la carta que cambiaría sus vidas para siempre.

Dejando que una densa lágrima le rodara por la mejilla, Amelia abrió los ojos y suspiró.

Jamás olvidaría esa noche. Jamás. Pero tampoco tenía sentido volver al pasado. Era una tortura que, tarde o temprano, tendría que remediar. Casarse con el señor Duncan no había funcionado, pero entonces, que su esposo había fallecido hacía apenas un año de forma repentina por un infarto, la situación había empeorado para la pobre de Amelia, pues vivía pensando en lo que habría sido la vida junto a James. Y haber regresado a Londres —si bien fuera por un breve periodo— no la ayudaba demasiado.

Se levantó de la cama y, agotada, se sentó frente al tocador. Se miró en el espejo y, aunque cinco años hubieran transcurrido, por

fortuna el tiempo se había apiadado de ella. Su rostro blanquecino se mantenía tan impoluto como en aquel entonces. Solo sus ojos castaños se veían diferentes. Sin brillo. Sin vida, quizá.

Se secó las mejillas, y para cuando se dispuso a solicitar la ayuda de Sally, su doncella de confianza, un inesperado llamado a la puerta la sorprendió.

—Adelante —respondió.

Comprendiendo que era probable que la señora aún durmiera, Sally tomó la responsabilidad del mayordomo y entró.

—Señora, disculpe las molestias, pero ha llegado correspondencia para usted. —Y le extendió el papel.

Extrañada, Amelia tomó la carta y, al abrir y leer de quién provenía, su entrecejo se frunció aún más.

—¿Una invitación para mí? ¿De lady Browne?

Ambas mujeres se observaron con curiosidad, aunque Sally no tardó en sonreír.

—Una grata sorpresa, señora. Sé que quien la ha invitado es muy popular.

Con las cejas arqueadas, Amelia esbozó una leve sonrisa y volvió a girarse hacia el tocador.

—Es extraño. Creí que nadie sabía sobre mi corta estadía en Londres. —Perspicaz y medio divertida, miró a Sally a través del espejo—. Y espero que tú no hayas tenido nada que ver.

La doncella contuvo la sonrisa.

—No, señora. Por supuesto que no. —Y sin decir una palabra más, se enfocó en el largo cabello avellana de Amelia. Solo así podría disimular.

Capítulo 3

Luego de la extraña noche en White's, el marqués de Abington despertó pasado el mediodía.

En cuanto llegó a Nevill House, ubicada en el corazón del exquisito barrio de Mayfair, dio la estricta orden de que por ningún motivo fuese molestado del sueño en el que pretendía caer. Y así fue. Solo él sabía lo mucho que sufría su cuerpo tras una noche de tanto alcohol. Lo único que deseaba en esos momentos era perderse en la inconsciencia y la soledad a las que se había acostumbrado desde que..., bueno, desde la noche en la que su corazón se hizo añicos.

Lo cierto era que, con el paso del tiempo, las amistades más cercanas se alejaron. No era para menos: la actitud de aquel joven alegre y decidido cambió tal como el cielo despejado se torna oscuro cuando se avecina una tormenta.

Al principio, la tristeza se había apoderado de James —entonces conde de Fragmont—, pues había perdido a su único y gran amor, mas cuando decidió tomar cartas en el asunto e ir a por la señorita Bertie, su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados. Y la realidad era que nadie lo podía culpar. Bastó con que descubriera que Amelia

se había casado con el señor Duncan para que su corazón se partiera en mil pedazos. No había pasado siquiera un mes. Ni siquiera un corto y triste mes.

Así fue como James Nevill, en ese entonces conde de Fragmont, había pasado de ser un hombre lleno de entusiasmo y pasión a uno lúgubre, taciturno y arisco. La relación con su familia —a quienes desde ese momento les guardaría un profundo rencor— la limitó a lo estrictamente necesario hasta el día en que su padre falleció, y él, como hijo mayor y legítimo heredero, pasó a convertirse en el nuevo marqués de Abington.

Ejercería con absoluta responsabilidad, aunque con una ligera tendencia *whig* que casi roza el escándalo. Su madre, la marquesa viuda, casi enferma por la nueva posición de su hijo, mas poco le importó a James. De hecho, lo sintió justo, pues le habían arruinado la vida; entonces que lidiaran con el monstruo que ellos mismos habían creado por dar más importancia a caprichos nobiliarios y superficiales.

De una manera muy similar había ocurrido con las amistades. Pocos, muy pocos habían quedado a su alrededor; no aceptaban la nueva y gris versión de James Nevill. Incluso podía contarlos con los dedos de una mano... de hecho, con un solo dedo.

Con una jaqueca que auguraba el humor que tendría, Abington despertó al escuchar el traqueteo de un coche que, era evidente, había aparcado en el frente de su lujosa propiedad.

Sin ánimos de hacer sociales siquiera con sus criados, se incorporó como pudo en la cama y se presionó las sienes. El dolor era insoportable, pero ya se había acostumbrado; no era la primera vez. Sin embargo, esa punzada en el pecho, esa estaca en el corazón la sentía cada vez más profunda —cada día, cada noche—, y ni el alcohol lograba apaciguar el dolor, mucho menos extinguirlo.

«¡Maldita sea!», estalló mentalmente. Giró el rostro hacia la pequeña mesa de noche y observó la botella con whisky. La respiración se le agitó al cruzársele la tentación de volver a ahogarse en la bebida, pero entonces, cuando la tomó y se la llevó hacia la boca, un llamado a la puerta lo detuvo. Enfurecido, lanzó la botella contra la pared y, aunque de mala gana, protestó:

—¡¿Y ahora qué demonios ocurre?! ¡¿Acaso no entienden lo que es una orden?!

Sin abrir la puerta, el señor Taylor, el mayordomo, se vio en la obligación de responder:

—Siento importunarlo, su señoría, pero ha llegado una visita.

James frunció las cejas.

—¿Visita? —Aunque con dificultad, se puso en pie y el malhumor se intensificó—. ¡¿Desde cuándo recibo visitas, Taylor?! ¡¿Desde cuándo?! —vociferó rabioso.

Incómodo pero hábil al momento de tratar con su señor, el mayordomo respiró profundo y habló:

—Se trata del señor Hutton, milord.

Se hizo un breve silencio.

«¿Hutton?», pensó James.

Hacía un año que no lo veía y solo había recibido una carta de él en todo ese tiempo. Sin embargo, le gustara o no, era el único ser que soportaba su inestabilidad emocional. De hecho, era «ese» amigo que contaba con un solo dedo.

—Que espere en mi estudio —se limitó a hablar James, pero Taylor sonrió.

Aunque para cualquier otra persona la actitud de Abington fuera, como poco, desconsiderada, el fiel criado sabía lo mucho que significaba que el marqués aceptara tan rápido recibir a alguien.

Refunfuñando y maldiciendo a su viejo amigo, Abington se vistió

como pudo y marchó directo a encontrarse con Hutton. Para que aquel libertino sin remedio estuviera allí, a la espera de su lúgubre presencia, debía de ocurrir algo terrible.

Sin embargo, al abrir la puerta y ver el rostro de William Hutton con una expresión como si acabara de celebrar su cumpleaños, James frunció el ceño.

—¡Vaya, vaya! ¡Ha pasado un año y mi amigo no ha cambiado en nada! —Se aproximó y lo abrazó de esa forma que tanto odiaba el marqués—. ¡Sigues tan amargado y salvaje como siempre! —exclamó entre risas mientras James trataba de escapar del saludo afectuoso.

—¡Demonios, William! —expresó tras soltarse del abrazo, y se alisó la camisa—. ¿Cuándo aprenderás a comportarte con más seriedad? —Negó con la cabeza, indignado.

William se carcajeó; le encantaba sacarlo de sus casillas.

—Y yo me pregunto por qué rayos te alisas esa camisa que está más sucia que mi pasado, querido amigo.

Abington no pudo evitar sonreír, aunque no tardó en borrar el gesto de alegría. Le señaló el asiento que estaba enfrente, separado del suyo solo por un robusto escritorio, y se dirigió al mueble bar para tomar unas copas.

—Quiero que sepas que me has despertado de mi sueño reparador. Así que espero que tengas un muy buen motivo para esta interrupción descarada. —Le entregó una medida de brandy y se sentó en el sillón.

Hutton observó la copa que James se había servido, luego echó un fugaz vistazo al enrojecido rostro del marqués y enarcó una ceja.

—Veo que no pierdes el tiempo. —Apoyó su copa en el escritorio y la hizo a un lado, esperando que Abington lo imitara, pero este, consciente de la intención de Hutton, la bebió de un solo sorbo.

—El tiempo lo perdí años atrás. Hoy ya no me importa. —Sonrió sardónico—. Ahora, sé amable conmigo y dime a qué has venido.

William suspiró. No tenía sentido ahondar en las aguas turbulentas y oscuras en las que yacía hundido el corazón de James.

—Pues, como te he contado en mi última carta, he encontrado un gran negocio en el que invertir, aquí, en Londres. Pero como no me has respondido y sabiendo que estarías en la ciudad, pues... decidí venir en persona. Y de paso, ver si aún seguías vivo, por supuesto. —Sonrió de lado.

Abington, con los ojos entrecerrados, parpadeó solo una vez.

—Primero, aunque te leo, nunca te respondo; ya lo sabes. Y, segundo: ¿es en serio? ¿Otro negocio? —Negando con la cabeza, suspiró y le robó la copa para beber hasta la mitad.

William puso los ojos en blanco.

—Siempre encuentras la oportunidad para robar y beber las copas de los demás.

—Y tú *siempre* das con un nuevo negocio que, casi *siempre*, termina por arruinarte.

Hutton arqueó las cejas y se encogió de hombros.

—Puede ser, pero al menos lo intento. Además, no puedes negarlo: siempre hallo la manera de recuperarme.

—Y, hasta ahora, sin depender de mí. Increíble.

—Me hace un buen amigo, ¿verdad?

—Podría ser.

—Aunque creo que mejor sería invitarte a que veas cómo tu mejor y único amigo se convierte en el próximo nuevo rico más deseado del reino, ¿no crees?

Abington bostezó.

—Creo que prefiero que me lo cuentes... al igual que la última vez.

Hutton entrecerró esa mirada castaña que siempre brillaba de picardía y suspiró.

—¿Rechazarías la invitación, aunque la velada incluya mucho alcohol, juego y sea esta misma noche?

Abington dudó por unos segundos, pero, tras beber el resto de brandy, se negó.

—Lo siento, querido William. La propuesta es muy tentadora, pero me temo que debo declinar. Tengo un compromiso.

Sorprendido, los ojos de Hutton se abrieron como platos al tiempo que se echó hacia atrás.

—¡¿Es una broma?!

El marqués sonrió.

—No lo es. Ya me conoces; no me gusta mentir.

—Y estimo que no me darás detalles, ¿cierto?

—¿Para qué? No tiene nada de interesante. No al menos como parece que será tu noche. Mejor cuéntame tú: ¿de qué se trata ese misterioso negocio?

Pero William, astuto y con cierto dejo de maldad, sonrió de lado.

—No pienso decirte absolutamente nada hasta que tú no me cuentes sobre tu plan. —Se puso en pie—. Y como sé que no darás el brazo a torcer, pues... me temo que ninguno de los dos sabrá ni un ápice del otro hasta mañana. —Sonrió de forma completa y, tras acercarse a la puerta, se despidió repitiendo risueño—: *Hasta mañana*, amigo. *Hasta mañana*...

Abington bebió lo que quedaba de brandy y, con una sonrisa que no alcanzó a reprimir, inspiró profundo y exhaló.

No sabía en qué nuevo asunto se metería Hutton, pero de lo que sí estaba seguro era de que daría de qué hablar.

Él, mientras tanto, asistiría a la velada del señor Jones. Quizá fuera cierto y allí se sintiera más cómodo. Después de todo, no tenía

nada que perder.

Capítulo 4

—Por un momento, creí que no vendría, señora Duncan. Pero me alegra haberme equivocado. —Sonrió lady Browne cuando la vio entrar en la sala. Las mejillas regordetas se le realzaron y los ojos parecieron más pequeños con la expresión feliz.

Amelia imitó el gesto y saludó a la vizcondesa con la venia correspondiente.

—Jamás habría faltado, lady Browne.

La vizcondesa la invitó a que tomara asiento en uno de los sillones que, durante las últimas temporadas, se habían tornado famosos por destacar por su color amarillo chillón. Sin ir más lejos, al particular espacio en el que Christine solía celebrar las tardes de té se lo conocía como «la sala limón». Y, aunque la tonalidad había dado de qué hablar entre las más distinguidas damas del reino, lo cierto fue que la mayoría comentaba maravillas de la sala de Browne House, pues mujer soltera que ella invitaba allí, mujer que terminaba casada.

Amelia conocía el rumor gracias a su queridísima Sally, quien le había llevado las últimas noticias. Pero si se había presentado en la residencia de la vizcondesa no había sido más que por respeto.

Estaba en Londres para concluir unos últimos detalles que, tras la viudez, le habían quedado sin resolver.

—Lamento mucho la partida de su esposo, señora Duncan. —Vertió té en una taza y se la ofreció—. Sé que ha pasado más de un año, pero, en cuanto me enteré de que estaba aquí, supe que tenía que verla.

Amelia aceptó la infusión.

—Gracias, lady Browne. —Sonrió.

—Solo Christine, por favor —le suplicó cálida y curvó los labios con compasión. Amelia asintió al tiempo que parpadeó sin cesar, detalle que la vizcondesa no tardó en captar, por lo que continuó—: No es fácil atravesar este tipo de circunstancias, y mucho menos cuando se trata de nuestro compañero de vida.

—Usted lo debe saber mejor que ninguna otra mujer —comentó Amelia, incómoda. Lo último de lo que quería hablar era de su difunto esposo, no tanto porque hubiera fallecido, sino más bien por el amargo recuerdo de haberse casado con un hombre frío y distante como él.

—Tutéame, querida. Podrán pasar los años, pero yo jamás me acostumbraré. Al menos en privado, me libero de esas frivolidades. —Tomó una de las delicias con sabor a limón, que sus criados habían preparado para el servicio de té, y, tras hacer un gesto de extremo placer, continuó—: Y claro que lo sé. Mi esposo no solo fue mi mejor amigo, sino también el amor de mi vida. Por eso mismo, quería reunirme con usted. Créame, pocas somos las que sufrimos tras perder a un esposo.

Sin poder evitarlo y sintiendo una amarga presión, Amelia inspiró profundo y dio un sorbo a la taza. Christine lo detectó enseguida cuando le observó las manos: cada vez que aquella dejaba el té, se apretujaba el vestido de medio luto, color gris plomo.

Amelia no era buena ocultando sus verdaderos sentimientos. Nunca lo había sido. De hecho, la vizcondesa estaba segura de que esa nueva fachada de mujer tranquila y contenida no era más que producto de la infelicidad de haber terminado en los brazos del caballero equivocado.

—Coincido, lady Br..., Christine —se corrigió con una tímida sonrisa —. Perder al amor de la vida es la muerte misma —se atrevió a comentar. Pero muy lejos de recordar el rostro del señor Duncan, la imagen de los profundos ojos de James la invadió.

Al ver un ligero brillo en la mirada de Amelia, Christine curvó los labios con sutileza.

—No es fácil. No lo es cuando la muerte, la maldita muerte, hace lo suyo y separa a las almas para siempre, señora Duncan.

—Amelia. Solo Amelia.

La vizcondesa asintió, complacida. Pero entonces, sin perder tiempo, se animó:

—Sin embargo —dio un sorbo a su té—, nada es imposible cuando aún se tiene vida. —Y clavó la vista en la menuda figura de Amelia, quien acababa de dar un bocado a una porción de tarta.

De inmediato, los ojos de la señora Duncan se hundieron en los castaños y pequeños de lady Browne. No supo por qué; quizá fuera el vestido amarillo que le resaltaba los rasgos, pero la mirada fue intensa.

Se hizo un breve silencio en el que ambas mujeres se observaron con detenimiento hasta que la sonrisa de Christine llevó a que Amelia, encendida aunque contenida, replicara.

—Sé que tienes buenas intenciones, Christine, y te lo agradezco, pero solo ha pasado un año desde que me convertí en viuda. —Se puso en pie.

Con las finas cejas arqueadas y tras dejar la taza con suma calma

sobre una pequeña mesa, la vizcondesa se carcajeó.

Amelia frunció el ceño, sorprendida.

—¿Y crees que no entiendo tu situación? —respondió con astucia —. Por favor, Amelia, no me malinterpretes. Mi comentario fue porque sé que no hay nadie mejor que tú o yo para comprender el profundo dolor de la soledad. —Se irguió—. Quien me conoce sabe lo mucho que detesto los matrimonios por conveniencia, aun cuando es moneda corriente en nuestra sociedad. —Caminó hasta la ventana que daba a Berkeley Square y sumergió la vista en el cielo nublado—. Si puedo hacer algo en este mundo, que sea por el verdadero amor —confesó con profunda sinceridad.

Amelia sintió la honestidad de las palabras de la vizcondesa, y aunque no sería del todo específica, se atrevió a mostrar parte de su vulnerabilidad.

—Pues... Si de amor se trata, no creo que yo pueda ayudarte —se sinceró con dificultad.

Lady Browne giró el rostro para mirarla directo a los ojos.

—Ambas sabemos que eso no es cierto. —Se hizo un profundo silencio. Amelia tragó saliva e hizo un gran esfuerzo por disimular la tensión de su cuerpo y la agitación de su respiración. Sin embargo, Christine se compadeció de ella; sabía lo difícil que sería para la joven recordar los viejos tiempos en los que toda Londres conocía la pasión que había sentido por el actual lord Abington. Iría paso a paso. Calma, se aproximó a ella y, tras sonreír, le tomó las manos—. Aun así, no temas. No pretendo molestar a tu corazón. Solo busco una compañera en esta aventura, querida Amelia. Alguien que me comprenda y me ayude con esas jovencitas que las madres lanzan al mercado matrimonial, sin pensar antes en lo que de verdad sienten.

Amelia, con el ceño fruncido, observó la expresión de Christine. Siempre había sido una mujer afable, incluso aún recordaba las

veces que ella la había invitado a sus veladas para que pudiera dar con James, a pesar de lo mucho que se había arriesgado a las habladurías.

Y, aunque no hubiera logrado su sueño de pasar el resto de la vida junto a su gran amor, le debía mucho a esa mujer que, al menos, le había dado la oportunidad de conocer y disfrutar del amor de James Nevill.

Amelia inspiró profundo y, tras exhalar en un acto de rendición, aceptó.

—Está bien, Christine. Jamás podría negarme a tan noble causa. Pero tendrás que decirme qué puedo hacer y cómo. Lo último que quisiera es arruinar tus planes. —Sonrió.

«Al contrario, querida, ya los estás haciendo posibles», pensó lady Browne, que contuvo la felicidad y se limitó a un sutil gesto.

La joven viuda Duncan había caído. Para entonces solo era cuestión de seguir con el mismo papel.

—Gracias, Amelia. Gracias. —La abrazó—. Lo único que te pido es que me acompañes a los bailes para asegurarme de que mis queridas protegidas entreguen su corazón al hombre indicado. Sé que ambas podremos trabajar muy bien juntas. Lo sé.

—Que así sea, Christine. Que así sea.

La vizcondesa, entusiasmada por los próximos días, la despidió con cariño.

Pensativa por la tarde de té, Amelia salió de Browne House. Se subió al carruaje y, tras dar las indicaciones al cochero, se acomodó, aunque sin prestar atención al entorno.

Lo que no supo ella fue que, en ese breve instante, en esos segundos que tardó en subirse al landó, unos ojos que la conocían de antaño la observaron con extrema sorpresa.

***

«¡Tú te lo pierdes, James!», pensó William al salir de Nevill House.

Sabía que su amigo se había convertido en un completo aguafiestas y que aunque, de tanto en tanto, se daba el lujo del placer carnal con alguna que otra actriz de moda, lo cierto era que el marqués había perdido la chispa de años atrás.

Y él, mejor que nadie, sabía lo que aquel había sufrido. Él, con sus propios ojos, había sido testigo del deterioro de Abington. Desde esa noche de frustración, James había perdido su luz, su energía y, por sobre todo, las ganas de vivir. Parecía un espíritu que deambulaba por Londres, sin destino, sin propósito. Cumplía con su deber de marqués a la perfección y, por ende, no se le podía reprochar nada. Mas su vida personal era un completo desastre. Odiaba la vida social y solo salía por las noches a beber y descargarse cuando el dolor se le tornaba insoportable. A veces se dejaba acompañar; otras, se convertía en el ser más desagradable. Y durante el último año, había empeorado considerablemente.

Taylor, el mayordomo de los Nevill, se había tomado el atrevimiento de escribir a William para expresarle su preocupación cuando el marqués, sin ningún tipo de compasión, echó a la marquesa viuda y a su hermano menor de la propiedad principal para que se instalaran lo más lejos posible de él. Por supuesto que Hutton no dudó en tomar cartas en el asunto. No obstante, cuando regresó a Londres para encargarse de su amigo, descubrió —gracias a un noble bastante ebrio— el negocio secreto que se escondía detrás de los nuevos ricos —los Jones— que daban bastante de qué hablar. Aquel pobre diablo le confesó en White's el dinero que había perdido en manos de Jones.

William, al conocer los pormenores, supo que era el negocio ideal

para él, pues estaba seguro al ciento por ciento de que a él ninguna mujer lograría engatusarlo. Y enseguida pensó en James para que se le uniera. Desde ya, proponerlo para hacerlo partícipe no era una solución a la desgraciada vida que llevaba el marqués, pero al menos sería una forma de entretenerlo y sacarlo de esa posición taciturna que lo estaba consumiendo. Conocía el alma turbia y sin esperanzas de su amigo. Y si no aceptaban a Abington a la primera, solo tendría que captar la atención de los Jones en los clubes de caballeros, dar la sensación de hombre herido por las garras del desamor..., algo que, en realidad, a James le salía de forma natural.

Sin embargo, cuando Abington se excusó debido a un compromiso real —que el propio Taylor le aseguró—, Hutton se alegró por él. Aunque hubiera preferido compartir la aventura de ese nuevo negocio con su amigo, al menos podría entretenerlo luego, durante el resto de la temporada. Y él, de una u otra forma, se enteraría de la nueva razón que, al fin, lo había motivado a salir de Nevill House.

Entusiasmado por la noche que lo esperaba, William decidió ir a pie hasta White's en busca de información adicional sobre Francis Jones. No obstante, al cruzar por Berkeley Square, creyó que la visión le falló cuando la figura estilizada de una mujer castaña de ojos tristes pasó a pocos metros delante de él. Al instante, se detuvo. La joven acababa de salir de Browne House, la casa de la vizcondesa conocida por su afición de casamentera, pero lucía un vestido que indicaba un medio luto y lo confirmó cuando dos damas, próximas a él, susurraron al verla subir al coche.

—Lo imaginaba. Lady Browne ya está haciendo de las suyas —soltó una con tono cáustico.

—Cierto, pero lo último que esperaba era que fuera a meterse con una viuda. Creo que ha sobrepasado los límites. Hace solo un año que la señora Duncan perdió a su esposo. Porque es ella, ¿verdad?

«¿Duncan?», se preguntó mentalmente William. Se le aceleró el corazón.

—Sí, es ella. Amelia Duncan.

—¿Una de las Bertie? ¿La que perseguía al marqués?

—La misma. La que casi lo caza —soltó mordaz la otra.

El coche se alejó, y entonces Hutton se quedó sin aire. No se había equivocado.

Era ella: Amelia Bertie, la mujer que había hecho añicos el corazón de su amigo.

Retrocedió unos pasos, tratando de pensar qué era lo indicado por hacer.

Por un lado, el instinto le decía que retornara a lo de James y le advirtiera cuanto antes. Pero la razón le rogaba que tuviera compasión por su amigo. Hacía tiempo que Abington no aceptaba una invitación. Que al menos disfrutara por una noche era justo. Al día siguiente, cuando regresara para contarle sobre su nuevo negocio, podría comunicarle, de forma premeditada, sobre la inesperada presencia de Amelia en Londres. Sola. Viuda.

No sería fácil caer con semejante noticia, pues la reacción de James era impredecible. Aun así, tenía un poco de tiempo para pensar cómo se lo diría. Al menos hasta la mañana siguiente.

Respiró profundo y, aunque inseguro, optó por ir a la residencia de soltero, en Curzon Street, que Abington había usado en los viejos tiempos y que siempre le cedía para cuando él regresaba a Londres.

Sería solo una noche. Solo una.

Nada malo podría pasar.

Capítulo 5

Desde que había nacido, Francis Hubert Jones había sido criado para cuidar del negocio familiar. Su padre, Peter Thomas Jones, había creado una gran fortuna gracias al comercio de las más delicadas telas. Y tanto Francis como su madre, Rebecca, disfrutaron de los nuevos placeres de parte de la distinguida clase alta hasta que un día, un terrible día, el destino dio un vuelco para los tres.

La vida de los ricos parecía congeniar a la perfección con los dos hombres Jones. Y, aunque el joven Francis se preocupaba mucho por su querida madre, lo cierto era que para Peter la felicidad de Rebecca no era una prioridad. Estar al pendiente de los negocios y sumergirse en la ajetreada vida social londinense resultaba esencial para él, aunque no tanto para Rebecca.

Muy lentamente, el espíritu de la madre de Francis se fue apagando y ninguna distracción, por costosa que fuera, lograba llenar el vacío que sentía en su corazón. Le faltaba algo y no sabía qué... Hasta que una noche, en un elegante baile en el que su esposo la ignoró como siempre, sin imaginarlo, conoció a un carismático caballero de apellido Dupont.

La realidad fue que poco se supo sobre cómo aquel hombre

conquistó a la señora Jones, pero lo cierto fue que, en un abrir y cerrar de ojos, Rebecca, aunque ciertamente dolida por abandonar a su joven hijo, se marchó, y ni Francis ni Peter supieron adónde.

La rabia y la vergüenza dominaron el alma del mayor de los Jones y, aunque quizá otro hombre habría ido en la búsqueda de su esposa, Peter optó por odiarla el resto de su vida, aunque no sin serias consecuencias.

Al principio, se creó la excusa menos vergonzosa para explicar la ausencia de Rebecca: que un estimado familiar de América había enfermado y requería de la compañía amorosa de ella. La mayoría le creyó hasta que la propia conducta de Peter comenzó a hablar de la realidad oculta. Asistía cada vez menos a los eventos sociales, ya no le interesaba crear nuevos vínculos que favorecieran su trabajo y, peor aún, pasó a hundirse en el peligroso mundo del juego y del alcohol.

Francis, joven pero adulto ya, había aprendido a hacerse cargo del negocio, mas, con las grandes responsabilidades, contener a su errante padre le resultó imposible. Las pérdidas, debido a las malas apuestas de Peter, aumentaron día a día hasta que ni Francis fue capaz de escapar de lo inevitable: la bancarrota.

Peter no tardó en caer enfermo a causa de los estragos que el alcohol había provocado en su cuerpo. Pero Francis creía que si existía una cura para el estado de su padre, esa era el regreso de su querida madre.

Arriesgándolo todo, usó unos ahorros que había guardado secretamente, y, tras dejar a Peter cuidado por una fiel empleada de la familia, viajó hasta Francia, donde se suponía que hallaría a Rebecca según lo que había averiguado.

Pasaron meses, muchos meses instalado en la revolucionaria Francia, pero no lograba dar con ella. Aun así, y decidido a no

rendirse, la buscó incansablemente, mas cuando creyó que el esfuerzo había sido inútil, la vida lo iluminó. Rebecca Jones, completamente cambiada, vivía la vida de una actriz en un viejo teatro de París.

En cuanto la vio, no supo distinguir si era felicidad lo que ella destilaba, pero cuando se hundió en sus ojos, la ira de Rebecca lo descolocó.

Aguardó durante la función con la esperanza de hablar cuando esta finalizara, mas el sabor que le había dejado la mirada de su madre lo despertó del iluso ensueño. Y así, retrocedió para salir del teatro y evitarse más dolor.

Había soñado con recuperar a su madre, con ver el arrepentimiento en sus ojos y con el regreso de ella para salvar el alma de su padre. Sin embargo, no hicieron falta las palabras. Aquella simple mirada había sido suficiente. Se había equivocado. Su corazón se había equivocado.

Agobiado por la derrota, regresó al viejo y pequeño piso que alquilaba, mas cuando llegó, la vida se quiso asegurar de que efectivamente se hubiera dado por vencido. Una carta había llegado de Londres. Una carta de su fiel criada. Una carta que anunciaba la muerte de Peter Thomas Jones.

Había perdido a su madre y a su padre en una batalla que no era suya, pero que, sin duda alguna, lo había herido tal como la guerra a un soldado. Nada de lo que había hecho había servido... no al menos respecto de sus padres. Sin embargo, lejos de dejarse vencer, la experiencia lo había fortalecido.

Y vagó. Vagó por la ciudad, entre las sombras parisinas. Vagó y coqueteó con las tinieblas de la ciudad; mas cuando creyó que sería devorado por la oscuridad y la perdición, unos ojos grises e infinitos le devolvieron los latidos a su corazón.

Sienna Leroy se convirtió en la luz de sus ojos. Y, sin duda alguna, él la de ella.

La vida no resultó fácil desde entonces, pero, tal como le había enseñado, no importaba cuán profundo cayera, siempre que tuviera esperanzas y voluntad podría salir de la oscuridad y renacer más fuerte que antes.

Y allí estaba Francis Jones, más rico que antaño y en tan solo unos pocos años. Una fortuna lograda gracias a la asistencia de su querida Sienna, pero, en especial, por la naturaleza original de su negocio. Un negocio que, según él, crecería sin precedentes en esa temporada. Porque apostaría. Como nunca, apostaría.

—¿Estás seguro de que vendrán? —inquirió Sienna echando un vistazo a los últimos detalles que destacaban la elegancia de Breton House, la propiedad que, con mucho esmero, habían comprado para pasar las temporadas en Londres.

Francis observó a Sienna. Estaba preciosa. Un delicado vestido de satén rosa le envolvía la voluptuosa figura. Parecía un ángel, aunque él supiera que detrás de esos melancólicos ojos hubiera un fuego imparable.

—¿Acaso dudas de mis habilidades? —le preguntó aproximándose hasta que sus alientos se entremezclaron. Y sonrió de lado de esa forma pícara y clásica de Jones.

Las mejillas de Sienna se encendieron. No importaban los años que llevaban juntos ni que todas las noches compartieran la cama. La gruesa voz, el porte y la experiencia que tenía Francis le despertaban la pasión al punto de siempre sentirse una jovencita inexperta.

—No dije eso. —Hundió la mirada en la oscura de él. Con una mano, le acarició la masculina mandíbula y, con la otra, le recorrió el cabello oscuro de forma lenta hasta que, posesiva, lo atrajo hacia su

boca y se la devoró. Fue un beso intenso, lleno de ese ardor que arrastraba a Jones al borde de la locura. Mas cuando Sienna notó que la excitación se había apoderado de Francis, sonrió y, con un dejo de malicia, se desprendió para continuar—: Confío en ti y en tus dones más que nadie en el mundo, *mon cher*. Es solo que... No sé por qué, pero siento que esta temporada será un poco más compleja que las anteriores.

—¿Te refieres a que solo es una de *tus* sensaciones? —resaltó medio entre risas.

Los ojos de Sienna se entrecerraron con rabia.

—Se llama «intuición». Pero lo había olvidado: debí pensar antes de hablar, pues siempre menosprecias lo que siento. —Se dio la vuelta y avanzó para alejarse, mas la mano de él la detuvo por la muñeca.

—Sienna... —Con delicadeza, la atrajo de nuevo hacia él y le envolvió la nuca para que sus respiraciones volvieran a mezclarse—. Perdóname. No lo tomes tan a pecho. No quise molestarte, solo quiero que te relajes y disfrutes lo que ambos estamos construyendo. —Sumergió los ojos en los de ella—. No es la primera vez que hemos triunfado. Además, hemos dejado pasar una temporada para no levantar sospechas y contamos con la ayuda de nuestra querida lady Browne. No tienes por qué temer.

Sienna lo observó con dudas.

—Sé que yo misma me entusiasmé con la idea de incluir al marqués de Abington, pues es un gran partido, pero... —Bajó la vista y respiró profundo—. No lo sé. Quizá sea más complicado de lo que imaginamos.

Con las cejas fruncidas, pero comprendiendo la preocupación de ella, Francis le levantó el mentón y la invitó a que volviera a mirarlo.

—Mírame, mi amor. Por favor. —Le sonrió en cuanto Sienna alzó la

vista—. Sé que es la primera vez que trataremos con un hombre que parece impermeable, pero créeme que podremos. Incluso me animo a apostar que será el primero en casarse.

—¿De veras? ¿Así de seguro estás?

—Así es. Y aunque en este caso será más que esencial la ayuda de lady Browne, no nos quedaremos de brazos cruzados, cariño. Es uno de los nobles más ricos y es en extremo apuesto. Quizá debamos mejorar lo que se dice de él. Pero créeme, no tendrá escapatoria: todas las mujeres de esta temporada saldrán desesperadas a la caza del marqués. —Y curvó los labios de forma completa.

Sienna inspiró profundo y, aunque una ligera sospecha seguía preocupando a su corazón, la seguridad de Francis la calmó, al menos por ese momento.

—Pues bien. Si tú lo dices...

Y Jones la besó. Pero esta vez con dulzura, para transmitirle la tranquilidad que necesitaría esa noche. Una noche clave.

No obstante, el carraspeo del mayordomo los interrumpió y, aunque de mala gana, ambos se desprendieron.

—Señor, han llegado los primeros invitados.

La mirada de Jones se iluminó al instante y, con una sonrisa, le respondió:

—Perfecto. Que comience la noche.

***

Estuvo a punto de no salir de Nevill House, a un minuto de desistir, cuando el ayuda de cámara lo terminó de preparar. Y era que la imagen que le había devuelto el espejo lo abrumó. Hacía tiempo que no se arreglaba de esa manera..., de esa forma que, para él, no hacía más que atraer la atención de docenas de jovencitas

dispuestas a lo que fuera con tal de casarse. No obstante, la sabiduría de Taylor, su mayordomo, se adelantó magistral al lado taciturno y arisco de Abington.

«No se preocupe, su señoría. Será solo una noche. No tiene nada que perder», se había animado a intervenir como si le hubiera leído la mente.

James, sin decir una palabra, asintió y se marchó.

Pero ya había llegado, y aunque creía conocer Londres como la palma de su mano, lo cierto fue que quedó deslumbrado con la fachada de Breton House, la residencia del tal señor Jones.

«Muy exquisita y costosa para pertenecer a un simple señor», analizó al descender de la berlina. No era un hombre que se fijase en aquellas peculiaridades, pero, sin duda, la riqueza del señor Jones resultaba enigmática. No obstante, detuvo el pensamiento cuando otros caballeros se acercaron a la casa de estilo paladino. No era momento para reflexionar: era hora de que entrara.

Un criado, uniformado con suma elegancia, lo recibió. Tras James cederle el sombrero y el abrigo, se adentró hasta la sala principal, donde varios invitados ya habían llegado a la velada. Pero la incomodidad lo invadió en cuanto notó que, al entrar, algunas miradas inquisidoras se habían posado sobre su fornida figura.

«Maldición», pensó al tiempo que la mandíbula se le tensó.

Sabía que ocurriría. No había reunión en la que no asistieran, al menos, una o dos serpientes ávidas de cazar una buena presa para el futuro de sus hijas. Por fortuna, un sirviente se aproximó y le ofreció una copa que él no tardó en aceptar. La necesitaba. Y pasó un buen rato en el que el pobre de Abington se vio en la urgente necesidad de beber casi sin control, aunque muy bien asistido por los criados que, atentos, se le acercaban cada vez que terminaba de beber una copa.

El tiempo pasó y el alcohol aumentó. Mucho. Demasiado y sin que él se diera cuenta por la ansiedad que lo dominaba.

Sin embargo, cuando creyó que tendría que marcharse antes de que alguna arpía descubriera su estado frágil debido al alcohol, la ayuda llegó en el momento justo, como una medida de agua en medio del desierto.

—Sea usted muy bienvenido, su señoría.

Tratando de disimular el efecto que, poco a poco, se adueñaba de su cuerpo, Abington se dio la media vuelta y, tras aceptar la gentil venia por parte de la pareja, correspondió al saludo del anfitrión.

—Gracias, señor Jones. —Dirigió la vista hacia la hermosa mujer que acompañaba a Francis y se inclinó levemente, aunque un poco lento y cuidado, lo que delató el estado de ebriedad inicial—. Lord Abington a su servicio, señora.

Sonrientes, Sienna y Francis se echaron una fugaz mirada de complicidad que el marqués no detectó. Ambos habían estado atentos a cada movimiento del lord desde el instante en que pisó Breton House. Pero solo se le acercaron cuando notaron que, gracias a su debilidad por la bebida, la tensión de su cuerpo disminuyó al punto de comenzar a bajar la guardia. Para entonces, manejar al indomable marqués resultaría menos dificultoso.

—Oh, no, lord Abington. Quien me acompaña no es mi esposa, sino mi querida prima: la señorita Sienna Jones.

No supo por qué, pero la presentación molestó a Sienna más que las temporadas anteriores. Aun así, disimuló tal como siempre había hecho hasta entonces.

—Es un placer, su señoría. —Se inclinó y sonrió de forma mesurada, con la vista sumisa y gacha.

Francis observó al marqués y, a pesar de que se había relajado un poco tras las incontables copas que se había tomado, detectó que la

ansiedad lo dominaba.

—Estimo que recién ha llegado, ¿verdad, milord?

—No hace tanto, señor Jones —replicó James intentando sonar cortés, lo que no funcionó al echar una inconsciente mirada de rechazo al entorno.

Sienna miró con escepticismo a Francis, pero este le guiñó un ojo.

—Pues déjeme decirle que no hace falta que se quede en esta sala. La realidad es que son muchas las personas que desean asistir a las veladas que con tanto esmero organiza mi querida prima. —Sonrió con dulzura en dirección a ella y luego regresó al marqués—. En verdad, la invitación que le ofrecí ayer fue más exclusiva, lord Abington.

James frunció el ceño.

—¿Exclusiva?

—Por supuesto. —Un criado extrañamente atento a los movimientos de su señor se acercó con una bandeja con bebidas, y Jones no tardó en tomar dos copas para entregarle una al marqués. Se acercó al lord y, casi en un susurro, continuó—: Entiendo lo cansino y frustrante que es soportar esta parte de las veladas. Créame, lo sé mejor que nadie. —Suspiró—. Así que solo sígame. Iremos a un lugar más tranquilo para disfrutar la noche de una forma más *adecuada* para nuestro estilo —resaltó, cómplice.

James arqueó las cejas. No estaba muy seguro, pero al volver a observar a las serpientes de madres con las hijas solteras que había en la sala y que, de manera perspicaz, habían comenzado a acercársele, inspiró profundo y exhaló con decisión.

—Guíeme. Yo lo seguiré.

Jones asintió con la cabeza, no sin antes mirar a Sienna. No hacían falta las palabras. Conocían el plan. El más desconfiado de ellos ya había sido atrapado. A partir de ese momento, solo restaba

que ella recibiera al último de los caballeros seleccionados para el negocio.

Era cierto: quizá esta temporada resultara un poco desafiante con la inclusión de James Nevill. La situación sentimental de este era bastante dramática y deducible con solo verlo, pero tras tener en cuenta lo mencionado por lady Browne —que conocía su historia con lujo de detalle—, se comprendía mucho mejor el estado taciturno y arisco del marqués.

Cualquier caballero de negocios, en el lugar de Francis, no se habría arriesgado a tanto. Sin embargo, Jones amaba los desafíos y, sin dudas, Abington era uno. Por supuesto que el hecho de que el marqués fuera absurdamente rico motivaba sobremanera al perspicaz señor Jones, y de ahí su jugada.

La realidad era que, habitualmente y al principio, la estrategia de Francis implicaba una velada mucho más íntima y no un baile. Pero lo cierto fue que, al ahondar en el carácter arisco del adinerado marqués, consideró esencial para el éxito del plan crear un ambiente inicial en el que James se sintiera presionado. Solo así, y bajo los efectos del poder del alcohol, este apreciaría una sala de juego como un lugar más placentero y seguro que el de un salón lleno de víboras peligrosas, dispuestas a cazarlo. Un pequeño costo extra para el bolsillo del señor Jones, pero que se cobraría más tarde y con creces.

Como fuera, Abington lo siguió y, luego de entrar en la tranquila sala, suspiró medio aliviado.

—Señores, con nosotros, un jugador más —expresó Jones, sin necesidad de exponer la identidad del marqués.

James, ciertamente aliviado, se sentó en uno de los asientos que rodeaban a la mesa circular y, tras echar un vistazo al resto de los caballeros, suspiró. Ninguno de ellos necesitó de más presentaciones

y tampoco se revelaron; no era necesario, se conocían. Simplemente se miraron con empatía, como si todos hubieran comprendido que a lo único que habían ido era a pasar un rato de juego, acompañados de unas buenas copas y en el que nadie, absolutamente nadie, los juzgaría.

Una vez que el marqués se acomodó, Jones hizo un gesto a uno de los criados para que se aproximara a cada uno de los invitados y les ofreciera una copa.

Ninguno se opuso, pero, después de unos minutos de absoluto silencio en el que solo bebieron, Abington, extrañamente más suelto, se animó a hablar.

—Pues bien, señor Jones, ¿con qué juego nos va a deleitar?

Francis dio un gran sorbo a su whisky y, tras sonreír de lado, respondió:

—Al veintiuno. Sencillo pero estimulante para empezar la noche, ¿no lo cree?

Abington arqueó las cejas. No era su favorito, pero estaría bien.

—¿Y qué esperamos para comenzar?

Francis inspiró profundo para replicar, mas, al notar la puerta abrirse, sonrió de forma completa y lo resumió.

—A una persona más.

El marqués frunció el ceño y, cuando vio a la señorita Jones ingresar, alzó una ceja de forma inquisitiva.

—¿A la señorita Jones?

Francis se carcajeó.

—Oh, no. Aunque es cierto que ella nos acompañará para asegurarse de que tengan todo lo que deseen, nos faltaba un invitado más —aclaró. Sienna se hizo a un lado y, pronto, aunque para absoluta sorpresa del marqués, el nuevo participante se asomó —. Bienvenido, querido amigo.

Los ojos del recién llegado se abrieron como nunca al descubrir la presencia del marqués. Pero su expresión no se comparó con la de Abington que, incrédulo, borró la sonrisa y susurró de forma inevitable:

—¿Hu... Hutton?

Capítulo 6

Con el ceño fruncido y aún sin comprender, James mantenía la vista fija en su querido amigo Hutton. Había susurrado su nombre en cuanto lo vio, pero nadie lo había oído. Aun así, y comprendiendo que la cuestión de las identidades no tenía por qué ser un problema —pues se trataba de una simple reunión para descomprimir el agobio de la vida—, estuvo a punto de saludarlo y expresar la sorpresa de encontrar allí a su par. Sin embargo, a un segundo de despegar los labios, un imperceptible pero contundente gesto de negativa de Hutton detuvo al marqués.

James entrecerró los ojos, mas, al sentir la seriedad y desesperación en la mirada de William, supo que debía seguirle el juego. Era claro que había sido una expresión disimulada y que, por alguna razón, Hutton no quería que, por el momento, se supiera que ambos conservaban una amistad.

—Ahora sí, lord Abington. —Sonrió el señor Jones al tiempo que invitó a William a sentarse casi enfrente de James—. Y si todos estamos de acuerdo, podemos comenzar. —Tomó un vaso, se lo entregó a William y continuó—: El juego escogido ha sido el veintiuno, señor Hutton. ¿Está de acuerdo?

Abington, al recordar la conversación con su amigo, comprendió su postura al instante y lo observó con detenimiento.

«Por todos los cielos, William. ¿Este es el nuevo negocio al que te referías? ¿Apostar?», pensó James sin quitarle la vista de encima.

Era cierto que Hutton había sido un alma rebelde toda la vida. Y, aunque entre los seis hombres que estaban allí lord Robert Clifford fuera conocido por su ridículo libertinaje, lo cierto era que Hutton era el rey de los solteros sin remedio y que despilfarraba el dinero en diversión y negocios sin futuro. Sin embargo, no era tan estúpido.

A diferencia de lo que se podía pensar, William era bastante perspicaz, lo suficiente como para saber cuándo dejar un mal negocio, como lo era, sin duda alguna, apostar en los juegos. No obstante, y según lo que le había mencionado más temprano en Nevill House, se suponía que estaba allí, en la reunión del señor Jones, para «su nuevo negocio». Pero de acuerdo a lo que entendía James, no sería más que una simple noche de juego de cartas.

—Por supuesto, señor Jones. Por mí, cualquier juego estará bien. —William bebió un sorbo del vaso y, tras suspirar con una extraña melancolía, siguió—: Solo... Solo deseo divertirme.

Abington frunció el ceño. ¿Desde cuándo su amigo destilaba tanta tristeza? ¿Acaso le había ocurrido alguna tragedia y no había querido contárselo? No lo supo en el momento, pero cuando notó que la señorita Jones fijó con curiosidad la vista en él, Abington tosió y bebió para simular que le había importado muy poco la expresión de Hutton.

Francis, tras escuchar la respuesta de William, sonrió de lado.

—Perfecto. Hagan sus apuestas y que comience el juego, caballeros. Esta será una noche inolvidable.

La primera mano de cartas fue una contundente victoria para Hutton, y aunque lo ganado fue de muy poco valor, la alegría que

demostró William sacó de las casillas al resto de los hombres, a excepción de Jones y Abington. Por supuesto que, para calmar las aguas, el anfitrión exigió con delicadeza que aumentaran las rondas de alcohol, aunque el efecto, a sabiendas de él, fue en dirección opuesta y el deseo de ganar llevó a que el valor de lo apostado aumentara considerablemente.

La gloria de la segunda mano quedó en manos de lord Robert Clifford, lo que no agradó a nadie. Su arrogancia era conocida por todo el reino, y aunque su desaparición a mitad de la temporada anterior había dado de qué hablar, era una obviedad que la personalidad del segundo hijo del marqués de Portley no había cambiado mucho, pues allí estaba, alardeando de su pequeña victoria.

Pero el ambiente se encendió realmente cuando sir Charles Capell ganó la tercera partida. El baronet era conocido por jugar sucio —no solo a las cartas—, lo que casi saca de quicio al vizconde, Henry Bryon, y también a Abington. Ambos conocían su historia, en especial la última con la honorable señorita Astley.

No obstante, la sorpresa ocurrió cuando en la cuarta ronda, el señor Jones se animó, sin decir una sola palabra, a apostar una cantidad de dinero que asombró al resto de la mesa. Incluso, y a pesar de las rivalidades, todos se miraron entre sí.

Abington observó con detenimiento al señor Jones. Se lo notaba risueño y con una calma que, por supuesto, ninguno de los demás tenía en ese momento. Sin duda era un experto, quizá un tahúr perspicaz, y, por alguna extraña razón, había reunido a otros cinco hombres, que apenas conocía, para jugar con él.

—Es una gran suma, señor Jones. Pensé que sería una noche tranquila. —Sonrió Abington, con astucia, a pesar del alcohol que había ingerido.

—Oh, no, su señoría. No lo tome a mal. Es más bien una cuestión personal. Como ya lo habrá notado, no me va muy bien en el juego. Y quisiera, aunque fuera una sola vez, sorprenderme con la suerte de mi lado —dijo, y rio de forma amigable—. Claro que si no gano esta partida, me retiraré antes de que mi querida prima me lo reproche por la mañana.

Abington giró el rostro hacia la señorita Jones, que deambulaba por la sala cada tanto, asegurándose de que cada vaso siempre estuviera bien lleno, y sonrió sutil.

—Pues entonces le deseo mucha suerte. —Y apostó, aunque una cantidad muy inferior a la de Jones.

No ocurrió lo mismo con los demás que, también envueltos por un fuerte estado de ebriedad, apostaron más que el marqués, aunque no tanto como el anfitrión.

Se repartieron las cartas. Sienna dio una vuelta junto con el criado y ayudó a que cada invitado tuviera una digna medida de whisky y, tras sonreírle a su primo —quien rechazó el agregado de más alcohol —, se retiró hasta quedar unos pasos detrás del marqués.

La tensión envolvió la sala. Cada uno de los caballeros observaban al resto en busca de algún indicio. Se apostaba una cantidad de dinero realmente tentadora y, aunque la mayoría no la necesitara precisamente, la sed por ganar esa partida era, sin duda alguna, extrema.

Todos, a excepción de James, tomaron una carta extra. Al instante, Hutton, sir Charles y lord Robert se retiraron, rabiosos por haberse pasado. Pero la expectación aumentó cuando la batalla quedó entre el marqués y el señor Jones.

Abington clavó los ojos en su rival y, amable, lo invitó a avanzar.

—¿Desea mostrar lo que tiene, señor Jones?

Francis curvó los labios de lado.

—Por supuesto, aunque no creo que le agrade, lord Abington.

Sonriente, el señor Jones expuso sus diecinueve. Era una victoria casi asegurada, y el resto lo sabía. Sin embargo, tras un corto pero intenso silencio en la sala, Abington sonrió de forma completa.

—Veinte —soltó, y mostró las cartas.

Los otros caballeros no tardaron en expresar la sorpresa.

—Definitivamente, el juego no es lo suyo, señor Jones —intervino un risueño Hutton, pero de inmediato aprovechó y se dirigió a su amigo—. Y pienso que, en esta partida, el marqués ha demostrado su supremacía. No creo que quiera seguir apostando esta noche; nos dejaría en ridículo. —Y le echó una intensa mirada que descolocó a James.

Sienna miró fugazmente a Jones, pero este solo le sonrió.

—Tiene razón, señor Hutton. Definitivamente el juego no es para mí. Nunca he ganado una sola partida, ¡ni siquiera a mi prima! —Rio Francis junto con el resto de los hombres, y aunque Sienna imitó el gesto, no le gustó una pizca el comentario—. Jamás en la vida he ganado un juego. —Suspiró con divertida resignación, pero siguió—: Bueno, a excepción de uno bastante especial, pero no va al caso que lo mencione —resolvió restándole importancia, y bebió.

Todos fruncieron el ceño, y la soberbia de lord Robert no tardó en hacerse notar.

—Señor Jones, acaba de perder una gran cantidad de dinero ¿y no va a intentar recuperarla al menos con algo a lo que sí sepa jugar? —Se carcajeó, regodeado por la victoria alcanzada en la segunda partida.

Jones rio al tiempo que, con un gesto, pidió un poco de whisky.

—Es que no es un juego para cualquiera, lord Robert —replicó Francis.

Hutton echó una mirada feroz a James, pero este, a pesar de que

lo notó, no lo miró.

—¿Cualquiera? ¿Qué quiere decir? ¿Que no somos buenos jugadores? —Rio Robert, medio indignado, medio ebrio—. Porque si es así, no es el más indicado para hablar, señor Jones. —Bebió hasta la mitad de su décimo vaso y, envalentonado, continuó—: ¿De qué se trata el juego?

Jones contuvo la sonrisa y, tras simular indecisión, suspiró.

—No puedo contárselo sin que todos estén de acuerdo en participar, lord Robert. Como le he dicho, no es tan simple como el veintiuno.

—¿Acaso correrían peligro nuestras vidas? —inquirió sir Charles.

Abington y lord Bryon pusieron los ojos en blanco.

—El señor Jones es un hombre honorable, a diferencia de ti, Charles —intervino de nuevo Robert Clifford.

Francis sonrió.

—Por supuesto que jamás jugaría con la vida de nadie, ni siquiera con la mía, señores. —Bebió lo que le quedaba de whisky en su vaso y continuó—: Lo que ocurre es que es una gran apuesta que se deja asentada por escrito, con las firmas de los participantes, y que solo se puede hacer entre solteros.

Abington entrecerró los ojos al tiempo que frunció el ceño. Hutton, serio, volvió a clavar la vista en el marqués.

—¿Solteros? —inquirió el vizconde Bryon—. ¿Por qué?

—Porque se trata de un club: el club de los solteros.

—¡¿Un club?! ¡¿De solteros?! —Se carcajeó lord Robert y, tras dar un largo trago a su bebida, siguió—: ¿Dónde me anoto, señor Jones? Solo con el nombre sé que es ideal para mí.

Francis rio, satisfecho por cómo marchaba el plan.

—No es tan simple, milord. Para pertenecer, además de ser soltero, debe invertir una suma considerable y, para no perder, debe

cumplir algunas consignas claves.

—¿Perder? —indagó Bryon—. Entonces ¿el club es un juego?

—Más bien se trata de una apuesta que se hace en el club.

Mientras que la mayoría sonreía con curiosidad, Hutton mantuvo la expresión seria y fija en el marqués que, a pesar del alcohol que corría por sus venas, seguía enfocado en el anfitrión.

—¿Y de qué se trata esa apuesta, señor Jones? —se animó a preguntar Abington.

Francis solicitó un puro. Lo encendió, lo disfrutó por unos segundos y, una vez que se aseguró la atención sobre él, respondió:

—En primer lugar, cada participante del club debe ser soltero y garantizar absoluta confidencialidad, pues se trata de un club de caballeros secreto. En segunda instancia, para poder formar parte del juego, cada integrante deberá participar de todas las veladas a las que sea invitado durante la temporada. Y tercero, tendrá que invertir una suma de veinte mil libras.

—¡¿Veinte mil libras?! —exclamó sir Charles con los ojos como platos de postre.

Sienna también se sorprendió, pero lo disimuló.

—Exacto. Veinte mil. Pero es solo la inversión inicial, sir Charles.

—¿Cómo que inicial? —preguntó lord Robert, medio lento, debido a su doceava medida de whisky—. ¿Acaso hay que jugar más dinero?

—Solo si pierde.

Se hizo un breve silencio.

—¿Y cómo es que se puede perder? —interrogó Abington.

—Pierde quien se compromete o se casa durante la temporada.

—¡¿Qué?! —La risa de lord Robert descolocó a los demás, a excepción de Francis—. Lo siento mucho por usted, señor Jones, ¡pero he aquí su vencedor! ¡Solo dígame dónde debo firmar! —Y

bebió hasta dejar vacía la medida.

Abington, dominado por la curiosidad y un impulso que hacía tiempo no sentía, intervendría para saber más.

Hutton solo suspiró.

—Entonces dice que, además de una inversión inicial, quien se compromete o se casa durante la temporada pierde y debe entregar más dinero. Pero entonces ¿quién gana?

—Quien se comprometa o se case no solo perderá las veinte mil libras invertidas, sino que, además, deberá abonar diez mil libras más como represalia por el incumplimiento de una de las reglas: la de ser soltero, un requisito indispensable en el club. También perdería quien haga público cualquier detalle acerca de este pacto. Es un secreto ahora y luego de terminado el juego. —Fumó el puro y, tras beber un sorbo más, continuó—: Sin embargo, quien logre llegar soltero al final de la temporada no solo recuperará su inversión inicial, sino que además se llevará el pozo acumulado, es decir, ciento setenta mil libras. Y la gloria, por supuesto.

Robert Clifford sonrió de forma completa.

—¿Y si nadie se casa? —preguntó el vizconde.

—En ese caso, se recupera el dinero inicial y se mantiene la oportunidad de volver a formar parte del club la temporada del año siguiente. Pero claro, hasta ahora jamás ha ocurrido. Aunque sí hubo más de un ganador. Si ese fuera el caso, el dinero acumulado se distribuye en partes iguales entre quienes hayan logrado la meta. Así que, como ven, la apuesta es muy sencilla, caballeros, pues, en el club de los solteros, solo gana quien no se casa.

—Dígame dónde firmo —intervino Clifford, intentando mantener el equilibrio, aun sentado a la mesa de apuestas—. Ninguno de ustedes podrá conmigo.

—Eso es lo que dices ahora. Solo basta con que caigas embobado

como la temporada del año pasado, ¡y adiós a tu soltería, lord Robert! —se atrevió a decir sir Charles.

Clifford hizo una mueca de disgusto.

—Eso no volverá a ocurrir —se limitó a replicar con las gruesas cejas fruncidas.

—Pues yo le sugiero a lord Abington que decline. —Sorprendió Hutton con su intervención—. Son muchas las damas que lo desearán. No hay una sola mujer soltera en el reino que desista de ir a la caza de un marqués. —Y fulminó a James con la mirada, con un aire de súplica que solo Abington detectó.

—¡Pero qué dices! —exclamó sir Charles, con los pómulos más rojos que su cabello—. ¿Eres tonto o te haces? ¡Que se apunte y lo cacen! ¡Mejor para el resto! O, mejor dicho, ¡para mí!

—Mejor calla, Capell —intervino Bryon, fulminándolo con la mirada verde y profunda—. Apuesto lo que sea a que serás uno de los primeros en caer.

Francis rio.

—¡Pues bien! Por el entusiasmo, veo que casi todos están de acuerdo. Solo resta saber lo que opina nuestro querido marqués. —Enfocó la vista oscura en la castaña y fría de James—. ¿Qué dice, lord Abington? ¿Se une a nuestro club?

El marqués observó cómo, en un abrir y cerrar de ojos, las miradas se habían clavado en él. No necesitaba del dinero, pero era cierto que la suma total superaba su anual. Era tentador. Muy tentador. Mas, sobre todo, sintió que su honor y su rudeza masculina estaban en juego. Además, por mucho que el resto intentara sonar duro, sabía que de todos era el que más posibilidades tenía de ganar, pues no había mayor certeza en su vida que la imposibilidad de volver a amar. No había chance de que alguna mujer reviviera el más mínimo de los sentimientos que había experimentado antaño.

Su corazón había muerto tiempo atrás, en manos de Amelia. La maldita de Amelia Bertie.

Hutton, con la mirada que desbordaba desesperación, se atrevió a negar con la cabeza en un intento porque desistiera de aquel peculiar negocio. Sin embargo, y envalentonado por las heridas de su alma, asintió:

—Me apunto, señor Jones. ¿Dónde hay que firmar?

Capítulo 7

—¡Abington! —exclamó Hutton en cuanto salieron de la residencia de los Jones. Corría detrás de su amigo, pero este estaba decidido a no frenar, por lo que aceleró el paso y aumentó el volumen de la voz—. ¡¡Abington!!

Tras comprender que el resto de los integrantes del club de los solteros estaban a pocos metros detrás de Hutton, el marqués se dio la media vuelta y clavó la vista en él para que dejara de gritar.

—Señor Hutton, ¿necesita que lo alcance hasta su morada o la noche aún no ha terminado para usted? —inquirió con poca paciencia y tratando de disimular la tensión que lo había dominado.

Medio agitado, William se le aproximó y, tras entender que a James se le estaba por agotar la cordialidad, asintió con la cabeza.

En cuanto la berlina de Abington frenó en la entrada de Breton House, el marqués lo invitó a que subiera para luego él hacer lo mismo. No obstante, James le prohibió que hablara hasta que se hubieron alejado lo suficiente de la propiedad.

—Y bien, además de explicarme las estúpidas reacciones que tuviste en la reunión, ¡¿podrías decirme qué rayos es lo que ocurre contigo, William?!

Hutton puso los ojos en blanco al tiempo que inspiró profundo para exhalar. No sería fácil.

—No sé por dónde empezar, James. —Se sacó el sombrero—. Yo...

—¡¿Por qué demonios intentabas echarme de la velada?! ¿Acaso no era tu intención que te acompañara esta noche? ¡Pero claro! Coincidimos porque al maldito destino se le ocurrió y, de pronto, cambias de opinión. ¡¿Quién demonios te entiende, William?! —Bufó, enardecido, y clavó la vista en el oscuro paisaje citadino.

Hutton se tomó unos segundos antes de replicar. Tragó saliva, pensó en decírselo con cautela e, incluso, hasta evaluó no confesarle nada hasta la mañana, pero cuando notó que James volvería hablar para recriminarle vaya a saberse qué, William lo soltó:

—Amelia ha vuelto.

El silencio fue casi absoluto; solo se escuchaba el traqueteo del coche.

Con los ojos fijos en los angustiados de su amigo, el marqués dejó de pestañear. Un sudor frío le envolvió el cuerpo y, por un instante, sintió que el corazón se le había paralizado.

¿Era cierto? ¿Era una estúpida y desagradable broma de Hutton para fastidiarle la noche? ¿O... era real?

Tragó saliva, tratando de procesar lo que acababa de oír, incluso sonrió y parpadeó varias veces creyendo que, efectivamente, era una broma. Pero William, al imaginar lo que estaba pensando, lo detuvo.

—Es cierto, James. Jamás te mentiría con algo como esto. Lo sabes.

La seriedad retornó al atónito marqués.

—No puede ser. —Bajó la vista y las clavó en sus propios pies—. Ella... ella se fue, William. Hace años que está en Escocia. Ella es la señora Duncan. Ella se casó y...

—Y hoy está aquí. De nuevo. En Londres —lo interrumpió. Se tomó unos segundos y agregó—: Y viuda.

De inmediato, James alzó la vista y la hundió en la de su amigo.

—¿Viuda? —inquirió, incrédulo.

Hutton asintió.

—Yo caminaba por Berkeley Square y la vi salir.

—¿De dónde?

William respiró profundo.

—De... Browne House, la residencia de la vizcondesa.

Al instante, los ojos del marqués perdieron el brillo. Era obvio. Todo el mundo conocía a lady Browne. Y si Amelia había ido hasta allí, solo podía significar una cosa: buscaba una nueva víctima, un nuevo esposo.

James volvió a girar el rostro hacia la ventana para sumergir la vista en la oscuridad de la noche.

—Era de esperarse tratándose de alguien como ella —escupió mordaz.

Hutton guardó silencio por unos momentos. Sabía que quien hablaba era el corazón roto de James y no su alma. Aun así, comprendía que no tenía sentido discutir.

—James, si esta noche insistí varias veces en que te retiraras, era justamente por esta razón. Lo último que deseo es que mi amigo...

—¿Pierda? —lo interrumpió al tiempo que regresó la mirada a él. Sonreía, pero con un fuego rabioso, vengativo—. No, William. Te lo agradezco, pero no hacía falta. No me importa lo que sea de ella. Hace tiempo que para mí está muerta —soltó con dureza. Hutton se quedó sin aire al oír a James destilar tanto odio, pero calló. Con él, mantener el silencio siempre era lo mejor. James lo miró y sonrió de lado—. Ganaremos y nos repartiremos el dinero. Dalo por hecho.

Aunque en extremo preocupado, William sonrió débilmente y

asintió.

No estaba seguro de ello, pero, fuera como fuera, apoyaría a su amigo. Siempre.

***

Sienna era una mujer bastante racional cuando se lo proponía. La vida había sido muy dura con ella, pero la había dotado de una belleza cautivadora y de un magnetismo que, unido a su don para actuar, la tornaron en toda una joya en aquel mundo oscuro en el que había nacido.

Sin un hombre al que llamar padre y bajo el ala de una madre que se ganó el pan de cada día remendando prendas, Sienna Leroy se abrió camino, aunque no sin sufrir heridas irreparables. Y así consiguió pertenecer al mundo del teatro, donde, a pesar de sus desventajas, encontró un lugar al que creyó un hogar... hasta que lo conoció a él: a Francis.

Los hombres siempre la habían defraudado. Al principio creyó que la ingenuidad se le iría al perder la inocencia, mas, con el tiempo, entendió que por mucha experiencia que tuviera su cuerpo, el corazón se mantenía tan puro como de más joven. Y era que la ilusión por amar y ser amada jamás se le había corrompido, ni siquiera cuando la traicionaron con falsas promesas solo para poseerla. Siempre, de una u otra manera, volvía a creer. Quizá fuera por la esperanza que su madre le había inculcado, aunque aquella hubiera fallecido sin nunca haber vuelto a ser amada. No lo sabía.

No obstante, la llegada de Jones le avivó la fe. Que él la hubiera llevado consigo, la protegiera, le diera techo y la adorara con la delicadeza con la que había soñado le resultó el más hermoso de los finales felices.

Sin embargo, para Francis parecía que nada era suficiente. Y, aunque otros negocios le habían dado la comodidad más que necesaria para seguir siendo dichosos, él encontró la manera de entusiasmarse con uno nuevo. Uno alocado, pero que, le gustara o no a Sienna, les estaba dando el cuádruple de frutos. Ideal para Francis, aunque bastante inconveniente para ella que, por cada día que pasaba, más sufría por la imposibilidad de casarse con él. Tenía que estar soltero para poder seguir llevando adelante el espectacular negocio de aquel club secreto. Era crucial. Fundamental según él.

Y allí estaba Sienna, más rica, más cómoda, pero menos feliz.

Aun así, su voluntad se mantenía firme, con la esperanza de que algún día Francis alcanzara la satisfacción total. Y ese día, ese momento en que él concluyera que no necesitarían más dinero, de seguro sería el más encantador para ella también, porque podrían casarse, tal como lo soñaba.

Y para eso, daría su mejor esfuerzo, aun cuando cada día soportara menos los comentarios desafortunados de él. Entregaría lo mejor de ella, más aún en esta temporada que, arriesgado, Jones había pedido el doble de inversión a los participantes del club. De seguro había sido para poder darle lo que ella tanto deseaba: una boda perfecta. Y, por supuesto, un matrimonio feliz.

Francis, en dupla con lady Browne, se encargaba de la estrategia, y Sienna cumplía con lo que él le ordenaba, mas su optimismo masculino a veces era excesivo. Ella era una mujer de mundo, el instinto jamás le fallaba. Y la noche de la reunión no la sintió como las de los años anteriores. Su corazón sentía incertidumbre, en especial por el marqués y el señor Hutton. Quizá Francis le hubiera restado importancia, pero a Sienna no se le habían pasado por alto las intensas y alarmantes miradas entre aquellos dos.

Y así se presentó en Browne House, pues debía asegurarse de que

el plan no perdiera el rumbo.

—Lady Browne —saludó Sienna al tiempo que hizo una gentil venia tras entrar en la sala.

La vizcondesa, conteniendo una sonrisa, recibió el saludo y la invitó a sentarse, pero no fue hasta que sus criados dejaron listo el servicio de té y se retiraron que se animó a hablar.

—Has regresado antes de lo que esperaba, querida. ¿Algún arrepentido? —inquirió, con la vista puesta sobre la taza mientras vertía la infusión para su recién llegada.

Sienna la observó. El tiempo había pasado, mas no para la vizcondesa. Los ojos pequeños, castaños y repletos de picardía seguían intactos, al igual que la piel tersa. Lo mismo ocurría con la oscura cabellera que, entonces, resplandecía tan hermosa como cuando habían trabajado juntas en Francia, aunque en aquellos años no lucía el intrincado peinado que tanto la identificaba desde que se había convertido en lady Browne. Sin dudas, la que había conocido como madame Bernard —o simplemente Christine para los más cercanos como ella— era la misma mujer, aunque más refinada y con un título en su poder.

—Aún no.

Lady Browne le entregó la taza.

—¿Acaso Jones no está conforme con los cinco caballeros escogidos?

—No es eso. —Dio un sorbo a la infusión—. Es solo que me preocupa la situación que deberemos manejar respecto del marqués. Es la primera vez que veo a un hombre tan dolido como él. Y tengo la ligera sensación de que el reencuentro con la viuda Duncan resultará más complejo de lo que esperamos.

Christine bebió un poco más del té.

—Entiendo lo que dices, pero puedes quedarte tranquila. —Dejó la

taza en una pequeña mesa que las separaba a la una de la otra—. Cité a la señora Duncan y justamente ayer se presentó en esta misma sala. Y ¿adivina? Aceptó ayudarme en mi inocente plan casamentero. —Sonrió y luego centró la vista en una de las delicias sabor limón que solía exigir a diario.

Sienna cerró los ojos al tiempo que exhaló. Lo que acababa de desvelarle la vizcondesa no era un detalle menor.

—Pues no puedo negar que me tranquilizas, Christine. Aun así, espero que la siga amando. —Frunció el ceño—. Por momentos, sentí que el trasfondo del marqués es más difícil de lo que pensamos. Hasta me llegué a preguntar si no será que en realidad la... la odia.

Christine, tras devorar una pequeña galleta, suspiró.

—Sí, lo sé. Y es probable que así sea, pero no te alteres —se adelantó al ver los ojos desorbitados de Sienna—. Conozco al marqués y también a Amelia. El lazo que los unió es muy intenso, con todo lo bueno y lo malo que ello implica. De todos modos, por si llegara a existir algún problema, tengo mi plan «b», querida. Sabes que soy una mujer de palabra, y ni a ti ni a Francis les fallaré —resolvió solo para calmarla.

—Bueno, escucharlo es reconfortante —soltó, vacilante.

La vizcondesa entrecerró los ojos.

—¿No te convenzo?

Sienna parpadeó varias veces como si hubiera despertado de una profunda reflexión.

—No es eso. Confío plenamente en tus habilidades. Y aunque no sé cómo lo haces, siempre logras lo que te propones.

Era cierto, lady Browne se encargaba previamente de elegir los candidatos a los que pretendía darles un final feliz y, hasta entonces, su éxito había sido rotundo.

—La verdad es que no es tan difícil cuando es por amor, querida —replicó con la vista fija en otra delicia.

—Aun así. Tienes el don de verlo.

Christine alzó la vista y le sonrió con dulzura.

—Y, sin embargo, sigues preocupada.

Sienna suspiró. Recordó la intensa y desesperada mirada de William, y los labios se le endurecieron.

—Es que... No sé por qué, pero el señor Hutton me inquieta.

Christine la observó con detenimiento, pero, al cabo de unos cuantos segundos de absoluto silencio, devoró otra galleta de limón y bebió té para luego continuar:

—Como te he dicho tras escogerlo, es el menos sufrido de todos. Incluso quizá sea el que más cueste casar. Pero créeme: caerá. Tarde o temprano también perderá. —Inspiró profundo y se corrigió —. O, como me gusta decir a mí, en realidad será otro de los ganadores. Y me atrevo a decir que el más afortunado. —Sonrió con picardía y se escondió tras la taza de té.

—Siendo así, no sé por qué no elegiste uno más fácil, pero confío en ti. Así que si tú lo dices... —suspiró Sienna poco convencida.

—¡Tranquila! No es momento de titubear, sino de ponerse en acción. Y para eso... —Entusiasmada, tomó un papel elegantemente sellado que tenía a su lado, sobre el sillón, y se lo entregó—. La invitación a mi primer baile, querida. —Sonrió de forma completa—. Que comience la función.

Aunque fuera por unos breves instantes, la preocupación se esfumó del corazón de Sienna. Su amiga tenía razón, no tenía por qué alterarse. Eran expertas y esta temporada sería un éxito total. Y, por qué no, incluso mejor que las de años atrás.

Capítulo 8

Tan solo habían pasado unos días. Tres, para ser exactos. Y sin embargo, lo que más lo había sorprendido no era la velocidad, sino el remitente de la invitación. De hecho, se quedó sin aire cuando la recibió.

«¿Lady Browne?», se volvió a preguntar Abington, curioso, tras leer la tarjeta que había recibido.

Toda Londres sabía la fama que tenía la vizcondesa por casar a quien se propusiera, y que la primera velada resultara ser en la residencia de ella no le parecía el mejor plan.

En realidad, ninguna reunión ni baile le parecían buenas ideas al taciturno marqués, pero era claro que celebrar en la casa de la mujer casamentera era la peor de todas.

Como fuera, si no quería perder el dinero que ya había invertido —incluso, si quería ganar el juego al que se había apuntado con firma y sello—, pues tendría que hacer frente a la situación. Le gustara o no.

Dejó la invitación sobre el robusto escritorio y, tras acercarse al mueble bar que tenía desde hacía unos años en su estudio, se sirvió una medida de whisky. Se sentó de nuevo en el sillón y, al llevarse el

vaso a los labios, un repentino pensamiento, más preocupante que el asunto del baile, lo invadió al punto de frenar la degustación del alcohol.

¿Sería cierto? ¿De verdad Amelia había regresado?

Apoyó la bebida en el escritorio.

No podía ser cierto. De lo que recordaba, el señor Duncan era un hombre de mediana edad, bastante rico y de buena salud. ¿Qué habría ocurrido? No lo sabía, pero confiaba en Hutton, y por mucho que deseara que no fuera cierto, entendía que así era: Amelia había regresado a Londres.

No obstante, de algún modo, y por muy fuerte que fuera la curiosidad, el orgullo le decía que tampoco necesitaba saber acerca de los Duncan. Después de todo, el sufrimiento que ella debería de estar atravesando no sería tan terrible, no si ya se había reunido con lady Browne.

«Serpiente», pensó, tratando de hacer a un lado el recuerdo de aquella mirada castaña que tanto lo había embelesado antaño.

Suspiró y, tras acariciarse el cabello hacia atrás, tomó la bebida de un tirón.

No tenía sentido analizar absolutamente nada que tuviera que ver con esa mujer. De hecho —reflexionó tras rememorar el acuerdo que había firmado con Jones y los demás miembros del club—, cuanto más lejos estuviera de Amelia, mejor. Nunca se sabía de lo que eran capaces las «damas» como ella. Y, aunque estuviera muy seguro de su férrea voluntad, no era estúpido. Ese tipo de mujeres eran peligrosas y podían hacer lo que fuera con tal de conseguir un buen partido.

Además, ya no tenía tiempo.

Se puso en pie y, tras respirar profundo, marchó hacia sus aposentos. El ayuda de cámara y Taylor lo estaban esperando, pues

tenía que vestirse para el primer baile al que todos los del club deberían asistir.

La noche lo aguardaba y, aunque su deseo fuera otro, el compromiso ya lo había firmado. No se haría esperar.

***

Los invitados llegaban poco a poco, y Browne House encandilaba a cada uno de los que arribaban. La vizcondesa no escatimaba en gastos cuando se trataba de ser anfitriona, y aunque su único hijo, George Browne —el pequeño heredero del título y de todo lo que había pertenecido a su padre—, no fuera aún consciente del derroche de su madre, la realidad era que la popularidad que habían logrado los últimos años entre las familias más exquisitas no tenía precedente. Claro que la preponderancia del amarillo limón seguía chirriando en gran parte de la sociedad aristocrática, pero también identificaba a los Browne y los destacaba sobre los demás. Era, como solía decir la propia vizcondesa, «su sello».

Como fuera, el clima era de una ansiedad absoluta, pues apenas comenzaba la temporada y, sin embargo, las expectativas eran altas. Muy altas.

En especial porque las jóvenes casaderas esperaban a ser invitadas por lady Browne, pues era sabido que la efectividad de la vizcondesa a la hora de conseguir excelentes partidos era irrefutable. Sin embargo, los rumores que habían circulado los últimos días habían sacado de quicio a varias madres desesperadas, pues esta temporada, la vizcondesa había dado prioridad a una joven mujer... viuda.

La llegada de la señora Duncan a Londres no tardó en hacerse pública cuando se le agregó el detalle de que había sido citada por

Christine. Y, aunque la temporada recién empezaba, lo cierto era que había generado tanto desconcierto como furia.

Y Amelia no tardó en descubrirlo.

—Lady Browne —la saludó formal, y se inclinó en una gentil venia.

—Bienvenida, querida. —Sonrió, echándole un fugaz vistazo al vestido lavanda de medio luto, y la invitó a que la siguiera.

—Creo que es la única que se alegra por verme —expresó mientras miraba de manera efímera al resto de las mujeres, una mezcla de debutantes con aficionadas y floreros sin remedio.

—Oh, no te preocupes. Siempre es lo mismo. Lo que ocurre es que creen que eres una de las jovencitas a las que quiero casar.

Amelia rio indignada.

—Qué absurdo. ¿Acaso no se detienen siquiera un momento a pensar en mi situación?

Ambas frenaron en un rincón del salón y tomaron dos vasos de limonada.

—¿Pensar? —Se carcajeó Christine—. La mayoría no hace eso aquí, querida. Y no hablo solo por las mujeres.

—Es una pena. —Bebió un sorbo, pero enseguida volvió a hablar, aunque de manera más cercana—: Por eso también me pregunto cómo es que eliges a las damas. ¿Ellas se acercan a ti? ¿Tú a ellas, o...?

—Simplemente lo veo, querida —la interrumpió—. Y son los bailes los que me permiten determinarlo con justeza —mintió a medias.

La realidad era que habitualmente contaba con una gran asistente: Sienna Leroy. Ella, como una sombra, vagaba por los salones y se entremezclaba entre las jóvenes damas con los oídos más atentos que los de un depredador. Observaba como un águila y se aproximaba más sigilosa que una serpiente voraz. La cacería no solía ser fácil, mas con el olfato de lady Browne la selección solía ser

perfecta.

Claro que esta vez, la primera mujer que la vizcondesa había elegido fue gracias a enterarse de la situación actualizada de Amelia, lo que había dado un toque diferente al negocio de los Jones, al menos para esta temporada.

—Ya veo... —suspiró la joven.

Christine la observó y entendió que era el momento ideal para esfumarse.

—Cariño, ¿podrías aguardarme un instante? Es que hoy, luego de algunos años, recibiré a un gran amigo; no quisiera que entrara y se sintiera perdido.

Amelia parpadeó varias veces.

—Por supuesto. Adelante. Yo me quedaré aquí.

La vizcondesa sonrió.

—No hace falta que te quedes aquí —la incitó, echando un fugaz pero claro vistazo al entorno hostil.

Amelia volvió a mirar al gentío que la rodeaba y no necesitó de muchas más señales para comprender cuál era el lugar ideal para ella.

—Dadas las circunstancias, creo que será mejor que salga a tomar un poco de aire. —Sonrió con picardía—. Además de que en la terraza estaré a salvo.

Comprensiva, Christine le apretó una mano y, sin palabras de por medio, se fue.

De inmediato y con la vista puesta en la gran puerta, Amelia se alisó el sencillo vestido y se encaminó hacia el exterior.

En cuanto sintió la brisa fresca de la noche acariciarle el rostro, inspiró profundo y exhaló aliviada. Se aproximó a la balaustrada de piedra y, tras apoyar las manos, alzó la mirada y la clavó en el cielo. Estaba despejado y las estrellas brillaban..., brillaban con una luz tan

intensa, tan potente que el corazón se le aceleró.

«Como aquella noche», pensó melancólica al recordar el día en se había entregado en cuerpo y alma a James Nevill.

¿Qué sería de él? No había escuchado una sola noticia, solo que se había convertido en el nuevo marqués de Abington. Tampoco quería saber más, y sin embargo, todo su cuerpo vibraba con marcado dolor con solo recordar su nombre.

Una gruesa lágrima le rodó por la mejilla.

—James... —susurró en un suspiro.

Y casi se quiebra en un llanto desgarrador. Por poco se desborda de no ser por una masculina voz que la sorprendió.

—Lo que sea que la agobie no merece una sola lágrima suya.

Amelia se dio la vuelta y, al ver el gentil rostro del desconocido que le ofrecía un pañuelo, sonrió.

—Muchas gracias. —Tomó la suave tela y se secó las mejillas.

—Anthony Pratt, conde de Fowell, a su servicio.

Enseguida, y tras parpadear varias veces, ella se enderezó.

—Oh, lo siento tanto, su señoría. —Se inclinó—. Amelia Bertie... —Pero tras el fallido, se corrigió—: Disculpe, lo siento mucho. Soy Amelia Duncan, milord.

El conde, famoso por su indiscutible atractivo, sonrió con una picardía que ella, por fortuna, no detectó.

—Es un placer conocerla, aunque las circunstancias no sean las más felices. —Se aproximó hasta la balaustrada para quedar a su lado, a una distancia al límite de la prudencia. Hundió la mirada turquesa en la castaña de ella y continuó—: ¿Un amor? —se atrevió a inquirir.

La pregunta, tan directa, asombró a Amelia, pero al ver el rostro afable del conde, se relajó. Después de todo, ya no era una jovencita inocente que tuviera que temer tanto por su reputación.

—Un viejo amor. Uno imposible —se animó a contestar, aunque con la mirada gacha y muy lejos de allí.

—La entiendo. Y aunque me gustaría que fuera diferente, sé lo que se siente. —Sonrió con amargura y la vista fija en el cielo estrellado.

Amelia elevó la mirada y lo observó. Era un hombre hermoso y joven, ¿cómo podía ser cierto? ¿Habría vivido un desencanto similar al de ella?

—Disculpe la indiscreción, pero... ¿acaso ya no hay solución?

Con marcada tristeza, el conde la miró.

—Podría guardar esperanzas si ella no hubiera preferido casarse con un duque.

Se hizo un breve silencio.

«Cuánta crueldad», pensó Amelia. Y, sin embargo, un sabor agridulce la invadió. ¿Así se habría sentido su querido James?

—Lo siento mucho —soltó con dificultad, con culpa.

—No se preocupe. Han pasado algunos años ya. Y, aunque haya destrozado mi corazón, sigo creyendo en el amor. Sé que, en algún momento, quizá cuando sane mi alma, llegará esa mujer que me dé la luz que otra me arrebató.

Un nudo se formó en la garganta de Amelia.

—Es muy esperanzador de su parte, lord Fowell. Y admirable —le reconoció, ciertamente emocionada.

—Gracias. Pero creo que nada de esta conversación tiene sentido para mí si no la he hecho sentir mejor.

Amelia sonrió.

—Ya lo ha conseguido, milord.

—Entonces ¿puedo tomarme el atrevimiento de pedirle un favor?

Ella abrió los ojos como platos de postre, pero asintió.

—Por supuesto, si es que puedo ayudarlo.

—Créame que sí, pues no sé si lo ha notado, pero, allí dentro, mi condición de soltero corre peligro. ¿Sería usted tan amable de acompañarme durante la velada?

Una ola de incomodidad envolvió a Amelia. Sin embargo, ella mejor que nadie entendía la situación de lord Fowell. Y, aunque a poco más de un año hubiera enviudado, lo cierto era que pasar el baile sola, en un rincón, observada como una amenaza, no era mejor plan que ser fulminada, pero al menos acompañada por alguien que la comprendiera.

Inspiró profundo y, con una gentil sonrisa, respondió:

—Por supuesto, lord Fowell. Por supuesto.

Satisfecho, el conde le ofreció el brazo. Amelia se aferró al nuevo conocido y se animó a regresar al salón.

Sin embargo, jamás pensó que al hacerlo el corazón se le detendría, pues, lejos de todo lo que había imaginado para esa noche, nada la preparó para lo que sus ojos le desvelaron al entrar: James, para entonces marqués de Abington, acababa de llegar.

Capítulo 9

No era un salvaje, claro estaba. Y aunque esquivaba todo tipo de evento social, aún recordaba lo que era vestirse de forma adecuada cuando la ocasión lo ameritaba. Sin embargo, había olvidado por completo lo que se sentía ser observado por media Londres.

Cierto era que hacía tan solo unas noches, en la residencia de los Jones, se había sentido abrumado por la mirada de algunas madres y sus hijas. No obstante, distaba sobremanera a cómo lo devoraban allí, en Browne House. Los hombres, con expresiones sorprendidas y hasta de rabia. Pero las mujeres..., las mujeres lo miraban como lo que era: el mejor de los partidos para ser cazado.

«Por todos los cielos. ¿Dónde están los demás?», se preguntó mientras caminaba y rogaba toparse con alguno de los miembros del club de los solteros.

De pronto, localizó a sir Charles Capell, y cuando le hizo un gesto con la mirada, este entrecerró los ojos al tiempo que sonrió de lado para, de manera inmediata, entablar una inesperada conversación con la aburrida señora Watson.

«Mequetrefe», lo insultó mentalmente. Era iluso pensar que alguien como aquel astuto baronet fuera a auxiliarlo.

Giró la cabeza hacia el otro lado y vio a lord Robert Clifford, pero este, tras descubrir que había llegado, se aproximó a una madre, que estaba con sus hijas floreros, y le susurró al oído. Se trataba de lady Powell, una de las más chismosas aristócratas. Al instante, esta se dio la media vuelta, clavó los enormes ojos de huevo sobre el marqués y sonrió, como si hubiera hallado la solución a uno de sus mil y un problemas.

«¡Maldito hijo de...!», pensó con furia al ver la extensa sonrisa que le regaló lord Robert cuando la mujer y sus dos hijas comenzaron a caminar en dirección a él.

Tragó saliva y, con marcado disimulo, tomó una copa para beberla de un solo tirón, a pesar de que aquel gesto asombró a más de uno, excepto a lord Bryon.

—Yo no volvería a hacer eso, su señoría.

Abington se giró y suspiró.

—No hay muchas salidas, Bryon. En especial cuando el resto de los miembros del club compiten sin ningún tipo de compasión. —Señaló con la vista al baronet y a lord Robert, que aún seguían riendo como hienas.

El vizconde se acarició hacia atrás los rizos oscuros como la noche y suspiró.

—No les preste atención. Son solo unos pobres idiotas. —Se aproximó y, casi en un susurro, continuó—: Si yo fuera usted, no habría lugar más seguro que una de las terrazas. Por prudencia, no lo perseguirán..., al menos hasta pasadas unas horas.

El marqués hizo una mueca de duda. En parte, el vizconde Bryon tenía razón, aunque era muy probable que las más osadas —las más peligrosas— se aventuraran a seguirlo. Aun así, era mejor que lidiar con un batallón de debutantes desesperadas y sus madres coroneles.

—Creo que tiene usted razón. —Dejó la copa en una de las bandejas y, tras saludar al vizconde con una leve inclinación de cabeza, cambió la dirección para marchar directo a su única salida.

Sin embargo, la propuesta de Bryon resultó la peor cuando, al solo avanzar unos pasos, los ojos le devolvieron la última imagen que esperaba.

—¿A... Amelia? —murmuró en contra de su voluntad.

El tiempo se detuvo.

¿Era ella? ¿O acaso aquella figura esbelta, frágil y angelical solo era una ilusión? Pestañeó en busca de la verdad. El cabello, enredado en un intrincado peinado, brillaba en su tono avellana, aunque él lo recordara libre en una infinita cascada castaña. Avanzó un paso, tragó saliva y lo supo de inmediato.

Era ella.

Y aunque igual de hermosa, su mirada lucía lejana, ida. No obstante, la languidez, embebida de una melancolía que alguna vez lo atrapó desde el mismísimo instante en que se cruzó con sus ojos, era la culpable de que él, una vez más, quedara prácticamente paralizado.

Pero entonces, cuando creyó que aquel espejismo era un sucio truco de su corazón, cuando creyó que, después de cinco oscuros años, su mente fantaseaba para hacerle una mala jugada, los ojos de ella se sumergieron en los de él.

El corazón del marqués estalló en una estampida de caballos cimarrones. Un profundo calor se adueñó de su fornido cuerpo, y una sed, la sed de beber de sus labios, se adueñó de su garganta en una exigencia violenta.

No obstante, la razón regresó a tiempo cuando la voz chillona y llena de entusiasmo de una debutante quebró su embeleso.

—¡¿Es el conde de Fowell?!

Abington pestañeó varias veces. No se había percatado de la presencia de aquel libertino descarado, pero mucho menos de que ella, Amelia, iba tomada del brazo de él.

James inspiró profundo. Contó hasta diez para contener la ira que lo dominó en un abrir y cerrar de ojos. Y, tras exhalar la rabia, permitió que la razón tomara el mando de la batalla que acababa de librarse en su interior.

Al instante, sonrió indignado.

Todavía no lograba entender por qué su corazón se empecinaba en creer una historia que no era real. Amelia no era la mujer con la que él había soñado compartir el resto de su vida, y el pasado y la realidad eran la mejor prueba de ello.

Atrás había quedado la esperanza de unir sus vidas en un solo camino. Atrás había quedado la fantasía de una familia. Atrás había quedado el deseo de enredar sus cuerpos hasta el cansancio en una promesa de amor eterno.

Amelia no era esa mujer. Amelia era una fría víbora que solo había estado al acecho del mejor partido y que no dudó en hacerlo a un lado cuando comprendió que, tras él recibir la amenaza de ser desheredado, el futuro jamás habría sido el cómodo y seguro que se hubiera esperado al contraer matrimonio con un Nevill.

Y aunque muy a su pesar, verla allí, del brazo del famoso conde de Fowell, era otra prueba de la crueldad calculadora de Amelia.

—Lo siento. Acabo de llegar —le interrumpió el pensamiento un agitado Hutton al tiempo que apoyó una mano sobre el hombro de James.

Como si hubiera logrado escapar de un embrujo, el marqués bajó la vista y se giró para quedar de frente a su amigo.

—No creí que fuera a venir... —comentó refiriéndose a Amelia. Se fregó los ojos y, tras exhalar con rudeza, siguió—: En realidad, ni

siquiera me tomé el tiempo de pensar que era lo más probable luego de que hubiera visitado a lady Browne.

Un criado de impecable librea amarilla limón le ofreció una copa que Abington aceptó de inmediato.

Al ver el movimiento del marqués, William negó con la cabeza.

—Lo que creo muy probable es que, si sigues bebiendo así, terminarás casado con alguna de los floreros de lady Powell. —Y le arrebató la copa para bebérsela él.

Abington frunció el ceño.

—No estás libre del mismo destino. —Con la vista, le señaló a lord Robert, luego a sir Charles y después al vizconde Bryon. Los tres los miraban con especial atención—. Al parecer, el juego será más brutal de lo que esperaba.

Hutton suspiró.

—Son los que menos me preocupan. —Observó a Sienna, que no dejaba de mirar a Francis—. No sé por qué, pero mi instinto me dice que el señor Jones y su prima son los más interesados en casarnos a todos. —Y se ocultó tras la copa.

Abington echó un fugaz vistazo, pero al hacerlo la mirada se le desvió hacia Amelia, que, aún aferrada a lord Fowell, acababa de acercarse ni más ni menos que a lady Browne.

—Descarados... —escupió el marqués.

Hutton, sin comprender que en realidad se refería a la viuda Duncan y al conde calavera, asintió con la cabeza.

—Y, aunque no te guste escucharlo, amigo mío, creo que tú eres el primer blanco.

James frunció el ceño.

—Todos corremos riesgo en este serpentario sin salida, William.

—Pero tú más al estar enamorado de una de sus víboras.

Abington tragó saliva y suspiró.

—Eso fue hace tiempo atrás, cuando era un completo iluso.

—Y en el que corres el peligro de volver a convertirte —soltó sin anestesia, lo que hizo chasquear la lengua al marqués.

—Eso no ocurrirá.

—¿Estás seguro?

James entrecerró los ojos.

—Si no fueras mi amigo, creería que estás tramando hacerme caer. —Suspiró, y Hutton puso los ojos en blanco—. Pero sí: estoy más que seguro. —Fulminante, miró a Amelia y a Fowell; ambos se sonreían como unos estúpidos enamorados. Rabioso, volvió a William—. Y agradezco que el conde de cuarta se haya fijado en Amelia. Se la merece como ella a él.

El marqués se dio la media vuelta y, alejándose de Hutton para salir a una de las terrazas, tomó una copa de brandy de una de las bandejas. Esta vez no le permitiría a nadie que le quitaran su único calmante. Si debía soportar la noche, que al menos fuera con una buena medida de alcohol.

***

No podía ser cierto. De seguro sus ojos la engañaban.

Lo poco que Amelia había oído del actual marqués de Abington era que se dedicaba a una vida taciturna, tendiente a un ligero roce social nocturno, pero muy alejado de las veladas típicas de la temporada. Entonces ¿qué hacía allí, en Browne House, la residencia a la que, por excelencia, las mujeres rogaban asistir para conseguir esposo?

La razón le decía que hiciera a un lado la vista, pero su corazón, rebelde e indomable, la obligó a hundir los ojos en la noche que eran los de él. Porque sí: James también la observaba, como antaño,

como aquel día en que sus almas y sus cuerpos se juraron amor infinito. Y no había pasado el tiempo para él. Por mucha madurez que destilaba, lo cierto era que la figura masculina y fornida de James Nevill se mantenía como si se hubieran visto el día anterior. El chaqué azabache en contraste con la fina camisa blanca resaltaba el oro de sus cabellos, pero como si fuera poco, todas las prendas se le ceñían al cuerpo dejando en claro el formidable guerrero griego que aún era.

Recordó el torso desnudo y fuerte que había acariciado años atrás y, sin poder evitarlo, suspiró hambrienta, anhelante. Y cuando creyó que los pies la traicionarían para ir tras él, la voz de su acompañante la devolvió a la realidad.

—Tal como estaba por decirle, señora Duncan, creí que no encontraría a mi vieja amiga, pero vea usted: aquí está nuestra querida lady Browne. —Y la guio hasta quedar próximos a la vizcondesa.

Tras oír al joven conde, y con una mirada bañada en astucia, Christine sonrió de lado, aunque no tardó en responder.

—¡Oh! ¡Pero si es mi adorado lord Fowell! —exclamó entusiasmada al tiempo que le aferró las manos—. He esperado mucho para verlo. —Echó un fugaz vistazo a Amelia y, al verla medio concentrada en Abington, se le dirigió—. El conde es un gran amigo de la familia, Amelia. Y quería presentártelo, pero veo que el destino ha hecho de las suyas —comentó con picardía.

Las mejillas de Amelia se encendieron.

—El conde ha sido muy amable conmigo, además de que nos hemos descubierto víctimas del desencanto, lady Browne.

—Oh, sí, lo sé. —La sorprendió la vizcondesa tras echar un fugaz vistazo a Fowell, que la joven viuda no detectó—. Han descartado su corazón por un viejo duque escocés. ¿Puedes creerlo? —Bufó,

indignada—. Pero en cuanto el marqués de Helster me informó del infortunio que sufrió mi querido Fowell, no tardé en invitarlo. Al igual que este año, pues esta vez estoy segura de que el amor le llegará.

—Y nadie mejor que usted para guiarme ante tal dicha, mi querida lady Browne —agregó Anthony.

La vizcondesa hizo un gesto de aspaviento.

—Oh, por favor, no es para tanto... Aunque sí recuerdas lo poco que me agradan las formalidades, ¿cierto? Al menos entre nosotros tres deberíamos darnos esas libertades —se dirigió a Amelia—, ¿no crees, querida?

La joven viuda parpadeó varias veces. Era la segunda vez que la vizcondesa le hablaba y parecía perdida. En realidad, estaba perdida, pero en la mirada profunda del marqués.

Respiró hondo, se llamó a la calma y enfocó la vista en sus dos compañeros. Debía disimular.

—Por supuesto. Tienes razón, *Christine* —resaltó amigable.

Fowell, sin perder tiempo, intervino:

—Entonces ¿bailarías conmigo, Amelia? —se animó con impertinente elegancia.

Ella lo observó por unos segundos. El cabello oscuro le resaltaba la mirada turquesa y brillante, pero aquella sonrisa que iba de oreja a oreja era, sencillamente, hechizante.

—Será todo un placer, milord. —Y después de bastante tiempo, sonrió con sinceridad.

Capítulo 10

La penetrante luz del mediodía atravesaba el cristal de la ventana con tanta intensidad que James no tardó en despertarse, aunque más fastidioso que otras veces.

Había tomado. Demasiado. Tanto que, en cuanto intentó incorporarse en la cama, el dolor de cabeza lo obligó a mantenerse acostado.

«Demonios», maldijo presionándose los ojos.

Estaba realmente aturdido, y aunque hubiera esperado no recordar la noche anterior, lo cierto fue que la imagen de Amelia, tomada del brazo de lord Fowell, fue la primera escena que lo invadió.

La mandíbula se le tensó y los dientes casi le chirriaron. ¿De qué había servido beber sin control si, para entonces, lo único que su mente rememoraba era lo que más había deseado olvidar?

De pronto, un llamado a la puerta le interrumpió el pensamiento.

—¡¿Y ahora qué?! —respondió como de costumbre.

—Su señoría, el señor Hutton ha venido a verlo.

Abington chasqueó la lengua. No estaba de humor ni siquiera para recibir a William.

—Dile que no puedo o que no estoy —soltó de mala gana.

—Pues no será posible.

Abington, sorprendido por la respuesta —que claramente no había salido de la boca de Taylor—, bufó cuando la puerta se abrió y vio a su queridísimo amigo entrar.

—Buenos días, lord Abington. —Caminó hasta la amplia ventana y, con divertida crueldad, terminó de hacer a un lado las cortinas—. El día parece prometedor.

El rostro de James se desfiguró del disgusto y maldijo a su amigo en distintos idiomas hasta que se calmó un poco.

—Si tan prometedor te parece, ¡ve tú y disfrútalo! —Se tapó con la pesada manta rojo bermellón y se giró para que la luz lo afectara lo menos posible.

—Sin dudas. Hoy será un mejor día que ayer. Ya sabes lo mucho que odio hacer de niñera. —Caminó nuevamente en dirección a la puerta, hacia donde la mirada de James apuntaba, y cuando consiguió que el marqués al fin lo mirara a los ojos, Hutton se cruzó de brazos.

—Explícate —exigió Abington. Recordaba poco, de hecho, solo la parte más detestable.

—No tengo mucho que contar, la verdad. Te has bebido todo el alcohol de lady Browne, lo que te volvió el blanco ideal para las cazafortunas.

Preocupado, James frunció el ceño.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que, de no haber estado yo allí, hoy estarías comprometido con una de las desesperadas hijas de lady Powell. —Avanzó un paso y, furioso, exhaló—. Te dejaste vencer por vaya a saberse qué mezcla de bebidas, y justo un minuto antes de bajar hacia el parque y encontrarte desmayado, medio sentado y con la

espalda contra la pared, alcancé a escuchar cómo una de las nefastas Powell le decía a la otra que te había visto vencido y que tenía pensado quedarse contigo hasta que alguien los hallara juntos.

Los ojos de James se abrieron como pocas veces.

—Rayos...

—Sí, *rayos* —remarcó y bufó—. Claro que estoy seguro de que en esa treta han tenido algo que ver lord Robert Clifford o sir Charles Capell. Lo más probable haya sido que uno hubiera estado al pendiente de tus movimientos y el otro animara a las solteronas a que se te acercaran.

—Malditos mequetrefes —murmuró James, rabioso. Respiró profundo y siguió—: Tendré que devolverles el favor a esos dos malnacidos.

—Si es cierto que quieres ganar... —añadió Hutton con la mirada medio escéptica sobre él.

Ofendido, Abington frunció la frente.

—Claro que sí. Solo fue una mala noche. Nada más. —Suspiró y se incorporó como pudo sobre la cama—. Y dime: ¿qué han hecho los demás miembros del club? ¿Algún detalle que valga la pena mencionar?

Hutton vaciló por varios segundos y tragó saliva.

—La verdad es que... no.

—¿No? ¿Cómo puede ser, William? Tiene que haber algo destacable que nos ayude a hacer caer a esos dos idiotas y al señor Jones. Y a Bryon también. No me cae mal el vizconde, pero, si voy a repartir el fondo recaudado, que sea solo contigo.

Hutton agachó la vista, con expresión vencida, y suspiró.

—No voy a mentirte, James. Todas las miradas estuvieron centradas en... en Amelia y lord Fowell.

Se hizo un breve e intenso silencio.

Serio, y sin importarle el dolor de cabeza, Abington se puso en pie y caminó hasta la ventana para fijar los ojos en el paisaje citadino.

Era obvio. Que una viuda fuera la primera opción para lady Browne ya era motivo suficiente para que la atención se concentrara en Amelia. Pero que encima se hubiera presentado el maldito pavo real de Fowell había sido la fresa del postre. Eso sin mencionar que el interés del conde se había depositado ni más ni menos que en ella.

—Debí imaginarlo —murmuró.

Hutton suspiró.

—Como sea, solo he venido para rogarte que dejes el estúpido alcohol, al menos hasta que termine la temporada. Y también para entregarte esto. —Tomó del interior de su chaqueta un papel elegantemente sellado y lo extendió en dirección a James, a pesar de que este estuviera de espaldas—. Taylor pensaba dejarla en tu escritorio, pero me tomé el atrevimiento de cogerla para dártela yo mismo, no sea cuestión de que no asistas. Recuerda que una de las condiciones del acuerdo del club es asistir a todos los eventos a los que seamos invitados. Este es de los Jones, con temática *Noche de primavera*, por lo que tendremos que llevar alguna flor en nuestros atuendos.

Abington chasqueó la lengua, claramente disgustado.

Consciente de que no tenía sentido permanecer allí, Hutton le dejó la invitación sobre la cama.

—Adiós, James. Y no cometas ninguna tontería. Veinte mil libras es bastante dinero incluso para un marqués como tú. —Y se marchó.

Abington se mantuvo firme, casi sin respirar, hasta que el sonido de la puerta al cerrarse le dio la libertad para exhalar con fuerza la ira contenida.

—Maldito Fowell —escupió—. Maldita... maldita Amelia. —Y

suspiró, vencido.

***

Hacía tiempo que Amelia no despertaba con alegría. Incluso nunca había valorado esa emoción hasta que se casó, y le faltó desde el primer día que compartió con el señor Duncan. Una vida gris, solitaria y, a veces, oscura. Muy oscura.

Pero allí estaba, luego de cinco largos años, sonriendo de nuevo. Y todo gracias al colorido conde de Fowell.

Entendía que no era lo más apropiado que una viuda como ella se dejara guiar por un alma tan festiva como la de él, pero también era muy cierto que ya había perdido demasiado tiempo como para dar prioridad a lo que pensara el resto del mundo cuando, en realidad, lo único que importaba era lo que su corazón sintiera.

Ella ya había cumplido con su familia, ya había sacrificado lo más importante como para, entonces, volver a privarse de intentar ser feliz. Y la alegría de lord Fowell le había devuelto la esperanza. Bailar, reír, tratarse de manera informal y disfrutar sin pensar en el qué dirán le devolvió los latidos. Esos que alguna vez habían retumbado con fuerza en su pecho cuando vio a James por primera vez.

Y entonces el recuerdo la dominó...

—No tendríamos que haber venido a esta fiesta, Elizabeth. Lady Browne se da con gente demasiado... demasiado... rica —susurró con disimulo Amelia.

Su hermana menor puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor, Amelia. No seas esnob. —La invitó a que la siguiera y, con elegancia, tomó dos copas para darle una a ella.

—¡Elizabeth! —la reprendió con el tono de voz bajo. No eran

limonadas.

La más jovencita de las Bertie contuvo la risa y bebió sin poder evitar la mueca de asco al sentir el ardor en su garganta.

—¡Puaj! No puedo con esto.

—Ahora lidia con las consecuencias —soltó Amelia, seria, aunque no se privó de tomar.

Elizabeth alzó una ceja y negó con la cabeza.

—Mejor no diré nada. Solo me moveré para ir en busca de limonadas. —Y sin siquiera darle la oportunidad de replicar, Elizabeth se marchó de inmediato con estudiada elegancia.

Amelia suspiró.

Comprendía la desesperación de la familia por que alguna de las dos se casara convenientemente cuanto antes —las deudas eran abismales—, pero la verdad era que odiaba tener que hacerlo sin amor. Observó la copa y, decidida a beber un largo trago sin que nadie la descubriera, una gruesa voz la sorprendió por detrás.

—Señorita, discúlpeme. En serio, discúlpeme, por favor. —Agitado y veloz, el joven se acomodó a su lado y, sin pedirle permiso, le robó la copa, se la tomó de un tirón y la dejó sobre la bandeja de un criado que, por fortuna, acababa de pasar—. Verá, necesito de su ayuda —soltó de forma abrupta, todavía sin mirarla directo a los ojos, pues parecía nervioso y enfocado en el entorno.

—¿De... de mi ayuda, dice? —Se sorprendió Amelia.

—Sí —respondió rápido, mirando hacia todas las direcciones, y continuó a toda velocidad—: Mi madre le prometió a una de las Powell que yo bailaría con ella la siguiente danza, pero yo, entenderá, solo quiero esfumarme. Por eso, lo único que necesito es que usted baile conmigo la próxima pieza. Y le prometo... no sé... ¿Un ramo de los mejores tulipanes? —lanzó sin pensarlo, medio nervioso. Observó que su madre acababa de ubicarlo y entonces,

desesperado, bajó la vista hacia el dulce rostro de ella—. ¿Acepta? —inquirió, mas al terminar de pronunciar la última palabra, sin pensarlo, sumergió al fin la oscura mirada en la comprensiva y canela de Amelia.

Fue un breve instante, uno muy breve pero contundente, pues ambos se observaron con una profundidad que se intensificó con el suspiro sincronizado que los dos exhalaron en contra de sus voluntades.

Los nervios de él se esfumaron en un santiamén, y los ojos de ella se envolvieron por un brillo que el lord jamás olvidaría.

De pronto, una aguda voz quebró el momento.

—James... —Era la marquesa de Abington, su madre.

—¡Demonios! —maldijo al elevar la vista, lo que hizo reír a Amelia —. Ahí viene, y con una de las Powell.

—No se preocupe, *James* —resaltó ella, divertida—. Acepto. —Y le cedió la mano.

El joven sonrió de forma completa.

—Le debo la vida, señorita...

—Amelia Bertie. Pero con solo *Amelia* estará bien —se atrevió. Los latidos desenfrenados de su corazón eran una prueba de lo muy osada que se sentía.

Entusiasmado y sonriente, él se mordió el labio.

—James Nevill, conde de Fragmont, a su servicio. —Descarado, le besó la mano enguantada y volvió a hundir la mirada en la de ella—. Pero con *James* está bien.

Ambos rieron, pero cuando descubrieron por la voz de la marquesa que las dos mujeres se estaban acercando, se aferraron con fuerza y, en dos zancadas, se aproximaron al centro del salón. Bailaron dos piezas seguidas —un escándalo para quienes se percataron—, pero peor aún fue después al pasar el resto de la

noche riendo en una constante huida de las garras de la marquesa y de las Powell.

—¿Señora? —Su doncella la despertó del breve ensueño—. ¿Puedo molestarla?

—Siempre, Sally. Dime. —Dejó la taza sobre una pequeña mesa del salón y se enfocó en la jovencita.

—Ha llegado una invitación de parte de los Jones. El mayordomo quería entregársela, pero como la vi tan pensativa, creí que sería mejor que se la diera yo —explicó comprensiva al tiempo que extendió la mano con el papel.

Amelia sonrió con dulzura.

—Has hecho bien, querida. —Tomó la invitación y, tras leerla, suspiró—. Pues bien, creo que iré. Por lo que me ha comentado ayer lady Browne, aprecia mucho a los Jones. No puedo decepcionarla.

—Ni al conde de Fowell. Seguro espera que vaya. —Sonrió con picardía Sally.

Amelia rio. Su doncella siempre estaba al tanto de las últimas novedades.

—Puede ser. Ya veremos, Sally. Ya veremos...

Capítulo 11

Iría al maldito baile de los Jones. Y aunque le importara muy poco la temática, sabía que Taylor escogería por él el mejor atuendo y la maldita flor. Mientras, él se daría unos momentos de reflexión en White's. A solas, como era lo habitual.

En cuanto entró, los saludos fueron con los debidos respetos, mas era claro que la mayoría lo evitaba. No solía ser un ebrio violento —de lo contrario, por muy importante que fuera el marqués, habría dejado de ser bienvenido, ya que, además, la ligera tendencia *whig* que había demostrado en algunas oportunidades le había sido perdonada, aunque no olvidada—, pero tampoco era la compañía predilecta de nadie.

Avanzó hasta la mesa que solía ocupar casi de forma exclusiva y se sentó, de espaldas, para evitar la mirada de los caballeros que iban llegando, y a la espera de la bebida de siempre.

Tomó dos copas de brandy y, cuando creyó que ya era momento de partir, escuchó un bullicio que lo mantuvo en su lugar.

—¡Fowell! —gritó un caballero desde una mesa que no estaba tan lejos de la del marqués—. ¡Ven aquí y siéntate con nosotros!

Abington necesitó inspirar profundo al escuchar al conde

aproximarse.

—Muchas gracias, caballeros. Es todo un honor compartir aunque sea un breve momento con ustedes. —Hizo a un lado uno de los asientos de cuero y se acomodó.

—Han circulado rumores de que el marqués de Helster te está presionando. Ya sabes, para que te cases —lanzó uno de los hombres de la mesa.

Fowell suspiró.

—No voy a mentirles: es cierto, pero no pienso cederle el lujo de la selección de la afortunada. —Todos rieron.

James hizo una mueca de desagrado. Aunque estuviera en otra mesa, lo escuchaba muy bien. Era claro que aquel fanfarrón quería que medio club oyera sus andanzas.

—Y te creemos. —Sonrió con picardía otro—. Toda Londres piensa que te decantarás por la viuda Duncan, ¿no es cierto?

Abington tuvo que respirar profundo y contenerse al oír que se referían a Amelia.

—Lady Browne tiene razón: resulta que los hombres están más pendientes de los rumores que las debutantes y sus madres. —La mesa completa se carcajeó y, cuando se calmaron, Fowell prosiguió —: No se los voy a negar: me ha deslumbrado.

La ovación no se hizo esperar, lo que enardeció al marqués, que hacía un gran esfuerzo por contenerse.

—¡Yo también me habría deslumbrado con la riqueza que le dejó el esposo! —Estallaron en risas.

—Bueno, bueno, es cierto. Si bien es hermosa y me agrada más que las insulsas debutantes de esta temporada, la verdad es que su fortuna es lo que me ha hecho decidirme por ella. Según mi gran amiga, la viuda Duncan no solo es muy buena administrando, sino que, además, se ha asegurado de ahorrar gran parte de los

generosos ingresos que le dan las tierras de su difunto esposo. —Bebió un largo sorbo—. No es un detalle menor, caballeros. Se imaginarán que la vida de un hombre *libre* y *divertido* como yo —resaltó— siempre necesita más, y ningún dinero es suficiente —confesó con petulancia.

—¡Lo sabía! ¡Nunca dejarás de ser un libertino! —exclamó otro.

—Nunca. —Sonrió lord Fowell, sardónico. Y, tras beber hasta vaciar la copa, la mesa lo festejó.

La sangre del marqués de Abington se hirvió en cuanto escuchó «nunca». El cuerpo se le tensionó por la ola de ira que lo envolvió al descubrir las verdaderas y bajas intenciones del conde.

Y le hubiera dado su buen merecido. Le habría dicho lo mucho que se merecía ir al infierno, pero no lo hizo. Se puso en pie y, sin siquiera dedicar una fugaz mirada a la mesa de Fowell, se marchó de White's. Después de todo, ¿no había dicho que Amelia y el conde se merecían el uno al otro?

***

La sensación de incertidumbre no había abandonado del todo a Sienna. Confiaba en lady Browne —cuya costumbre era no dar muchos detalles de su estrategia— y en su plan para cazar al marqués de Abington, pero la llegada del conde de Fowell la había alterado. ¿Y si la viuda Duncan terminaba casada con Anthony Pratt? ¿De verdad Christine tendría un plan «b» para hacer caer al marqués?

Inspiró profundo y exhaló el aire con todas sus fuerzas. Detestaba vivir con tantas dudas, pues, para inciertos, ya tenía suficiente con su propio futuro. ¿Cuándo se casaría con el señor Jones? Ni ella lo sabía. Solo podía seguir creyendo que, en esa temporada, todo se

solucionaría a su favor.

Como fuera, no perdería tiempo pensando en esas cuestiones. Se miró una vez más en el espejo y, tras dar el visto bueno a la rosa roja que la doncella le había acomodado en el peinado, se puso en pie. De seguro Francis aguardaba por ella escaleras abajo, y pronto los invitados comenzarían a arribar.

***

Los Jones no habían escatimado en gastos cuando se trató de decorar Breton House. Cada sala, cada rincón destacaba por innumerables flores de distintos estilos. Hasta las terrazas parecían escenarios encantados. Y el clima, despejado y sereno, daba ese toque final de magia que Sienna había soñado para ese baile. Técnica y oficialmente, era el primero de ellos en la temporada y, tras el excéntrico evento de lady Browne, se trataría de un magnífico debut por parte de los Jones... según el resto de la sociedad. La realidad era que tanto a la vizcondesa como a Francis y Sienna no les interesaban esas absurdas comparaciones. Pero eran conscientes de que en las familias aristocráticas se amaba la confrontación y competición en esa clase de asuntos. Y para ellos, mejor. Que la atención de la gente se centrara en esas banalidades les daba más libertad y tranquilidad para urdir mejor los planes casamenteros en pos del éxito de su negocio: el club de los solteros.

Los invitados fueron llegando, y tanto Francis como Sienna ocuparon sus lugares de anfitriones. Claro que luego ella se desplazó a un extremo del salón principal y él en el otro. Solo así se aseguraban una mejor vista y control de los miembros del club.

Por mucha clase que se supusiera que tenían esas familias, el bullicio y cuchicheo era casi infernal. Y no era para menos. Todos

aguardaban la llegada de «ellos».

—Qué absurdo —comentó Abington, medio avergonzado, cuando entró seguido de su gran amigo Hutton.

El ruido casi había desaparecido y la mayoría de las miradas se habían posado sobre él. En especial la de lord Robert y sir Charles, que sonreían como dos lobos al acecho.

Pero Hutton suspiró al ver que no eran la única amenaza.

—Solo te pido que ni te atrevas a tomar una copa de alcohol. —Señaló con la vista a las hermanas Powell, que los miraban fijo, como si se los fueran a devorar—. Esta vez no te dejarán escapar.

Aunque sin perder la compostura, James tragó saliva.

—Lo intentaré. —Respiró profundo y, tras hacerse con una limonada, añadió—: Todo sea por las ciento setenta mil libras.

Hutton entrecerró los ojos al tiempo que también tomó un vaso de la misma bebida que su amigo.

—En realidad, como ni tú ni yo perderíamos, ciento sesenta mil repartido entre los dos. Es decir, ochenta mil cada uno, querido amigo. Una suma para nada despreciable, incluso para el exitoso marqués de Abington, ¿no crees?

—Definitivamente, vale la pena.

Pero cuando James se atrevió a un segundo desabrido sorbo de limonada, el silencio fue absoluto, pues los dos invitados más esperados de la noche acababan de llegar juntos. Y a los pocos segundos, detrás de la brillante pareja, la deslumbrante lady Browne, acompañada por una delicada y seria jovencita.

—¿Es en serio? —inquirió William, sorprendido porque Amelia estuviera, una vez más, tomada del brazo del pavo real de Fowell.

—Lo es. Y aunque era más que esperable por parte de ella, Fowell lo confirmó hoy, más temprano, en White’s. Al parecer está decidido a casarse con ella. —Bebió la limonada de un tirón, dejó el vaso a un

lado y, tras hacer una mueca de desagrado por el sabor que le había dejado en la boca, siguió—: Pero es lo ideal. Después de todo, se merecen —escupió con rabia y sin quitar la mirada de encima a los recién llegados.

Con el ceño fruncido y preocupado por una sola parte del relato del marqués, Hutton suspiró.

—¿Estuviste en White's? —Observó a su amigo, y cuando este se encogió de hombros, William puso los ojos en blanco—. Demonios, James. Eres insoportablemente irritante. De seguro no estaban lord Robert y sir Charles. De lo contrario, habrían esperado a que te emborracharas hasta la inconsciencia para lanzarte al patio frontal de lady Powell.

Abington inspiró profundo, harto de que aquellas víboras estuvieran expectantes del momento perfecto para cazarlo. Pero entonces, cuando volvió a ver cómo Amelia sonreía a cada una de las trivialidades que de seguro le estaba soltando el carismático de lord Fowell, recordó que era un marqués, y no uno cualquiera.

Echó un vistazo al salón y, al notar que la mayoría de las señoritas tenían la vista fija en él, sonrió.

—No quedaré como un estúpido.

—¿Qué? —inquirió Hutton, aún abatido porque su amigo hubiera ido a White's sin decirle nada.

—Que no me quedaré de brazos cruzados. —Echó un intenso y fugaz vistazo al salón. El vestido amarillo limón de lady Browne le atrajo la vista sin querer, pero entonces la sonrisa del marqués fue completa cuando se percató de la deliciosa compañía que la vizcondesa había llevado consigo—. ¿Quién es ella? —La señaló con la mirada.

Hutton agudizó la vista y, al instante, arqueó las cejas.

—No lo sé, pero es una preciosura.

Abington le robó la limonada a William y, tras tomarla de un solo sorbo, le devolvió el vaso y se marchó en dirección a la vizcondesa.

—Siempre igual —suspiró resignado su amigo, al tiempo que contemplaba el vacío de lo que había sido su trago sin alcohol.

De inmediato, el salón completo se enfocó en la marcha segura del marqués, que se dirigía como un lobo en dirección al pequeño grupo formado por Amelia, el conde de Fowell, lady Browne y la nueva belleza.

Lord Robert y sir Charles sonrieron como hienas, y las hermanas Powell endurecieron los labios, enfurecidas por ver cómo se les escapaba de las manos el mejor partido de la temporada.

Sienna, veloz, caminó alrededor del salón y, tras echar un intenso vistazo de advertencia a la vizcondesa —que aún no se había percatado del movimiento del marqués—, continuó avanzando de forma disimulada hacia una de las mesas para tomar una limonada. Ya tranquila de que Christine había captado su insinuación, observó a su querido Francis y le sonrió.

Jones, satisfecho y orgulloso, le devolvió el gesto.

No obstante, de lo que ninguno de ellos se dio cuenta fue de que un par de ojos en extremo astutos los había observado comunicarse con las miradas.

Como fuera, antes de que el marqués llegara hasta ellos, lady Browne, ágil, clavó la vista en él.

—Su señoría —se inclinó respetuosamente—, qué honor volver a verlo.

Sorprendida por la intervención de la vizcondesa, Amelia se giró para observar al recién llegado al que se le había dirigido Christine y, en contra de su voluntad, la respiración se le detuvo.

Ya lo había visto en Browne House y, sin embargo, allí, a unos pocos pasos de ella, la excitación se había intensificado tanto que

necesitó respirar profundo para contenerse.

Siempre había sido un hombre imponente, pero debía reconocer que ese frac, oscuro y de un corte perfecto, se le ceñía al musculoso cuerpo de manera exquisita. Y su rostro, de mandíbula cuadrada y regia, casi le roba otro suspiro, aunque este fue imposible de disimular cuando se sumergió en la mirada oscura y penetrante que tanto lo identificaba.

No obstante, cuando Amelia bajó la vista para no caer en el embrujo del marqués, descubrió la flor que este llevaba en una de las solapas de la chaqueta e, inevitablemente, sonrió. Era un tulipán. Uno rosa, como los que él le había regalado después de que, años atrás, lo ayudara a escapar de su madre y las Powell la noche en que se conocieron.

De inmediato, aunque disimulando muy bien lo abrumado que se sentía al ser observado por su antiguo amor, Abington se percató de cómo le había mirado la zona del torso y, al observarse la flor que Taylor le había escogido para esa noche, bufó al tiempo que maldijo a su querido y embustero mayordomo.

Por fortuna, la razón le devolvió el juicio, al menos el suficiente para no caer en el ridículo y continuar con su impulsivo plan para no quedar como un estúpido.

—Lady Browne —saludó Abington e inclinó ligeramente la cabeza; luego apuntó hacia Amelia y el conde, aunque el tono de voz sería más seco y frío—. Señora Duncan. Lord Fowell.

La vizcondesa había seguido cada una de las miradas, pero al descubrir el tono poco amable del marqués, ni tonta ni lenta, tomó las riendas.

—Su señoría, déjeme presentarle a la honorable señorita Louisa Herbert, hija del vizconde Herbert. Ha llegado hoy mismo, y tanto la señora Duncan como lord Fowell acaban de conocerla también. —Se

dirigió a la joven promesa y continuó—: Señorita Herbert, le presento a James Nevill, marqués de Abington.

Él, con una renovada media sonrisa que había usado bastante seguido en sus mejores años de soltería, se aproximó ignorando por completo la rígida posición de Amelia. Y, sin quitarle la intensa mirada de encima a la nueva invitada, se atrevió a tomarle la mano enguantada y, con delicadeza, se la besó.

—Es un placer conocerla, señorita Herbert. —Curvó los labios de forma completa y, en contra de todo pronóstico, prosiguió—: Y me preguntaba si será tan amable de aceptar danzar conmigo la próxima pieza. Por supuesto, si no la tiene ya comprometida.

La joven, de una belleza impoluta, fría y distante, observó de arriba abajo al marqués, como si primero hubiera tenido que pasar por una inspección. Regresó a los ojos de James y, tras pestañear una vez, le obsequió una sonrisa que casi saca de las casillas a la pobre de Amelia.

—Por supuesto, su señoría. Será todo un honor. —Y aceptó el brazo que el marqués le ofreció.

Los instrumentos comenzaron a sonar. La pieza comenzaría en cualquier momento, y entonces lord Fowell, astuto y rápido como un zorro, invitó a Amelia:

—En nuestro caso, no hace falta toda esa floritura, ¿verdad, mi querida Amelia? —se atrevió con una media sonrisa gatuna.

Ella, un poco más calma con la expresión del conde, asintió.

—Por supuesto que no, milord. No es necesario. —Y, envalentonada, apoyó la mano en la de él.

Capítulo 12

Las parejas se ubicaron en el centro de la sala principal de Breton House. El resto observaba con suma atención a las dos parejas que, sin duda, darían de qué hablar al día siguiente, incluso lo que quedaba de la semana. Tanto la dupla de Amelia con el conde de Fowell como la de lord Abington con la señorita Herbert se habían ubicado una al lado de la otra. Y entonces, sin que ninguno, a excepción de Amelia, hubiera recordado que la pieza a bailar sería ni más ni menos que un enérgico *quadrille*, la música comenzó a sonar.

Hutton cerró los ojos y lord Bryon solo arqueó las cejas, mientras que lord Robert y sir Charles intercambiaron miradas llenas de malicia, ansiosos por lo que ocurriría. Porque había una razón. Una que no tardó en hacerse notar.

La rabia había dominado tanto a Amelia que, sin quitar la vista de encima del nuevo petulante y seductor Abington, en el primer intercambio, aprovechó la vigorosidad de los pequeños saltos y, sin ningún tipo de escrúpulos, pisó al que alguna vez había sido su primer amor.

De inmediato, el rostro del marqués cambió a uno rojo y furioso, incluso, dolorido. El pisotón no había sido un accidente.

Un punto para la viuda.

Pero James no se quedaría atrás. Lejos de hacerle lo mismo a ella, en uno de los cambios de frente, el pie del marqués se elevó tanto que aún no se sabe bien cómo, pero casi derriba al pobre de lord Fowell, quien sufrió más por lo que pensarían las mujeres que lo acababan de ver casi caer que por el golpe en sí. Los ojos turquesas del conde fulminaron a los vengativos de lord Abington que, no satisfecho, le sonrió de lado alzando una ceja; una clara y cruel imitación de él.

Un punto para el marqués.

La mandíbula del conde se tensó, pero cuando Amelia creyó que podría pisar una vez más a Abington, este, veloz, se adelantó. Justo cuando ella y él debían tomarse de la mano para cambiar de lugar, James aprovechó y, tardando más en soltarla, tiró del guante de ella con fuerza.

A pesar de que lejos estuvo de lograr que se le saliera el guante, Amelia abrió la boca como un pez al tiempo que los ojos se le agrandaron como dos platos de postre.

Un escándalo.

Los suspiros y los murmullos se podían oír, aun cuando la música era intensa.

Preocupada, Sienna observó a una muy divertida lady Browne, pero esta, sutil, solo asintió con un gesto de calma.

Jones observaba con la vista entrecerrada la danza que se había tornado más interesante de lo esperado. Hacía años que se dedicaba al club de los solteros; no obstante, aunque no se lo fuera a reconocer a Sienna, era cierto que en esa temporada las cuestiones estaban resultando ser más intensas de lo planeado.

Por fortuna, la danza terminó sin más pisotones, ni patadas ni intentos de desnudos. Sin embargo, la mirada de Amelia estaba tan

cargada de ira e indignación que, al ver que Abington sonrió de lado, los ojos se le envolvieron con una capa cristalina que le fue difícil disimular.

La sonrisa del marqués se borró de inmediato. Medio arrepentido, avanzó un paso, pero ella no le dio tiempo a otra reacción, pues, sin siquiera despedirse del conde, huyó en dirección al exterior, el único lugar en el que se libraría de la mayoría de las miradas prejuiciosas y en donde, al fin, podría llorar. Y él la siguió.

Con una sonrisa acartonada, Fowell se vio en la necesidad de recuperar su imagen, mas, al intentar seducir a la señorita Herbert, solo se hundió. Esta, mirándolo de arriba abajo, alzó una ceja y, sin decir una sola palabra, se dio la media vuelta y se marchó en busca de una limonada.

Los suspiros de sorpresa de la multitud se oyeron de inmediato y el conde no tuvo más opción que escabullirse hasta encontrar a la única mujer que podía librarlo de aquel inesperado ridículo. Ridículo que interesó sobremanera al soberbio de lord Robert, que no dejaba de carcajearse.

Por fortuna, aquel breve pero intenso espectáculo ayudó a que la atención ya no estuviera puesta en el marqués y la viuda, quienes veloces ya habían desaparecido del salón.

***

«¡Demonios!», maldijo Amelia en cuanto salió a la terraza.

Avanzó veloz hasta la balaustrada de piedra y, con una necesidad imperiosa de sostén, apoyó las manos.

Estaba agitada. Si bien no había llegado a correr, sus pasos fueron casi al trote, sumado a que su corazón ya había estallado en una mezcla de ira con angustia y decepción.

Y entonces, agradecida por la soledad que la envolvía, lloró, pero no por el ridículo del baile. Lloró por él. Por James. Se descargó como si todos esos años ninguna lágrima hubiera llevado el nombre del marqués de Abington. Lloró como si entonces, ya con su esposo fallecido, hubiera tenido permiso para liberarse. Lloró, y su corazón, aunque aún herido, se calmó.

Aun así, haber ido a Londres estaba resultando más doloroso de lo que había imaginado. Tenía que regresar a su hogar. Cuanto antes.

De pronto, una brisa fresca le acarició el rostro con suavidad y, tras ella inspirar profundo, le regresó un poco la paz. Solo un poco.

—¿Amelia? —Era la voz de James.

Su cuerpo se tensó en un segundo, pero no le permitiría que, una vez más, le arrancara la tranquilidad que merecía. No se daría la media vuelta.

Abington, tras el silencio sepulcral, la observó. Parecía derrotada, apenas se mantenía en pie. Despacio, avanzó en dirección a ella, pero de pronto, aun sin girarse, la mano de Amelia se alzó para detenerlo con un gesto de «alto».

—No sigas. Por tu bien, por el mío. No lo hagas, James.

El tono había sido cortante. Aun así, veloz y para sorpresa de ella, él replicó:

—Perdóname.

Se hizo un breve silencio.

¿James Nevill acababa de pedirle perdón?

Amelia, inevitablemente, se giró para verlo a los ojos.

—Aun cuando solo se ha tratado de una conducta de niño, no creo que lo digas en serio. —Ladeó la cabeza hacia un hombro sin quitarle los ojos de encima—. Pero, siendo así, entonces yo también lo siento mucho. No era mi intención lastimarte.

Y entonces otro profundo silencio los envolvió.

Los ojos color noche del marqués se sumergieron en el mar ocre oscuro y melancólico que eran los de ella. La lógica le decía que aceptara sus disculpas y que, cortés, se retirara tal como un caballero de la estirpe de él lo haría. Pero no. Por fuerte que fuera la razón, por muy aliada que estuviera con la voluntad, sabía que no había caso cuando se libraba la batalla contra el corazón.

Avanzó un paso y ella se enderezó.

—Estimo que te refieres a lo ocurrido en el salón de los Jones. Porque no creo que sientas real arrepentimiento por el daño del pasado, ¿verdad?

Una impetuosa ola de indignación abrazó el cuerpo de Amelia.

—Te escribí, y estimo que sabes muy bien las razones por las que tuve que renunciar a nosotros.

Abington frunció el ceño.

—Por supuesto que lo sé: un matrimonio más conveniente. ¿De qué te habría servido ser una condesa sin el dinero que sí te pudo ofrecer el tal señor Duncan?

Amelia exhaló, indignada.

—Te escucho y no lo puedo creer.

James sonrió con malicia.

—Yo tampoco. Veo lo que has hecho y aún me parece increíble que quieras convencerme de que tú has sido la víctima. —Dominado por el fuego de su corazón, se aproximó peligrosamente—. ¿Sabes lo que fueron estos últimos cinco años para mí? ¿Has imaginado siquiera el dolor que sentí desde el preciso momento en que leí tu carta, bajo la lluvia, ni más ni menos que en la noche en que creí que estaríamos juntos para siempre? —Sin quitarle los ojos de encima, avanzó hasta quedar a solo un paso de distancia—. ¿Acaso tienes idea de lo destrozado que quedó mi corazón cuando supe que no solo no serías mía, sino que, peor aún, te habías entregado a

otros brazos? ¿Puedes imaginar, al menos, una pizca de esta cruel tortura?

Los labios de Amelia temblaban y los ojos se le llenaron, una vez más, de lágrimas que contuvo con toda su férrea voluntad.

—No puedo hablar de tu dolor. No sería justo, como tampoco lo es que me juzgues con tanta rudeza.

—¿Lo hago? ¿De verdad crees que soy injusto? —inquirió arrebatado.

—No merecías el dolor que te causé, pero yo tampoco. —Se aproximó hasta quedar a una distancia en la que los alientos comenzaron a entremezclarse—. Dejarte ir fue la decisión más desgarradora que tomé en la vida, James. Pero cierto fue también que estaba demasiado ciega por tu amor. Y aunque tú aún no quieras verlo, mi prima tuvo razón.

—El dinero. Sé que necesitaban un matrimonio conveniente cuanto antes.

Decepcionada, ella negó con la cabeza.

—Nada tuvo que ver el dinero, y lo sabes. Estaba dispuesta a dejar que mi hermana buscara su propia solución también casándose. Pero si luego contraje matrimonio con Duncan fue solo porque me habían arrebatado la posibilidad de una existencia junto al amor de mi vida. Mi familia necesitaba con urgencia subsistir y el lazo más conveniente fue el que me ofreció el señor Duncan. Y aunque se le sugirió contraer nupcias con mi hermana, incluso con mi prima, él no quiso. Estaba obsesionado conmigo. La necesidad de mi familia era imperiosa, mi vida ya no tenía más sentido sin ti. ¿Qué iba a hacer? ¿Negarme? ¿Dejar que cayeran en la ruina junto a mí?

—Hubieras regresado conmigo. Hubiésemos huido al fin del mundo, pero ni siquiera me diste la oportunidad de intentarlo. —La miró con profunda intensidad.

—De habernos fugado, tarde o temprano, tu familia se las habría ingeniado para anular el matrimonio. Te habrían obligado a regresar, incluso amenazándote con herirme. Y estoy segura de que, al menos por esa razón, habrías cedido. —Se sumergió en los ojos de él—. Porque lo sé, James: me amabas. Tanto como yo a ti. —Una densa lágrima rodó por la mejilla de Amelia, y él, sin siquiera pensarlo, apoyó la mano sobre el delicado rostro para sacársela con el pulgar.

En ese preciso instante, cuando borró la tristeza del rostro de porcelana de ella, James lo supo. No importaba el tiempo, tampoco el dolor. Amelia lo era todo para él. Le gustara o no a su razón, la batalla en su interior la había ganado el corazón.

Como si el más salvaje de los caballos hubiera despertado en su pecho, los latidos le estallaron en un galope inevitable. Y entonces también habló:

—Te amaba, Amelia. Te amaba... Y aún lo sigo haciendo.

Pasional, pero con la delicadeza justa, con una mano le aferró la cintura mientras que con la otra le envolvió la nuca para aproximarla hacia su fornido cuerpo. Perdido en el vaho de su dulce aliento, la miró una vez más y, tras cerrar los ojos, le devoró la boca. Esa boca cuyos labios seguían tan llenos como antaño.

Lejos de lo que había imaginado, muy lejos de lo que había creído mejor para ella, Amelia se rindió. Había sufrido mucho, pero jamás se había percatado de que el dolor se debía a la sed que sentía por James. Y allí estaba, volviendo a la vida gracias a la cálida danza en la que sus lenguas se enredaban, anhelantes.

Años de sufrimiento sanados en un instante. Un instante de pasión. Un instante de amor.

Sin embargo, cuando creyeron que podrían perderse eternamente en ese beso, una conocida voz los interrumpió.

—¡Magnífico! ¡Uno menos! —exclamó, burlón, lord Robert Clifford.

De inmediato, y alarmada porque alguien los hubiera atrapado, Amelia se desprendió de James y se hizo a un lado para volver a mantener la distancia con el marqués.

Abington inspiró profundo y exhaló con violencia.

—Vete, idiota —escupió, conteniendo la ira.

Robert entrecerró la vista al tiempo que sonrió de lado y se cruzó de brazos.

—Aún dudas, ¿cierto? —Se aproximó hasta quedar a una distancia prudente de ella—. Y te entiendo. ¿De verdad perderías treinta mil libras por... —despectivo, la miró de arriba abajo— *ella*?

Dispuesta a mandar al infierno a aquel mequetrefe de cuarta, Amelia se enderezó y levantó el mentón. No obstante, cuando observó que James aún no respondía, el corazón se le detuvo.

No sabía a qué se había referido lord Robert, pero que Abington aún no hubiera replicado con justicia le paralizó el corazón.

Y entonces, conteniendo la angustia que acababa de dominarla, fulminó al marqués con la mirada y se retiró hacia el interior.

Con paso lento y una sonrisa de lobo triunfante, lord Robert se aproximó a James.

—¿Qué pasa, Abington? ¿Es el dinero o el orgullo lo que no te permite arrodillarte ante la viuda?

Una ola de ira envolvió el cuerpo de James y, olvidándose de dónde se encontraban, lo tomó de las solapas de la chaqueta y lo levantó con tanta violencia que los pies de Clifford apenas tocaban el suelo.

—No vuelvas a acercarte a ella y te sugiero que tampoco a mí. —Aproximó el rostro al de él—. Porque te juro, Robert, te juro que si vuelvo a verte cerca no respondo por mí. —Lo soltó con desprecio y, tras fulminarlo con la vista, se fue.

A pesar de que no le había agradado la reacción que había tenido

el marqués con él, era muy consciente de que se lo merecía; había sido un grosero malnacido. Pero lord Robert también entendía que había sido necesario si de verdad quería ser el ganador de la temporada. De no haber generado el conflicto, hubiese sido muy probable que Abington le confesara el juego del club de los solteros a Amelia, y tras ella no tener ningún tipo de apuro en comprometerse o casarse, habría aceptado esperar a que finalizara la temporada para que el marqués resultara uno de los ganadores. Y la verdad era que, según lord Robert, si alguno de ellos podía perdonarse perder treinta mil libras en nombre del amor, ese era el marqués de Abington.

Como fuera, había hecho lo que estaba a su alcance. Y así, sin perder la arrogancia y la clásica media sonrisa, se acomodó la prenda y regresó al interior. No caería ante las garras del matrimonio, pero, tras deslumbrarse con la indomable señorita Herbert, se divertiría como solía hacerlo cada temporada.

Capítulo 13

Era un escándalo. Por muy divertidos que estuvieran los invitados, jamás en la historia desde que había llegado a Londres había tenido una experiencia semejante. Y aunque Sienna confiara a ciegas en lady Browne, la estrategia que en esta temporada estaban usando para el negocio del club de los solteros se estaba saliendo de control.

Que una viuda hubiera sido el anzuelo inicial ya había sido bastante provocador, pero que encima dos de los nobles más deseados se hubieran declarado la guerra de aquella manera tan infantil y notoria era demasiado, incluso para una mujer libre como ella.

Tras ver cómo la señorita Herbert había rechazado al conde de Fowell, Sienna exigió a los músicos una contradanza para que, de inmediato, el murmullo fuera aplacado. Y, acto seguido, echó una fugaz pero fulminante mirada al señor Jones, quien, enseguida, comprendió que necesitaba hablar con él.

Una vez que se aseguró de que la gran mayoría de los invitados estuvieran entretenidos con el baile y más alcohol, sigilosa y elegante, se desplazó a lo largo del salón hasta salir. Caminó hasta la

sala más lejana del piso, que estaba vacía, y al notar que Jones la había divisado, entró.

Con disimulo y poca paciencia, Francis miró en todas las direcciones para evitar levantar sospechas. La siguió y, una vez que ingresó en el pequeño salón, entornó la puerta y avanzó hasta Sienna.

—¿Y ahora qué? —inquirió irritado.

Ella entrecerró los ojos.

—¿En serio lo preguntas? —Se cruzó de brazos—. ¿Acaso no has visto lo que ocurrió?

Francis puso los ojos en blanco al tiempo que bufó.

—Soy de los que prefieren que los asuntos se resuelvan de forma sencilla y con un perfil bajo, pero es evidente que este no ha sido el caso.

—Y por esa misma razón creo que deberías intervenir, Francis. Este tipo de escándalos puede afectar nuestra imagen en la sociedad.

El señor Jones entrecerró la vista al tiempo que se le aproximó.

—¿Yo? ¿Intervenir? No. Te equivocas, cariño. Si yo estoy aquí es para convencer a los candidatos elegidos de que participen del club y luego para asegurarme de que cumplan con las reglas. —Con un dedo, le alzó la barbilla para penetrarla con los ojos—. Que se enamoren, se comprometan o se casen es una responsabilidad tuya y de lady Browne. —Sin dejar de mirarla, acercó la boca a la de ella —. Así que confío en ti y en que sabrás cómo manejar este asunto sin que tengas que volver a molestarme. —Suave, la besó y, tras desprenderse, le sonrió.

Sienna tragó saliva. Pero cuando despegó los labios para volver a hablar, la flor que Francis tenía en la solapa de su chaqueta la sorprendió.

—¿Una orquídea?

Él miró la flor y sonrió de lado.

—Es única, ¿verdad?

—Sí, pero no me dijiste que usarías una.

Jones suspiró.

—Oh, vamos, Sienna. No puedes estar hablando en serio. —Se le aproximó—. Sé lo mucho que te agradan las rosas rojas, pero... pero no sé. Esta vez quería algo más especial, peculiar, quizá. —Le acarició el contorno del rostro y, tras sonreírle, se alejó hasta la puerta—. No seas tan dramática. Es solo un pequeño detalle. —Y, sin más, se fue.

«¿Más especial?».

Sienna exhaló. No supo por qué, pero, por muy ínfimo o tonto que sonara, era una pequeñez de gran importancia. Y que Francis no hubiera tenido el detalle de pensarlo por ella le había dolido más de lo que hubiera esperado.

No obstante, y aunque no quisiera reconocerlo, no era lo más importante en ese momento, por lo que, de inmediato y tras respirar profundo, se retiró del pequeño salón para regresar a la sala de baile. Había asuntos serios que atender.

Sin embargo, en cuanto salió, una imponente e inesperada figura la paralizó.

—¿Señorita Jones?

—¿Se... Señor Hutton? —inquirió con los ojos grises abiertos como dos platos.

Sienna observó hacia todas las direcciones, pues estaban solos. Pero, como si aquello hubiera sido poco, al ver la amable sonrisa de él cuando se enfocó en el intrincado peinado que ella lucía, el corazón se le paralizó.

—¿Es una rosa roja? —Señaló la solapa de su propia chaqueta y

curvó los labios de forma completa—. Qué extraña coincidencia... —Avanzó un paso.

Sienna tragó saliva.

—Bueno, es solo una rosa. Más común de lo habitual, ¿no cree?

William entrecerró la mirada.

—Perdóneme si discrepo, señorita Jones, pero no. No creo que se trate de una flor común. —Se aproximó hasta quedar a solo un paso de distancia y, pidiéndole permiso con la mirada, se animó a acariciar los pétalos de la flor que ella llevaba en el cabello—. Es suave, provocativa. Y elegante..., aunque me atrevería a decir que, en esencia, salvaje y fuerte por sus espinas—. Volvió la mirada oscura hacia la de Sienna y, con marcada intensidad, la observó—. ¿No lo cree usted también?

El corazón de ella estalló en un galope tan inesperado como inevitable. ¿Qué rayos era lo que le estaba ocurriendo? No lo sabía, pero de lo que estaba segura era de que, fuera lo que fuera, era peligroso. El señor Hutton era uno de los miembros del club, y aunque ella debía mantener la cordialidad, aquel acercamiento podía resultar más problemático de lo imaginado.

Astuta y con disimulo, retrocedió un paso al tiempo que se acarició la rosa roja del peinado.

—Es cierto. Me ha convencido. —Sonrió con seguridad muy bien actuada—. Pero me temo que podrían pensar muy mal de usted y de mí si nos encuentran aquí, solos. Además, no quisiera alarmarlo, pero de ser así, su posición en el club correría un gran riesgo, señor Hutton.

Divertido, William arqueó las cejas.

—Tiene usted mucha razón, señorita Jones. —Se hizo el pensativo y luego continuó—: No obstante, me veo en la obligación de devolverle el favor a esta maravillosa advertencia. Y como he notado

que aún nadie ha danzado con usted —extendió la mano, osado—, ¿aceptaría bailar la siguiente pieza conmigo?

«Qué demonios...», pensó Sienna. No obstante, comprendía que, para no levantar sospechas, tenía que aceptar. Tenía que hacerlo.

Por enésima vez, tragó saliva y, acartonada, sonrió.

—Por supuesto, señor Hutton. Será un honor. —Y colocó la mano sobre la de él.

Sin duda alguna, la noche estaba resultando una caja de sorpresas. Pero lo peor era que su corazón, que había vuelto a estallar en un galope indomable, era la más fiel muestra de ello.

***

Aunque aún yaciera boca arriba en la cama, luego del baile de «Noche de primavera» de los Jones, William Hutton se sentía extrañamente acelerado.

Toda la vida se había caracterizado por tener una personalidad alegre, optimista y libre, e incluso no había fiesta libertina que de verdad lo hubiera agotado. De hecho, nadie mejor que lord Robert Clifford y sir Charles Capell para confirmarlo, pues, en más de una ocasión, se habían cruzado por compartir gustos en extremo extravagantes. Sin embargo, ver durante la noche anterior cómo su querido amigo Abington se había ubicado por sí solo entre la espada y la pared había sido demasiado.

Hutton, como su mejor y único amigo, sabía a la perfección lo que Amelia significaba para este, y por eso mismo le había insistido en la primera reunión en lo de los Jones que desistiera de participar del club de los solteros, pues él sabía con bastante exactitud de qué trataría el negocio.

Cierto era que el marqués nunca mostraba sus más profundos

sentimientos, no al menos desde la trágica noche en la que Amelia rechazó huir con él. Y aunque de solo mencionarla daba la sensación de que la odiaba, William sabía muy bien que, en el fondo, Abington jamás dejaría de amarla.

No se había equivocado. Durante el baile, el marqués no había logrado domar su genio, a tal punto que se dejó llevar por su espíritu impulsivo y, sin importarle lo mucho que su conducta le afectara la reputación, dio rienda suelta a su deseo.

No hizo falta que Hutton lo siguiera hasta la terraza. El idiota de Robert Clifford contó con lujo de detalle al resto de los miembros del club —incluido él— lo que había ocurrido entre Abington y la viuda. Por fortuna, William escuchó el relato luego de que sorprendiera con un baile a la señorita Jones.

Recordó los ojos grises e infinitos de ella y sonrió.

Su intención había sido espiar al perspicaz señor Jones para saber un poco más sobre los próximos movimientos respecto del club, y sin embargo, al descubrir que se había encerrado a hablar con la señorita Sienna Jones, la curiosidad dominó a William. Aunque solo pudo oír desde la sala contigua, fue una gran sorpresa descubrir que lady Browne estuviera secretamente involucrada en el negocio del club, pero lo fue aún más reconocer el tono con el que Francis se había dirigido a su prima.

William se mantuvo escondido y dejó que el anfitrión siguiera de largo cuando terminó de conversar con Sienna, mas al notar que ella no había salido, el corazón y la pena lo impulsaron a asomarse.

No lo había planeado, tampoco la coincidencia de la flor, pero la invitación a danzar, sin duda alguna, no solo le permitió ver la reacción de ella, sino también la del señor Jones.

No descubrió mucho con solo una pieza, aunque sí notó lo muy consternada que estaba la señorita Jones. Aun así, sabía muy bien

por dónde seguir investigando, aunque, en esos momentos, no fuera lo más importante.

James Nevill estaba en serios problemas, pero no precisamente por estar a punto de dejar ir treinta mil libras, sino más bien porque corría el riesgo de volver a perder al amor de su vida.

William se incorporó y, tras solicitar ayuda para vestirse, se marchó.

Debía hablar con Amelia. Fuera como fuera.

***

En cuanto huyó de la terraza de los Jones, y mientras la atención de la mayoría estaba centrada en la contradanza, Amelia se escabulló con cautela y se marchó.

Conocía la reputación de lord Robert Clifford, aun así, que James no hubiera reaccionado, que no hubiera dicho una sola palabra, le congeló el corazón una vez más.

Quizá fuera cierto. Quizá Abington ya no sintiera lo mismo y dudara de los sentimientos de ella. No lo culpaba. Comprendía la ira que lo había dominado, la soledad y la decepción que durante años le habían carcomido el alma. Y, sin embargo, una mezcla de rabia con dolor se había aliado a la razón de Amelia que, insistente, le exigía que partiera lo más lejos posible de Londres. Quizá de regreso a Escocia, en donde tenía las tierras y propiedades de su difunto esposo. Allí donde durante cinco años había vivido de forma sombría y privada de cualquier gesto de amor.

Tras solicitar una pluma y la tinta, se sentó y, con fría paciencia, escribió a su querida lady Browne. Debía informarle que se iría y que, a pesar de que le quedara muy en claro que las cuestiones del corazón no eran para ella, le estaría agradecida el resto de la vida.

Estimada lady Browne:

Antes que nada, le ruego disculpas por no poder cumplir con lo prometido. Realmente era mi intención ayudarla a que sus jovencitas casaderas encontraran el amor. No obstante, quizá como usted misma habrá descubierto, la presencia del hombre que me robó el corazón años atrás me impide seguir aquí en Londres. Por muy fuerte que haya sido el lazo que alguna vez nos unió, es evidente que la ira y el rencor han hecho mella en su alma. Y como lejos de culparlo lo comprendo, he decidido marcharme y quedarme definitivamente en las tierras de las que fue oriundo mi difunto esposo. Espero sepa entenderme.

Sin embargo, sería hipócrita de mi parte terminar esta carta sin agradecerle por el resto de mi vida. Sin su apoyo, jamás habría conocido a James y, por ende, tampoco las bondades infinitas del verdadero amor.

Y claro, una vez más le pido disculpas por las formalidades, pero de haberme permitido llamarla como la amiga que en realidad es, las lágrimas habrían manchado este papel.

Con mi más profundo cariño,

Amelia

Dobló el papel, lo selló y se lo entregó a Sally.

—Te pediré el favor de entregarlo en Browne House. Iremos de paso cuando partamos.

Sally frunció el ceño.

—¿Nos iremos, señora? ¿Adónde? ¿Y cuándo? —inquirió sorprendida.

—Ahora mismo. Mis pertenencias ya han sido recogidas.

Pasaremos la noche en la posada Rose and Crown y luego seguiremos el viaje hasta Escocia. Pero no temas; me aseguraré de hacer más paradas, a diferencia de cuando vinimos a Londres. —Y le sonrió, aunque con un claro dejo de amargura.

La doncella no salía del asombro. Aun así, se trataba de una orden, y como fiel criada, asintió sin objetar la decisión de Amelia.

Veloz, preparó su escaso equipaje y, tras ayudar a su señora a subir en el coche, hizo lo mismo, aunque pensativa y enfocada en la entrega de la carta.

Capítulo 14

Aunque había disfrutado cada una de las reacciones del marqués y de Amelia, lady Browne era consciente de que la situación de la noche anterior se le había escapado de las manos.

Por lo general, los candidatos elegidos tenían el corazón ensombrecido —por haber sufrido la experiencia del amor no correspondido—, pero lo suficientemente vulnerable como para albergar la esperanza de la llegada de un nuevo amor que les devolviera la vida.

Y a pesar de que jamás en su experta existencia había visto un lazo tan intenso como el del marqués y Amelia, la realidad era que reunirlos de nuevo estaba resultando un desafío por demás complejo. Encima, aunque los Jones no lo supieran, en verdad no tenía un plan «b». A diferencia de otras almas, sabía que al marqués la única mujer que podía revivirlo era Amelia. Se trataba de un amor verdadero, de esos que se viven una sola vez en la vida.

Agotada y sin saber qué pasos seguir, se dejó caer sobre su diván favorito. Uno color limón, para variar.

Sin embargo, la entrada del apático mayordomo, el señor Smith, le interrumpió el incipiente estado meditativo.

—Milady, correspondencia para usted. —Con una carta sobre la bandeja de plata, se aproximó a la vizcondesa y, tras aclararse la garganta, continuó de mala gana—: La doncella que lo entregó informó extraoficialmente que la autora de la misiva pasará la noche en Rose and Crown. —Y, tras una gentil venia, se retiró.

De inmediato, Christine destrozó el sello para hundirse en la lectura de la carta que le había escrito Amelia. Y, a medida que avanzaba, el ceño se le fruncía cada vez más. Hasta que estalló.

—¡Maldición! —escupió, desesperada, al terminar. Se dejó caer en el sillón y exhaló con fuerza.

Debía pensar en una solución rápida, en una medida que impulsara al marqués a salir de su oscura residencia para ir, de una vez por todas, tras Amelia, su único amor.

Y entonces, el recuerdo de unos intensos y pícaros ojos turquesas le reveló el remedio al problema.

Sin perder un segundo, marchó al estudio que había pertenecido a su difunto esposo y, tras hacerse con la pluma y la tinta, escribió una misiva urgente para su amigo y luego otra carta crucial para el indomable marqués.

***

La noche había sido intensa como pocas. Desde ver a Amelia llegar del brazo del conde de Fowell hasta la danza que resultó en una batalla infantil, James Nevill reconocía que hacía mucho tiempo que su corazón no se sentía tan vivo, aunque no del mejor modo, claro estaba.

No obstante, ese breve pero pasional momento junto a Amelia, en la terraza, le daba sentido a la maraña de emociones y sentimientos que, sin permiso, habían despertado en su interior. Sentir el corazón

latirle al son del más salvaje de los galopes fue tan odioso como reconfortante, pues, le gustara o no, quisiera o no reconocerlo, era indicio de que amaba a Amelia más que nunca.

Rememoró los melancólicos ojos color canela de ella y supo que su destino era sumergirse en ellos por el resto de los días. Besar esos labios llenos y pequeños era su deseo. Proteger y venerar su delicada figura, su deber. Y entregarse en cuerpo y alma a Amelia, su propósito de ser, pues no le importaba lo que otros pudieran pensar: como hombre, había nacido para amarla solo a ella. A ninguna más.

Sin embargo, se maldijo por esos segundos que, indudablemente, ella había interpretado como un titubeo.

¿Había esperado discutir con Amelia en la terraza de los Jones? No. ¿Había imaginado que se rendiría ante su hechizo y la besaría con tanta pasión? Tampoco.

No obstante, lo que ni remotamente había fantaseado era que lord Robert Clifford, ese estúpido libertino, estaría al acecho de cada movimiento que él o Amelia darían esa noche. Verlo allí, a pasos de ellos, lo descolocó. Y el comentario acerca del dinero invertido en el club de los solteros fue, sin duda alguna, el último puñetazo que lo dejó sin aire y sin posibilidad a reacción. Abington no supo qué decir ni por dónde empezar a explicar, y para cuando entendió que debía aclarar la situación cuanto antes fue muy tarde. Al ver los ojos de Amelia, comprendió que la decepción ya la había dominado y que, intentara lo que intentara, no funcionaría. No, al menos, en ese momento.

James se incorporó en la cama. Giró el rostro hacia la ventana más próxima y miró el cielo gris, repleto de nubes oscuras. Así había sentido que estaba su corazón desde hacía años, pero tras el baile de los Jones, una luz, una pequeña luz de esperanza se encendió en

su pecho, tal como el rayo de sol que atraviesa el cielo luego de las peores tormentas.

Tenía que conversar con ella sin importar las consecuencias.

Se puso en pie y, decidido a ir a hablar con Amelia, se vistió lo más rápido posible. Descendió las escaleras, pero no terminó de hacerlo que se cruzó en el camino con Taylor, su mayordomo.

—Su señoría, el señor Hutton aguarda por usted en el salón. Dice que es urgente.

Preocupado, Abington frunció la frente, pero no perdió tiempo y bajó para ir directo a encontrarse con William.

—Siento interrumpirte a estas horas y de esta manera —soltó Hutton, agitado. Ni siquiera se había sentado.

James avanzó hasta quedar a unos pasos. William estaba serio; jamás lo había visto así en la vida.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Es Amelia? —preguntó con marcada desesperación.

Hutton asintió con la cabeza, pero se apresuró a hablar para calmar al marqués.

—Tras lo que anoche contó lord Robert sobre ustedes, creí que por orgullo no te acercarías a Amelia. Por esa misma razón, pensé en tomar cartas en el asunto. —Suspiró—. No tardé en averiguar la casa que estaba alquilando cerca de Browne House. Pero cuando fui para hablar con ella... —volvió a exhalar, vencido—, descubrí que ya no estaba.

—¿Qué? —inquirió Abington, parpadeando más de la cuenta.

—Lo que has oído. Se ha ido, pero ninguna de las personas con las que hablé sabe hacia dónde es que partió.

—¡Maldición! —exclamó el marqués al tiempo que, nervioso, se acarició la cabellera rubia hacia atrás.

—Quizá si hablamos con lady Browne...

Pero Hutton no pudo continuar, pues Taylor interrumpió con una misiva para el marqués.

—Correspondencia para usted, milord. El joven que la trajo ha dicho que es urgente.

Sin siquiera detenerse en el remitente, Abington rompió el sello y tomó las que, en realidad, eran dos cartas. Una, de Amelia dirigida a lady Browne; y la otra, de la vizcondesa para el marqués.

James leyó la primera y, tras respirar profundo, medio aliviado, continuó con la siguiente.

Estimado Abington:

De seguro ya has leído la carta que esta mañana me dejó mi querida Amelia antes de partir. Y aunque debo reconocer que me destrozó el corazón saber que se marcharía tan pronto, la alegría me invadió al descubrir que los sentimientos que tiene por ti siguen tan intactos como antaño. Incluso, me atrevo a decir, se han intensificado, querido.

Aun así, no es asunto mío convencerte de lo que, seguramente, tú mismo has descubierto ayer, en el baile de los Jones. Sin embargo, y por el cariño que les tengo a los dos, me veo en la obligación de informarte que, solo por esta noche, tu querida Amelia se hospedará, junto con sus criados, en la posada Rose and Crown. Su doncella ha tenido la gentileza de confesármelo, estimo que sabiamente para que tú te enteraras.

Eso sí, querido Abington: yo que tú no perdería tiempo, pues, aunque me duela decírtelo, de primera mano me he enterado de que el conde de Fowell tiene pensado ir tras ella hoy mismo. Al parecer, sus deseos son muy sinceros. Y «Gretna Green» ha salido de sus labios varias veces durante la

conversación.

Sé que es claro que Amelia te ama a ti, Abington, pero el conde es un artista a la hora de convencer y conquistar corazones... Bueno, tú mismo lo has visto, ¿verdad? Y lo último que quisiera es que, por ella creer que tú no la amas, termine casada con lord Fowell. Aunque lo aprecio mucho, no sería justo para ella ni para ti.

Así que, apelando a que tu corazón actúe por ti, me despido a la espera de la mejor de las noticias.

Atentamente,

Christine Browne

«Al parecer, sus deseos son muy sinceros», repitió mentalmente James al tiempo que, rabioso, hizo de la carta un bollo y la dejó caer en el suelo junto con la otra.

Si una cuestión tenía bien clara Abington era que aquel conde de cuarta no tenía buenas intenciones, no al menos las que de seguro esta vez Amelia pretendería de un esposo.

De inmediato, Hutton tomó los dos papeles y, con suma atención, los leyó. Sin embargo, para cuando terminó y quiso seguir a Abington, este, más veloz que un rayo, ya se había ido de Nevill House.

—Maldición... —suspiró William al aproximarse a la entrada.

De pronto, el mayordomo se le acercó.

—Me pidió que, por favor, no lo siga. Que él mismo resolverá sus asuntos, señor Hutton.

William enarcó una ceja.

—¿Y tú crees que debería hacerle caso, Taylor? —inquirió mientras se colocaba el sombrero para marcharse.

El mayordomo dudó, pero, tras un profundo suspiro, se animó a

responder:

—Esta vez pienso que sí, señor.

William sonrió de lado al señor Taylor y, seguro de que había dado lo mejor por su querido y taciturno marqués, se retiró.

Tarde o temprano, le llegarían las noticias. Y, después de todo, un trago a solas en White’s no le sentaría nada mal.

Capítulo 15

James Nevill no perdió tiempo. Tomó su purasangre, que solía estar preparado cada día a primera hora por su mozo de cuadra, y se lanzó a la más rápida carrera hacia la posada.

Por fortuna, y a pesar del trayecto, llegó antes de que oscureciera. Observó el cielo y, de inmediato, una ligera llovizna comenzó a humedecerlo. Un sabor amargo lo invadió cuando le recordó la noche de años atrás en la que esperó, por horas y sin éxito, a Amelia.

Suspiró y continuó.

«Rose and Crown», leyó mentalmente James. El nombre se hallaba pintado con gruesas pero elegantes letras en un cartel en la parte superior de la entrada del edificio. Frenó el caballo en el patio de gravilla y bajó de la silla de montar de un solo salto.

De inmediato, un mozo de cuadra se le aproximó para encargarse del caballo; lo llevaría a una casilla libre del establo. James aceptó y marchó directo al vestíbulo de la posada hasta dar con la recepción.

—Buenas noches, señor. ¿En qué puedo ayudarlo? —Lo saludó un hombre de aspecto amable.

James, a quien la paciencia no le sobraba, no tardó en responder:

—Deme una o las habitaciones que desee, señor. No me importa, siempre y cuando me diga en cuál se hospeda la señora Duncan.

El hombre alzó las cejas, medio sorprendido.

—¿La señora Duncan? —suspiró—. Esta vez ¿quién la busca? —preguntó con tono cansado.

—James Nevill, marqués de Abington —soltó enseguida, pero, al cabo de un segundo, frunció el ceño, enfurecido—. ¿Esta vez? —Se aproximó al mostrador—. ¡¿Acaso alguien más ha preguntado por ella?!

El pobre empleado tragó saliva. No solo estaba frente a un marqués, sino a uno importante y muy enojado.

—Un conde, milord. —Y señaló hacia su izquierda, en dirección a un cálido comedor.

El rostro de Abington se transformó. La cólera le recorrió las venas con tanta fuerza que las de las sienes se le inflamaron al igual que los capilares en los ojos.

Sin siquiera despedirse del hombre de la recepción, dio una par de zancadas y, en un santiamén, entró en el comedor.

Por fortuna, y a pesar de la hora, estaba casi vacío. Solo había una mesa y estaba ocupada por ni más ni menos que el conde de Fowell.

Por mucho que a Anthony Pratt le hubiera gustado ignorar a Abington, lo cierto era que la figura del marqués era imponente, y mucho más cuando este, como si de un coronel se hubiera tratado, se adentró con paso firme directo hacia él.

Los ojos turquesas de Fowell se entrecerraron al verlo aproximarse y, como no podía ser de otra manera, se mantuvo sentado, con las piernas cruzadas, aunque elevó una ceja al tiempo que sonrió de lado.

—Abington... Qué grata sorpresa. ¿Acaso tú también huyes de Londres? —Le señaló una de las sillas para que se sentara, aunque,

tal como lo esperaba, James lo ignoró—. Imagino que, luego de la tormentosa noche de ayer, te has convertido en el mayor objeto de deseo de todas las solteras, en especial de las Powell, ¿verdad? —Rio, tratando de contenerse.

James, manteniendo una seriedad temible, apoyó una mano sobre la mesa, aunque dando un golpe que provocó que Fowell abriera los ojos como platos.

—Escucha, pedazo de mequetrefe. No sé con qué derecho ni motivaciones hayas venido hasta aquí, pero te sugiero que te retires. Ahora —advirtió con tono amenazante.

Fowell, aunque manteniendo la calma, se puso en pie.

—Mi derecho es el mismo que tienes tú, Abington. —Clavó los ojos claros en los oscuros del marqués—. Hasta donde sé, no eres más que un viejo y olvidado amor para la señora Duncan. —Se acercó un paso, incitador—. En cambio yo... —Sonrió de lado—. En cambio yo sé que seré una bocanada de aire fresco para la viuda. Incluso, me atrevo a decir que algo más... Al menos después de que nos veamos *a solas* —remarcó sugerente.

Y entonces la ira dominó al marqués. En un abrir y cerrar de ojos, los pies de Fowell no tocaban el piso, y las manos de Abington sostenían al libertino conde por las solapas de su chaqueta de terciopelo verde.

—Te irás de esta posada e, incluso, de Londres. Volverás a tu asqueroso Cornualles y te encerrarás junto con tu padre para nunca más engañar con tus palabras embusteras a ninguna mujer, mucho menos a una respetable. —Tenso, acercó el rostro al del conde y continuó, aterrador—: Porque si no lo haces, te juro, Fowell, que te arrepentirás por el resto de tu miserable vida. —Lo fulminó con la mirada y, violento, lo soltó.

Enfurecido porque su más amada prenda hubiera sido maltratada,

Anthony se acomodó la chaqueta y, aunque cauteloso, se animó a contestar:

—Sé que eres un hombre de palabra, Abington, pero, aunque no lo creas, yo también. —Se aproximó, inspiró profundo y, con una mirada sincera, siguió—: Amelia merece un matrimonio feliz, y yo sé que se lo puedo dar. —Caminó hasta la entrada del comedor, pero, antes de retirarse, se giró para lanzar unas últimas palabras—: Si no te casas o te comprometes pronto con ella, *te juro,* Abington, que lo haré yo. —A modo de despedida, inclinó ligeramente la cabeza y, sin más, se retiró.

Medio aturdido, el marqués tragó saliva. No supo por qué, pero el conde había sonado bastante convincente, lo que lo alarmó.

Sinceras o no, las palabras del conde fueron cruciales.

Abington tenía que hablar con ella, al menos antes de que Fowell lo hiciera para terminar de conquistarla.

Así, también se marchó, aunque directo al mostrador para que, de una vez por todas, le dijeran dónde estaba Amelia, su único amor.

***

—¿Cuál prefiere, señora? ¿El rojo o el azul? —preguntó Sally, señalándole los dos vestidos.

Ambos eran hermosos, de la más refinada tela de satén, y, sin embargo, no pretendía darse el lujo de usarlos por dos sencillas razones. La primera, porque estaba de medio luto, y, aunque se había animado al matiz lavanda con vistos negros, pasar a colores tan vivos le resultaba, como poco, osado. Y segundo, porque precisamente esos tonos eran los que había usado en los dos momentos más importantes de su vida: cuando lo conoció a James y cuando se le entregó a él.

—No puedo, Sally. Ya sabes que...

—Señora... —se atrevió la doncella. Por muy formal que se trataran, la confianza era un derecho que se habían permitido hacía varios años—. ¿No cree que ya sea hora de romper las reglas? Ha sufrido mucho. Merece un poco más de...

—¿Felicidad? —la interrumpió con una sonrisa amarga, y suspiró —. Haber asistido a los bailes y haberme atrevido a danzar, sin mencionar el escándalo del que fui protagonista, ha sido una muy buena forma de ir en contra de lo establecido, Sally.

—Es cierto, pero... se trata de un momento que puede llegar a ser muy importante para usted. No siempre un conde va detrás de una mujer. Y mucho menos aguarda a altas horas con esperanzas en el comedor de una posada.

Amelia, que estaba sentada sobre la cama, le sonrió. Pero enseguida, perdida en algún vago recuerdo, miró el dosel que la rodeaba y exhaló.

—Si lord Fowell ha venido a pedirme la mano, no lo aceptaré, Sally. No necesito de otro hombre para vivir. Además, a pesar de lo que haya sufrido, hoy, al fin, tengo la independencia que, te aseguro, más de una mujer aspira en esta vida.

La doncella suspiró.

—¿Y no cree que la compañía de alguien como el conde pueda aumentarle la felicidad, señora?

Los ojos de Amelia se apagaron al tiempo que se clavaron en el suelo de madera de la habitación.

—No, Sally. La única compañía que me haría realmente feliz no es posible, al parecer. Y prefiero estar sola a compartir con una persona que solo sería una sombra o una mera figura a la que viviría comparando con Jam... —no quiso nombrarlo, le dolía aún—, con *él*.

Sally suspiró de nuevo, pero cuando hablaría otra vez para

convencer a su señora de cambiar de parecer, un llamado a la puerta las sorprendió.

Extrañadas, Amelia y Sally se miraron.

—¿Será el conde? —inquirió Amelia.

La doncella dejó los vestidos sobre la cama y, tras alinearse, se aproximó a la puerta para abrir. Y entonces...

—¡Milord! —exclamó Sally, incrédula por lo que veían sus ojos. No podía pestañear.

—¿Sally? —preguntó Amelia sin ver con claridad. Pero cuando se puso en pie para averiguar lo que tanto había asombrado a su doncella, la puerta se cerró. Pero Sally ya no estaba, se había ido. Y en su lugar había entrado otra persona: su doloroso y amado James.

El tiempo se detuvo.

Ni ella ni el marqués lo supieron, pero los corazones de ambos estallaron en un galope tan simultáneo como feroz cuando las miradas se cruzaron.

Despacio, Abington se aproximó hasta quedar a unos pasos de distancia aceptable, a pesar de haber quebrantado toda regla de la prudencia al estar allí, solos.

—Veo que estás sorprendida. ¿Acaso esperabas a otra persona? —Tomó aire y lo contuvo por unos segundos—. ¿Quizá a un conde?

Ella entrecerró la vista.

—Y yo veo que, pase lo pase, su orgullo es inalterable, su señoría.

Abington enarcó una ceja ante la frialdad.

—Es evidente que has cambiado desde anoche. Y la única razón que me viene a la mente es la esperanza que de seguro te ha dado lord Fowell. —Conteniendo la rabia pero seguro, avanzó un paso—. Aun así, si he venido hasta aquí es para advertirte que sus intenciones no son honestas. Por muy alegre y cálido que pueda parecer, no es más que una farsa para atraparte y disponer de tu

buena fortuna.

Amelia alzó el mentón.

—¿Y debo creerle al hombre que estima que valgo menos que treinta mil libras?

Abington respiró profundo, caminó hasta quedar a menos de un palmo de distancia y clavó los ojos en los melancólicos pero desafiantes de ella.

—¿Eso crees de mí? ¿Eso piensas luego de lo que te he confesado antes de volver a entregarme a ti como un estúpido?

En silencio, se observaron por varios segundos.

—No sé a qué se ha referido lord Robert con lo que dijo, pero sí puedo decir que es cierto que dudaste. Ni siquiera te atreviste a pronunciar una sola palabra —replicó ella, olvidándose de las formalidades.

Indignado, se llamó a mantener la compostura. Algún día le haría pagar al maldito de Clifford.

—No es más que un absurdo juego en el que ni siquiera pensé cuando estaba contigo allí, en la terraza.

—Pero cuando te lo recordó lord Robert todo cambió, ¿verdad?

El marqués la miró, encolerizado.

—¿Es en serio? —Miró hacia el techo al tiempo que, nervioso, se acarició el cabello hacia atrás, aunque enseguida regresó la vista a ella—. ¡Lo último que estaba pensando en ese momento era en esa apuesta, Amelia! ¡Me tomó por sorpresa! ¡No sabía cómo ni por dónde empezar a explicarte!

—¿Una apuesta?

Abington suspiró.

—Sí, algo así. Fue un juego al que acepté participar... sin saber que estabas de regreso en Londres.

Amelia frunció las cejas.

—No entiendo. ¿Y por qué tendría yo algo que ver?

Abington inspiró profundo y exhaló, vencido.

—Porque en este juego solo ganan los que no se comprometen ni se casan... al menos hasta finalizar la temporada.

Ella parpadeó más de la cuenta al tiempo que se giró, haciéndose a un lado.

—Oh... Claro. De allí tu titubeo. Ahora entiendo tu reacción. —Suspiró y regresó a la fría formalidad—. Pues le deseo mucha suerte para la próxima temporada, su señoría. Quizá para entonces su corazón sí encuentre una dama que valga esas treinta mil libras.

Aquellas palabras fueron como una estaca en medio del corazón. Sin embargo, él no se dejaría vencer. No otra vez.

—No, no lo entiendes, Amelia. —Se aproximó, aunque ella estuviera de espaldas—. No lo entiendes porque jamás en la vida estuve tan agradecido de haber perdido en un juego como ayer por la noche, en esa terraza. —Apoyó las manos en los hombros de ella —. No hacen falta más temporadas. Hace más de cinco años que no hacen falta porque, desde el momento en que me salvaste esa noche, desde el momento en que reímos juntos y planeamos disfrutar de nuestro amor, supe que eras tú. Solo tú. —Suave, la invitó a que se girara y, tras sumergirse en la brillante mirada de ella, continuó, aunque a un solo dedo de distancia de su boca—. Daría todo el dinero del mundo y mi título si la ley me lo permitiera. Daría lo que fuera si con eso lograra convencerte de que lo único que deseo en esta vida es casarme contigo y pasar el resto de los días junto a ti. Porque te amo... Te amo, Amelia. —Y, tras envolverle el rostro con las manos, cerró los ojos para fusionarse en el más sentido beso que dio en su existencia.

La había besado la noche anterior y, sin embargo, jamás había sentido el calor envolverle el cuerpo como en ese instante. Devoraba

los labios llenos de Amelia con el hambre y la sed de quien vaga por días en el desierto. Su sabor, tan dulce como embriagante, le devolvía la vida a su corazón que, salvaje, latía sin cesar.

Las lenguas, húmedas y calientes, danzaban al son de un ardor que desbordaba por cada poro de la piel. Amelia, suplicando por más pasión, coló las manos por detrás de la nuca de James y enredó los dedos en el rebelde cabello dorado.

El marqués, completamente rendido a las exigencias de ella, la abrazó por la cintura y, ardiente, la presionó contra su cuerpo para que ella fuera consciente de lo mucho que la deseaba.

Amelia, al sentir la dureza de la entrepierna de él, exhaló un suspiro tan lleno de anhelo que Abington respondió de inmediato. Ansioso, la alzó como si de una pluma se hubiera tratado para llevarla y depositarla sobre la cama que los esperaba. Observó los ojos de ella, bañados en un fuego que hacía años no lo quemaba, y, sin pensarlo, se aproximó al cuello de Amelia para obsequiarle un reguero de besos suaves y calientes que comenzaron en el lóbulo de la oreja hasta descender en el inicio del escote del vestido.

Los suspiros, cada vez más agitados, llevaron a que sus manos tiraran de las prendas de James, quien, sin perder tiempo, se deshizo de la chaqueta al igual que del chaleco. Sus suaves dedos se colaron por debajo de la camisa almidonada de él, pero al acariciar el duro abdomen de Abington, la respiración de ella se agitó al instante.

El marqués, obnubilado por el ardor de Amelia, volvió al escote del vestido, pero para liberar los senos blancos de ella. Y los devoró. Los besó y los succionó con la suavidad y la pasión justas que Amelia necesitaba.

Los gemidos de disfrute brotaron de la garganta de ella, y entonces el marqués, hechizado por la musicalidad de su deseo,

sintió un fuego indomable tomar las riendas de su corazón. Se deshizo de sus prendas y de las de ella hasta que ambos quedaron como Dios los trajo al mundo.

Anhelante, Amelia exhaló. Cada día de su vida había rememorado de forma dolorosa lo exquisito que había sido ser poseída por ese hombre que tenía delante de sus ojos. Pero ningún recuerdo se acercaba a la realidad. Era un semidiós hecho a imagen y semejanza de los mejores guerreros espartanos. Sus piernas eran tan fuertes y torneadas como sus brazos de acero. Y el torso parecía trabajado a la perfección en un hierro solo digno de los dioses. Pero su rostro, masculino y regio, era la imagen con la que había soñado cada día desde que lo había conocido.

Sin embargo, era su mirada la que, oscura e indomable, desbordaba en ese instante de un fuego que habían compartido hacía más de cinco años atrás.

—James... —susurró Amelia, jadeante, y estiró una mano para acariciar el inicio de la cadera de él.

Abington observó la obra de arte que era la figura de ella, allí, desnuda, radiante y deseosa por él. Contempló la lengua de Amelia, que se saboreaba los labios en medio de la agitación de su cuerpo, y no pudo contenerse más.

Se acostó sobre ella y, al tiempo que se sumió en los ojos de Amelia, exhaló:

—Soy tuyo... Por siempre tuyo. —Y, despacio, la penetró.

En el preciso instante en que el miembro palpitante de James se hundió en el sexo de ella, Amelia espiró el deseo sobre los labios de él.

El movimiento, al principio lento e intenso, llevó a que la miel de ella brotara y embebiera el duro miembro del marqués. Los gemidos tímidos se tornaron más fuertes y nítidos, y entonces... entonces la

cordura de James se esfumó.

Los latidos del corazón de Abington se aceleraron y con ellos la cadencia de las embestidas, que excitaron sobremanera a Amelia.

James, al sentir que la estrechez y la humedad del conducto femenino se habían intensificado, supo que no podría reprimirse más. Y entonces, en el suspiro en que ella liberó el más esperado éxtasis, el marqués acabó en el interior de Amelia de la forma más escandalosa y exquisita que solo el amor verdadero podía obsequiar.

Extasiados, ambos quedaron rendidos sobre el colchón. Y se miraron. Por un largo rato en silencio, se miraron. La felicidad desbordaba en sus tímidas sonrisas y en cada suave caricia que se regalaban entre sí, como si con ello confirmaran que, al fin, su reencuentro sería para siempre y real.

Y entonces, solo cuando Amelia creyó que pronto podría regresar su doncella, se animó a hablar.

—¿Estás seguro, James?

El marqués enarcó las cejas.

—¿De qué?

—De casarnos. ¿No prefieres esperar?

Él se carcajeó.

—¿Por treinta mil libras? —Bufó—. Ni loco. Tengo a un conde que amenaza con casarse contigo si no lo hago yo cuanto antes —soltó divertido, y ella se rio.

—Pero es una gran suma. Tranquilamente podríamos esperar.

James, al tiempo que le acarició una mejilla, la observó con intensidad.

—Yo no. —Sonrió más seguro que nunca—. Además, aunque pierda treinta mil libras, me aseguro de que ninguna víbora más pueda salir a la caza de este marqués, pues, al fin, ha sido atrapado —la acarició con pasión—, y con justicia.

Y en un beso intenso, mezclado con risas cómplices, Amelia y James se volvieron a amar. Como solo ellos dos sabían. Con locura. Con pasión. Con amor de verdad.

Epílogo

Browne House. Finales de mayo de 1813

En su hora favorita del día y sentada sobre su amado diván color limón, la vizcondesa —combinada a tono— deleitaba su paladar con una delicia cítrica, cuyos bocados los turnaba con largos sorbos de té. Y, claro, lo que más destacaba —por difícil que pudiera resultar con tan chillona decoración de sala— era su sonrisa. Y no era para menos. Los resultados habían sido un éxito total, aunque un tanto escandalosos, por supuesto.

De pronto, el desabrido señor Smith entró en la sala.

—Ha llegado, milady. ¿Lo hago pasar? —inquirió el mayordomo, cansado.

Christine suspiró pero asintió.

—Por supuesto. Faltaba más.

Y entonces el umbral de la sala limón de la vizcondesa fue atravesado por el caballero que, desde entonces, se convertiría en el más controversial de Londres.

—Hermoso desastre el que me has hecho pasar, mi querida lady Browne —soltó el conde de Fowell al tiempo que, descarado, se recostó sobre el sillón que estaba enfrente al de ella.

La vizcondesa alzó una ceja y negó con la cabeza mientras terminaba de devorar la porción de tarta de limón.

—Lo que ocurrió es producto de la desesperación, Fowell. El corazón suele reaccionar con locura cuando está a punto de perder lo que más ama.

El conde entrecerró la vista.

—O, simplemente, el marqués perdió el juicio. Aunque es evidente que hace tiempo que no está en sus cabales.

—¿Y quién lo estaría si amenazan con robarte a tu gran amor? —Lo fulminó con la mirada y le sirvió una taza de té.

Tras aceptar la infusión, Fowell puso los ojos en blanco.

—Te recuerdo, mi querida Christine, que no fue mi idea, sino una orden tuya y enviada a último momento por medio de una misiva... —replicó divertido, abriendo los enormes ojos turquesas, y dio un sorbo al té.

—Yo solo di un empujoncito. —Bebió—. Era necesario. Ese marqués resultó más orgulloso y testarudo de lo que esperaba.

—No hace falta que lo menciones. Creí que terminaría casándome con la viuda en Gretna Green.

Ella se carcajeó.

—¿Tú? ¿Casado? —Volvió a reír—. ¡Imposible! Y, aun así, te estaré eternamente agradecida por este favor, mi querido Fowell. Tu interpretación ha sido impecable.

El conde entrecerró los ojos.

—¿Favor? —Dejó la taza—. No soy de los que hacen *favores*.

Christine rio de nuevo.

—Tal vez pueda conseguir que entres en el Drury Lane. Y quién te dice... Además de famoso por libertino y apuesto, quizá te conviertas en la próxima promesa del teatro. —Estalló en carcajadas y Fowell se contagió.

—Si no fuera por el título y el padre que tengo, tomaría muy en serio tu propuesta.

Christine sonrió con picardía.

—No, mejor sigue yendo al teatro, pero para escabullirte y divertirte entre telones. —Acercó una mano a la zona de su escote y, tras sacar un mullido rollo de dinero, continuó—: Pero sabes que soy una mujer de palabra y, debido a que te has lucido esta temporada, pues... tres mil libras es un pago justo.

Anthony arqueó las cejas.

—¿Tres mil libras? Si bien sabes que para mí esto no es más que un juego, haber sostenido esa historia sobre un viejo amor que me rompió el corazón no fue fácil; tuve que sonar convincente. Eso sin mencionar que, a lo último, casi pierdo el pellejo con ese marqués poco civilizado. —Bufó—. Además, esos minutos en la posada, con Abington, en los que debí simular estar enamorado de Amelia no fueron nada fáciles de interpretar. —Bebió un largo sorbo—. Seis mil.

—Cuatro —contraofertó ella, divertida y con la mirada clavada en la clara de él.

—Cinco mil libras y nos vemos la próxima temporada.

Satisfecha, lady Browne sonrió de lado.

—Que sean cinco entonces. —Contó el dinero y se lo entregó—. Y nos vemos el año próximo, Fowell... si para entonces no estás casado —agregó entre risas solo para fastidiarlo.

El conde puso los ojos en blanco al tiempo que se levantó.

—Eso, milady, no ocurrirá nunca. —Caminó hasta el umbral y, antes de irse, se giró para soltar unas últimas palabras—: Ni aunque mi padre me amenace de nuevo. —Lanzó un beso al aire y se fue.

Lady Browne rio mientras negaba con la cabeza, pero entonces, cuando pensó que podría terminar de devorar las delicias del servicio del té, su mayordomo volvió a interrumpir:

—Milady...

La vizcondesa bufó.

—Oh, ¿y ahora qué, Smith?

—Correspondencia —soltó seco, y le acercó la bandeja para que tomara la carta.

Una vez que el amargado criado se retiró, desplegó el papel y, con una nueva sonrisa, leyó.

Querida Christine:

Antes que nada, te quiero agradecer.

Sé que he dudado de tu método desde que inició esta temporada, pero debo reconocer que, aunque de forma escandalosa al haber hecho intervenir a tu querido Fowell, te has lucido como pocas veces, amiga. Francis está que no puede más de la alegría. Se ha pasado todos estos días celebrando a escondidas el compromiso entre el marqués de Abington y la viuda. Y cuando le conté que me había enterado de que ella ya había mandado a confeccionar su vestido de novia, no te imaginas la emoción. De hecho, está seguro de que seremos invitados al desayuno de bodas.

Eso no lo creo. Marqués o no, treinta mil libras es mucho dinero; no sé si quiera vernos las caras.

Como sea, de seguro tú sí serás invitada, así que tendrás la obligación de contarme con lujo de detalle todo sobre esa boda. Ya sabes, me encanta oír ideas, y siento que muy pronto también llegará mi momento.

Por otro lado, los rumores dicen que ya has escogido a tu próxima muchachita. La señorita Herbert, ¿verdad? Hasta donde sé, se quedará en Browne House, bajo tu cuidado, pero

ya me lo confirmarás tú cuando me respondas. Además, como bien imaginarás, Francis está muy ansioso porque nos digas quién del club será el próximo en caer, si es que ya te has decidido.

En fin, no te entretengo más, querida amiga. Escríbeme o, si lo prefieres, avísame y estaré allí en un santiamén.

Ávida por tu pronta respuesta, me despido con todo mi cariño,

Sienna

Lady Browne dejó el papel sobre una pequeña mesita y, tras devorar una galleta de limón, sonrió.

Sonrió al recordar el rostro del próximo perdedor del club. Sonrió al imaginar cómo le enseñaría a su muchachita a atrapar al peor de los libertinos.

Agradecimientos

Esta vez, y antes que nada, quiero agradecer al Universo, a Lola y al equipo editorial. Si vivo mi sueño cada día con más alegría y plenitud es por todo el apoyo y la confianza que me dan. ¡Gracias infinitas!

A Marcelo, por ser mi compañero y darme siempre la mejor historia de amor.

A Serena, mi princesa. Disfrutar de mi pasión a tu lado es la felicidad misma.

A mis hermanos, mis sobrinitos y cuñadas, ¡cómo los quiero!

A mis amigas, Ale, Dami y Juli. En las buenas y en las malas. Siempre.

¡Y gracias eternas a ustedes, lectores! Al sumergirse en mis historias, hacen realidad mi sueño.

¡Por siempre, gracias!

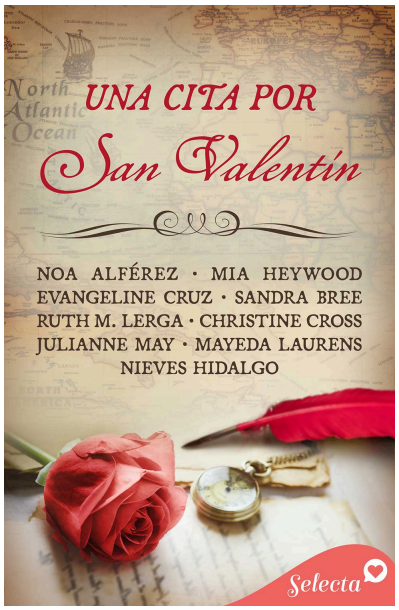
Si te ha gustado

A la caza de un marqués

puedes disfrutar de estas





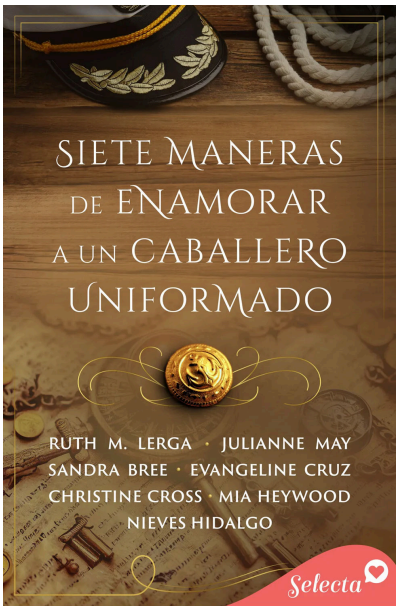

UNA CITA POR
San Valentín
NOA ALFÉREZ · MIA HEYWOOD
EVANGELINE CRUZ · SANDRA BREE
RUTH M. LERGA · CHRISTINE CROSS
JULIANNE MAY · MAYEDA LAURENS
NIEVES HIDALGO
Selecta


Nobles y sirvientes 2
EL SECRETO DE LA DONCELLA
ENCARNA MAGÍN
Selecta


Alexandra Black
Un vals en INVIERNO
Selecta

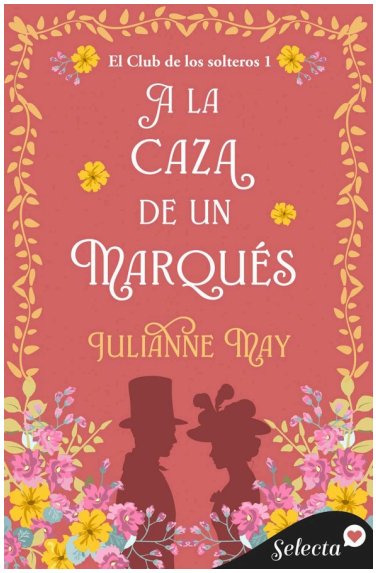

UN CABALLERO PARA ENITH
BECCA KIM
Selecta


DELIRIO DE AMOR
EVANGELINE CRUZ
Selecta


SIETE MANERAS DE ENAMORAR A UN CABALLERO UNIFORMADO
RUTH M. LERGA · JULIANNE MAY
SANDRA BREE · EVANGELINE CRUZ
CHRISTINE CROSS · MIA HEYWOOD
NIEVES HIDALGO
Selecta

Una nueva y divertida novela de Julianne May, ambientada en la Regencia inglesa, en la que el amor y los enredos sociales son los indiscutibles protagonistas.

En el Club de los solteros solo gana quien no se casa. ¿Quién triunfará en esta temporada?



James Nevill, marqués de Abington, es uno de los solteros más deseados del reino. Casadas, solteras y viudas suspiran por él, mas si hay algo que lord Abington tiene en claro es que jamás contraerá matrimonio.

No obstante, tras firmar un acuerdo para formar parte del **secreto**

Club de los solteros, al reencontrarse con **Amelia Bertie, su doloroso e inolvidable primer amor**, su destino da un giro inesperado.

¿Podrá lord Abington mantenerse soltero hasta el fin de la temporada o caerá en las garras del amor?

Julianne May, nacida en diciembre de 1985 en Buenos Aires, Argentina, es una autora de novela romántica.

Titulada en relaciones públicas, le encanta estudiar, pero su mayor pasión es crear mundos que le permitan viajar sin importar dónde esté. Es por eso que, desde muy pequeña, se ha dedicado a explorar el arte para alimentar esa llama interior. Sin embargo, solo en la escritura encontró el medio ideal para plasmar esos universos y, al sumergirse en las aguas de la romántica, supo que sería un viaje sin retorno.

Como fiel admiradora de Jane Austen, no pudo evitar enamorarse de la Regencia inglesa, y así surgieron la trilogía *Caballeros de las sombras* y la serie *Los Preston* .

Actualmente, aunque también escribe comedias, continúa navegando por el apasionante océano de las novelas románticas históricas.



Edición en formato digital: marzo de 2025

© 2025, Julianne May
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-41-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

A la caza de un marqués
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Julianne May

Créditos